

*Sophie Saint Rose*

*Podrías hacerlo  
Mejor*

**Podrías  
hacerlo mejor**

Sophie Saint  
Rose

# Sinopsis

Meredith es una actriz en paro que se busca la vida como puede, incluso haciendo lo que más pavor le provoca, las fiestas de cumpleaños infantiles. Así que el trabajo que Carter le propone le viene de perlas, sobre todo porque está cañón y está deseando

acostarse con él. Aunque igual era demasiado directa...

# Indice

[Sinopsis](#)

[Indice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Tres meses después](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

# Capítulo 1

Meredith, sentada en el banco del parque, revisaba el periódico buscando algún casting que fuera con ella. Gruñó tachando el de payaso de fiesta. Estaba harta de actuar en fiestas infantiles. Empezaba a tener auténticas pesadillas con niños chillones, que la seguían corriendo con esos globos largos en sus sucias manitas por las golosinas, para



acorrallarla y golpearla con ellos, hasta que la tiraban al suelo mientras ella pedía ayuda a las madres que sonríen indulgentes, las muy brujas.

Siguió leyendo los anuncios, dispuesta a meterse a camarera para pagar el alquiler de su cochambroso piso. Se ajustó el gorro de lana y redondeó un anuncio para un restaurante de cocina rápida del centro. Miró su reloj de pulsera de plástico violeta porque no podía llamar hasta las cinco. Todavía quedaba una hora. Siguió

mirando y un anuncio le llamó la atención.

*“Se necesita mujer joven, refinada, de conversación inteligente, estudios superiores y buena presencia para trabajo temporal. Bien pagado. Abstenerse ex presidiarias, personas bajo tratamiento psiquiátrico, embarazadas, casadas o mujeres con hijos.”*

Meredith se echó a reír. Menudo chiflado el que había puesto ese anuncio. Aunque ella cumplía todos los

requisitos. Era joven. Vamos, tenía veintiséis años, así que entraba en esa categoría. Y era refinada. Su conversación era la leche, así que con ella no se iban a aburrir. Podía hablar por los codos si hacía falta. Además, tenía estudios superiores en arte dramático. Sus cuatro años le había costado de hacer de mimo moviendo las manos de un lado a otro, aparentando estar metida en una puñetera caja invisible. Tenía buena presencia. Se tocó sus rizos pelirrojos bajo el gorro

que necesitaban un corte, pero se llevaban las melenas, así que estaba a la moda. No era ex presidiaria. Salvo una vez que la detuvieron por escándalo público cuando se levantó la camiseta mostrando los pechos en una manifestación, su expediente era impecable. Eso no podía considerarse ser ex presidiaria, ¿o sí? Había dormido una noche en la cárcel, pero la habían soltado cuando su foto salió en la prensa al día siguiente en primera página del Times. No estaba en tratamiento de

ningún tipo, salvo las vitaminas que se tomaba todas las mañanas. No estaba embarazada, entre otras cosas porque no se acostaba con nadie desde tres años antes. Se le erizaba el cabello de la nuca sólo de pensarlo, recordando a los niños de sus pesadillas. Y no estaba casada. Ni ganas. Sus dos únicos novios habían sido auténticos gilipollas, que no solo le habían quitado la pasta, sino que le habían puesto los cuernos en cuanto habían podido.

Por si acaso lo redondeó también.

En el anuncio sólo ponía un número de teléfono y sacó su móvil porque no ponía horario. Un padre y un hijo pasaron ante ella. El niño iba chillando a pleno pulmón, mientras el padre se sonrojaba muerto de la vergüenza sin poder evitar que le montara el espectáculo. Meredith escuchó que descolgaban.

—¿Diga? —Era la voz de un hombre. ¿No estaría buscando un ligue o algo así?

—Buenas tardes. Llamo por el

anuncio —dijo poniendo su voz más refinada—. ¿De qué se trata?

—Si quiere saber las condiciones tiene que pasarse por el cuarenta y siete de Worth dentro de una hora.

—¿No puede contarme nada?

—La entrevista es confidencial —dijo el tío fríamente.

—Entiendo.

—¿Vendrá?

No tenía nada mejor que hacer y llevaba el spray anti-violadores en el

bolso. — Por supuesto. Apúnteme.

—¿Su nombre?

—Lady Meredith Cromwell —

contestó divertida.

—¿Es broma? —Se notaba que al tipo no le había hecho ninguna gracia.

—Meredith Cromwell. A secas — dijo rápidamente esperando que no le colgara.

—Dentro de una hora, Meredith Cromwell. No se retrase. Si lo hace, no se moleste en subir.



Parpadeó cuando le colgó el teléfono y ella pasó el dedo por la pantalla en negro por si no había colgado. Pero sí. El tío era un auténtico estirado, pero si la contrataba, como era algo temporal, podía hacer el esfuerzo de aguantarle. Mejor eso que quedarse en la calle. Dobló el periódico, cogió su bolso de ante marrón y se lo colocó en bandolera sobre su plumas verde caminando hacia el metro. Empezaba a enfriar bastante y seguramente nevaría en un par de horas. Miró el cielo gris y

pensó que esa noche tendría que dormir con dos pares de calcetines, porque no podía pagar la calefacción. Ella y su idea de ser una actriz de éxito en Broodway. Si hubiera estudiado derecho como decía su madre, no pasaría frío por las noches y tendría un apartamento sin agujeros en el suelo. Menos mal que siempre iba ella a casa de sus padres a visitarles, porque odiaban Nueva York. Como vieran dónde vivía, sí que la ingresarían en un centro psiquiátrico pensando que se le había ido la cabeza.

Sonrió pasando la tarjeta de acceso al metro porque entonces ya no podría solicitar ese trabajo.

Cuando salió del metro se dio cuenta que se había equivocado porque ya había empezado a nevar con fuerza. Cuando llegó a la dirección, levantó la vista hasta la placa que estaba atornillada sobre la fachada de piedra.

—Lambert, Lambert y Smith. Despacho de abogados. Madre mía, no se han estrujado el cerebro para poner los nombres. —Volvió a mirar el

número de la fachada y sí que era allí.  
—Pues vamos allá. Este trabajo es tuyo.

Entró y vio que en la recepción había mucha actividad, pero eran un montón de trajeados que iban hacia la salida. Ella se apartó mirándolos atentamente. Un macizo muy guapo con el cabello rubio engominado hacia atrás le guiñó un ojo. ¡Qué razón tenía su madre! ¡Tenía que haber estudiado derecho!

Suspirando se acercó a la recepción donde un chico vestido de

traje le sonrió. —Buenas tardes.

—Buenas tardes. Vengo por esto.

—Señaló el periódico y en ese momento le sonó el móvil. —Oh, perdona.

—Tranquila —dijo el chico poniéndose a hacer otra cosa.

No conocía el número, pero contestó porque estaba pendiente de un montón de entrevistas. —¿Diga?

—¿Meredith Cromwell?

—Sí, soy yo. —Se volvió mirando el suelo de mármol gris, reconociendo la

voz del sieso del anuncio. —Ya estoy aquí.

—¡Pero si queda media hora!

—Estoy en el paro. No tengo otra cosa que hacer y...

—¡No enseñe el anuncio! Pregunte por Carter Stevenson. Diga que tiene una cita y que le están esperando.

—Muy bien. —Colgó antes de que lo hiciera él y sonrió al chico. —Vengo a ver a Carter Stevenson. Tengo cita y me está esperando.

—¿De veras? —El chico parecía confundido.

—Sí, ¿por qué?

—No, por nada. Tercera planta a la derecha. Última puerta.

—Gracias. —Sonrió ampliamente y fue hasta el ascensor. Cuando se metió dentro, entraron con ella dos hombres muy mayores que parecían gemelos y sonrió. —Hola, ¿trabajan aquí?

Los dos la miraron confusos para después mirarla de arriba abajo. —Pues

sí, señorita —contestó uno de ellos—.  
¿Es una clienta?

Se encogió de hombros y los dos se miraron. —¿No lo sabe?

—Puede. Nunca se sabe.

—Ah...— dijo uno de ellos sonriendo—. Viene a hacer una consulta.

—Si tú lo dices, guapo. —Les guiñó el ojo saliendo del ascensor y fue hasta la derecha mientras los dos hombres sacaban la cabeza del ascensor para ver a dónde se dirigía.



Al ver que se detenía en la puerta del fondo se miraron intrigados, pero volvieron a meter las cabezas en el ascensor olvidando el asunto.

Meredith llamó a la puerta y de los nervios lo hizo con contundencia. — ¡Adelante!

Abrió la puerta y perdió la sonrisa totalmente al ver al tipo que tenía tras la mesa. El tal Carter se levantó mirándola con los ojos entrecerrados como si la estuviera analizando y ella hizo lo mismo por la tensión que la recorrió en

cuanto le echó la vista encima. No era lo que se dice guapo, pero tenía un atractivo que era para morirse. Eso por no hablar de su cuerpo, que parecía el de un jugador de fútbol americano. Siempre la habían vuelto loca los hombres cachas y aquel se notaba que tenía musculo. No sabía el trabajo que ofrecía, pero como si tenía que ser su concubina. Le diría que sí de inmediato.

—Cierre la puerta —dijo fríamente tirando el bolígrafo de oro que tenía en la mano sobre la mesa llena de

papeles.

Meredith cerró la puerta dándose la vuelta y cuando se giró de nuevo se sobresaltó porque le tenía detrás. Tuvo que levantar la cabeza para mirarle a los ojos y gimió porque los tenía azules.

—Bonitos ojos —dijo sin poder evitarlo—. Con el cabello moreno siempre quedan de miedo.

Él levantó una ceja. —Gracias. Los suyos no están mal tampoco.

—Son castaños.

—No. Son color miel.

A Meredith se le cortó el aliento y sin querer miró sus labios. Tenía una ligera cicatriz en el labio superior y ella se moría por probar su tacto.

—¿No tienes calor? —preguntó tuteándola antes de volverse a toda prisa para regresar a su mesa.

—Sí, claro. —Se quitó el gorro dejando caer sus rizos pelirrojos hasta la cintura.

Él tipo apretó los labios viendo

cómo se quitaba el enorme plumas y lo dejaba sobre la silla ante el escritorio mostrando su jersey azul y sus vaqueros viejos. —Lo siento, pero no podía ir a mi casa a cambiarme.

—No pasa nada. Siéntate.

Ella sonrió y se sentó ante él cruzando las piernas. Miró a su alrededor intrigada y se quedó impresionada de la cantidad de títulos que había sobre aquella pared. — ¿Todos son suyos?

—Sí —gruñó reclinándose en su sillón.

—Vaya. Ha debido estudiar muchísimo.

—Pues sí. —Parecía algo cabreado y ella se centró en la entrevista, no fuera ser que la echara a patadas por entretenerle y hacerle perder el tiempo. —Antes de empezar, firma esto.

Le puso delante un documento y el bolígrafo de oro.

—¿Qué es?

—Un acuerdo de confidencialidad. Todo lo que se hable en esta reunión, es absolutamente confidencial y así debe quedar.

—Oh, vale. —Sin leerlo siquiera firmó en la línea de puntos. Al darse cuenta que no le había gustado que no lo leyera, ella dijo —Sí, ya lo sé. Tenía que haberlo leído primero. Mi padre siempre me lo dice.

—Exacto.

—¿Vamos al grano? Por el aspecto de su despacho su tiempo es oro.

Carter asintió. —Los hechos son estos. Dentro de tres semanas es Navidad y la empresa va a organizar una semana de relax para los socios y los socios adjuntos. Necesito una prometida hasta que me nombren socio, porque en esta puñetera empresa al parecer no quieren socios solteros. Dicen que no es estable.

—¿Qué antiguo, no?



—Ni te lo imaginas. Me he partido los cuernos para llegar hasta el sexto piso y nada me va a impedir que me siente en la mesa de Smith que acaba de fallecer.

—Así que no han elegido sustituto.

—No. Está entre otro adjunto y yo.

—Estoy segura que usted se merece mucho más el puesto. —Sólo había que verle. Aquel tipo era el típico que ganaba siempre.

—Pues sí que me lo merezco, pero no me hagas la pelota. No se ha presentado nadie más para el anuncio, así que no hace falta.

—Menuda falta de opciones.

—No me quejo.

—Esa es una buena noticia. —  
Sonrió de oreja a oreja porque le parecía atractiva. —¿Así que el puesto es mío?

—Un momento, que tienes que contestar unas preguntas.

—Soy todo lo del anuncio y más.

—Carter hizo una mueca como si ya se hubiera dado cuenta. —Además soy actriz. Soy perfecta para el papel.

Carter gimió como si hubiera dicho algo inadecuado. —¿Esos son tus estudios?

—¡Oiga que hago Julieta como nadie! Se van a quedar de piedra con la prometida que ha conseguido.

—Tutéame, Meredith. —Gruñó mirando su cara atentamente. —Eres

atractiva y podría salir contigo...

—Vaya, gracias. Lo mismo digo.

—Podrías pasar por la mujer que he elegido para casarme, si te vistieras algo más elegante.

—Cariño, puedes comprarme lo que quieras. —Parpadeó repetidas veces haciendo morritos.

—Eso ha sonado a prostituta.

—¿Me he pasado?

—Un poco.

—Puedo suavizarlo.

—No lo dudo. —La miró con desconfianza como si no fuera apta y era cuestión suya convencerle de que sí lo era.

Sonrió como una niña buena y se levantó de la silla rodeando la mesa. — Puedo hacerlo, de verdad que sí. Ser novia se me da genial. Son mis novios quienes no saben lo que tienen que hacer.

Carter giró su silla para mirarla de frente y ella tomó aire al ver sus fuertes muslos bajo sus pantalones

grises. Levantó la vista hasta sus ojos.

—¿Y mi anillo?

—No sabía la talla.

Apoyó la cadera sobre la mesa. —

Que no sea nada ostentoso. Soy una chica sencilla.

La miró de arriba abajo. —Eso ya lo veo.

—Bueno, pues tendremos que conocernos. ¿Quedamos para cenar?

—Pues no. Tengo mucho trabajo.

—Pero tendré que conocerte para

que sea creíble. Los papeles se preparan.

—¿No me digas? —Eso pareció divertirle. —¿No me vas a preguntar cuánto te voy a pagar?

—Uy, sí. ¿Me das un adelanto? Tengo que pagar al casero.

Carter gruñó y se levantó de la silla. Al sentir el aroma de su aftershave, se enderezó para dejarle pasar cuando en realidad quería acercarse más a él. Su nuevo jefe

carraspeó y fue hasta una chaqueta colgada en un perchero. —Mira, no quiero que te equivoques, pero esto sólo es un trabajo. —Después de buscarla por todos los bolsillos, cogió la cartera de dentro de la chaqueta y la abrió girándose. Se detuvo en seco al ver a Meredith sentada en su sillón con las piernas cruzadas sobre el escritorio, pero lo que le dejó de piedra es que estaba en ropa interior blanca y le sonreía con el bolígrafo de oro en la mano. Carter se tensó. —¿No serás



prostituta?

Ella jadeó levantándose y puso los brazos en jarras mostrando su precioso cuerpo. —¡Claro que no! ¡Pero tenemos que practicar y si te asustas por verme desnuda, esto no va a funcionar! —  
Asombrado la miró de arriba abajo. —  
Soy actriz del método.

—¿No me digas? —La voz ronca de Carter provocó que sus pezones se endurecieran y caminó hacia él. —No quiero que te equivoques. Esto son negocios.

—Claro que sí, cariño. —Muy cerca de él levantó su cara poniéndose de puntillas deseando tocar sus labios. —¿Practicamos? Este es el trabajo más interesante que he tenido nunca. —Sintió que su cuerpo temblaba de anticipación y dio un paso más hacia su cuerpo casi rozándole y él gimió antes de cogerla por la cintura pegándola con fuerza a su cuerpo para besarla como si necesitara su aliento. Meredith sintió que su corazón daba un vuelco y abrió la boca ansiosa por recibirle. Mientras su boca

le devoraba, sus manos bajaron por su trasero amasándose con pasión, antes de levantarla caminando hacia el sofá de cuero marrón. Ella chilló en su boca cuando la tumbó sobre él. Carter se apartó mirándola a los ojos. —¿Está frío?

—Necesitas una manta.

—Lo apuntaré. —Volvió a besarla mientras se desabrochaba los pantalones.

Meredith apartó la boca cerrando

los ojos cuando comenzó a besar su cuello. Acarició su nuca cuando sus labios llegaron hasta sus pechos. — Preservativo.

Carter levantó la vista. —¿No tomas nada?

Esa frase la decepcionó. — Pues no. —Le empujó por los hombros y se levantó del sofá antes de que pudiera evitarlo.

—Nena...

—Ni hablar. —Fue hasta su ropa y

empezó a vestirse a toda prisa. —Y no sólo por tener un niño, sino porque no nos conocemos. ¿Cómo se dónde ha estado tu colita?

—¡Te aseguro que mi colita ha estado muy sola últimamente! —dijo exaltado—. Además es culpa tuya, que te has quedado en pelotas cinco minutos después de conocerte.

Meredith se sonrojó. —Pues sí. Porque me gustas. Mucho. ¡Y si de paso con el trabajo me llevo un par de polvos, pues estupendamente! ¡Hace tres

años que no me acuesto con un hombre!

Carter se abrochó los pantalones.

—Vale, pues te recojo a las siete.

—¿A las siete? Un poco tarde, ¿no?

—Tengo mucho trabajo.

—Mejor a las seis, que entre que cenamos, tomamos algo y hacemos el amor son las dos.

Su nuevo jefe se echó a reír. —  
No, preciosa. No van a ser las dos, pero como mañana puedes dormir toda la

mañana, a ti te dará igual.

—Anda, pues es cierto. —Se puso el abrigo y cogió su gorro con el bolso. —Mejor quedamos en tu casa, que la mía no te va a gustar.

Carter se sentó en su sillón y escribió en un papel la dirección. —Si no he llegado pídele la llave al portero.

—¿Mi adelanto? —Recogió la cartera del suelo y se la dio. —Necesito quinientos.

— ¿Sólo pagas quinientos de

renta?

—Te dije que mi apartamento no te iba a gustar. —Cogió el dinero de entre sus dedos y le dio un rápido beso en los labios. —Hasta luego, cariñito.

—Meredith... —Se volvió colocándose el gorro mientras que sonreía encantada. —No hemos hablado a fondo del trabajo.

—Lo he entendido. Quieres el puesto y hasta que te lo den, soy tu prometida. —Él asintió. —Me lo voy a



pasar de miedo mientras tanto.

—No mezcles las cosas. —Le advirtió con la mirada. —Son negocios.

—Claro, cariño. Tú serás bueno conmigo y yo contigo. —Le guiñó uno ojo lentamente. —Acuérdate del anillo y de las gomitas.

Carter sonrió ligeramente mientras cerraba la puerta. Encantada caminó por el pasillo sintiéndose en una nube. Durante tres semanas sería suyo. ¡Qué bien se lo iban a pasar!



## Capítulo 2

¡Pues de momento lo estaba pasando fatal! ¿Dónde estaría? Miró el reloj de encima de la chimenea de su lujoso apartamento y volvió a levantarse del sofá molesta porque su vestido negro entallado se había arrugado en la cadera de tanto esperar. Empezó a pasear por el salón con aquellos zapatos de tacón de doce centímetros, pensando que para qué se había molestado en ponerse

guapa como él quería. Hasta había usado veinte pavos para comprar ropa interior negra que hiciera juego. Fue hasta las ventanas dobles en forma de arco y pudo ver que estaba nevando de nuevo y la nieve caía sobre la terraza. Llevaba esperando dos horas. Así que ya había esperado bastante.

Fue hasta su abrigo, que encima no calentaba nada porque era más para entretiem po y se lo puso a toda prisa cogiendo su bolso de mano negro. Decidió dejando las llaves sobre el

aparador al lado de la puerta, que Carter devolviera las llaves al portero y se llevó una sorpresa cuando abrió la puerta, pues ya estaba allí a punto de meter la llave en la cerradura.

—Bienvenido a casa —dijo irónica saliendo del piso y yendo hacia el ascensor.

—¿Qué haces?

—Irme a casa. Se me ha quitado el hambre.

—¿Todavía no has cenado? —

Parecía asombrado y a ella no le extrañó nada que tuviera que contratar prometida, porque era un desastre de novio.

—¿Me estás diciendo que tú sí?

—Pues sí. Tenía una cena de negocios y he cenado un solomillo de primera.

Meredith entrecerró los ojos. —  
¿Y no podías llamarme para que no te estuviera esperando dos horas?

—Se me olvidó.

—¡Pues a mí se me acaba de olvidar qué estoy haciendo aquí! — Entró en el ascensor pulsando el botón de bajada.

—¿No querías que nos conociéramos? —Puso un pie para que las puertas no se cerraran.

—¡Ya te conoceré cuando llegue el momento! ¡Avísame para esa reunión tan importante!

—Un momento. ¿No te estarás echando atrás? Mira que ya te he dado

un adelanto.

Furiosa dio un paso hacia él. —

¡Demándame!

—¡Pues podría hacerlo!

—¡Pues muy bien! Me encantará verle la cara a tus jefes cuando se enteren.

—¿Me estás chantajeando?

—No, qué va —se burló ella—.

¡Ahora si no te importa, me voy a cenar!

—¡Pero si has dicho que has perdido el hambre!



—¡Mira, puede que me pongas mucho y que me hayas contratado para fingir ser tu prometida! ¡Pero eres un grosero! ¡A mí no se me deja plantada!

Carter levantó una ceja. —¡Hablas como una novia y no lo eres!

—Y no me extraña que no tengas. —Le soltó como si nada. —Tienes mucho que aprender sobre cómo ser un buen novio.

—¿Y me lo vas a enseñar tú?

—Exacto. —Le señaló con el

dedo. —¡Si no se lo tragan, será por tu culpa porque no sabes comportarte como el novio perfecto y es lo que tienes que ser!

—¡Soy el novio perfecto!

—¿Quieres apostar? —Salió del ascensor empujándole del pecho y entró en su apartamento a toda prisa. Meredith se quitó el abrigo y se dio la vuelta poniendo los brazos en jarras. —Muy bien. Si consigues hablar con alguna antigua novia que considere que eras el novio perfecto, no te cobraré. Sino me

pagas el doble.

Carter sonrió satisfecho. —¿Estás segura? Vas a perder.

—Con el manos libres, por favor. Por cierto, ¿cuánto me vas a pagar?

—Dos mil pavos.

Meredith sonrió como el gato que se comió el ratón. —Van a ser los cuatro mil dólares más fáciles de mi vida.

—No lo creas. —Se quitó el abrigo tirándolo de mala manera sobre el respaldo del sillón y buscó su móvil

en el bolsillo interior de la chaqueta. —  
Esto ya está claro, nena.

Divertida se sentó en el sofá viéndole buscar muy concentrado en la agenda del teléfono. Pareció encontrar lo que buscaba, porque sonrió de oreja a oreja poniéndose el teléfono a la oreja. Ella carraspeó y Carter puso el manos libres.

—¿Diga? —La voz femenina hablaba con desconfianza.

—Mia, soy Carter.

—¿Y qué quieres? Estoy en una cena. —Al oír su voz molesta, Carter perdió algo la sonrisa mientras que Meredith amplió la suya.

Carter carraspeó. —Pues verás, mi nueva novia...— Hizo una mueca mirándola y ella cruzó las piernas poniéndose cómoda. —Pues dice que soy un novio horrible. ¿Tú qué piensas de eso? ¿A que contigo no fue así?

Al otro lado de la línea Mia se echó a reír. Pero a partirse de la risa de veras y Carter enderezó la espalda. —

¿Mia? —Las carcajadas aumentaron y Meredith se miró las uñas pintadas de rojo mientras que él cada vez se cabreaba más. —¡Mía, no tiene gracia!

—Claro que la tiene. —Intentaba contenerse, pero no podía. —Madre, que me meo. Carter, no sabía que tenías ese sentido del humor.

—¿Era mal novio? ¡Lo dejamos porque te ibas a Boston! —Parecía indignado y Mia se echó a reír de nuevo.

Cuando consiguió calmarse dijo

—Cariño, has sido el peor novio que he tenido nunca. En la cama muy bueno, eso no lo voy a negar. — Meredith gimió para sí con unas ganas de probarlo que no se aguantaba. — Pero como novio, lo que se dice novio, eras un desastre.

Nunca me llamabas, no te preocupabas por mí, casi siempre llegabas tarde o te olvidabas de que habíamos quedado.

— ¡Así que lo hacía fatal!

— Pues sí. Te daré un ejemplo, cuando fue mi cumpleaños no esperaba un regalo, la verdad. Como eras, ni

siquiera esperaba que te acordaras. Pero apareciste con un regalo.

—¿Ves cómo no era tan horrible?

—¡Me regalaste una plancha! ¡Una plancha!

—¡Es un regalo práctico!

—¡Tengo una de última generación y plancha mi asistente! ¡No necesitaba una plancha!

Carter se sonrojó ligeramente. — Así que no soy romántico.

—¡Estuvimos casi un año juntos y



el sitio más romántico al que me has llevado ha sido a ese restaurante francés del centro! ¡E íbamos acompañados! Si ni siquiera me dejabas elegir las películas en el cine.

—¿No tenías prisa? Estabas cenando, ¿no?

Mia se echó a reír. —Cariño, ¿sabes por qué te dije que me iba a Boston? Por orgullo. ¡No quería decirte que lo dejaba porque no me hacías ni caso! ¡Ni siquiera me he mudado de piso!

Carter parecía asombrado. —

¿Sigues en Nueva York?

Mia suspiró al otro lado de la línea. —¿Sabes? Esa novia tuya me da algo de pena. Aunque ella está siendo sincera contigo y puede que haga bien, a ver si así abres los ojos de una vez.

Le colgó el teléfono dejándole atónito y levantó la vista hacia Meredith. —¿Tienes alguien más a quien llamar?

—Espera, que llamo a Mily.

—¿Estás seguro? ¿Quieres volver

a pasar por eso?

Carter gruñó y frustrado se quitó la chaqueta del traje tirando el móvil sobre el sillón al lado de la ropa. La miró con las manos en las caderas. — Soy un abogado de primera y trabajo como un cabrón para llegar hasta donde quiero. ¡No tengo tiempo para novias! ¡Pero no lo hago a propósito!

—Ya lo veo. —Se levantó del sofá y cogió su abrigo de nuevo.

—¿Ahora a dónde vas?

—A mi casa —respondió como si fuera tonto.

—¿Es una lección que no llego a entender?

—No, cariñito. Contigo no valen los mensajes subliminales. Tendré que ser brutalmente sincera. —Cogió su bolso y sonrió. —Mira, como te has portado mal, no hay sexo. Punto. Me has cabreado y ya no tengo ganas.

Carter entrecerró los ojos. —Mentirosa —dijo con voz ronca.

—Vale, me muero por un orgasmo y por sentir mi piel sudorosa rozando la tuya, pero no me voy a acostar contigo porque eres un capullo.

—Tú te lo pierdes.

—Lo mismo digo. —Se puso el bolso bajo el brazo y fue hasta la puerta.

—Mañana empezaremos con esas lecciones para que seas el prometido perfecto. Por cierto, ¿mi anillo?

—¡No he tenido tiempo!

—¿Ves? Me pides que sea tu

prometida y ni siquiera tengo un anillo de hojalata. Por ahí no vas bien. Envíame unas flores como disculpa.

—¡Si no sé dónde vives!

—¿Ves? Si me hubieras ido a recoger, sabrías mi dirección.

—Fuiste tú la que dijiste...

Ella levantó la mano interrumpiéndole. —Deja de buscar excusas para tu incompetencia. Hasta mañana, cielito. —Esperó al lado de la puerta y levantó una ceja.

—¿No te ibas?

—La puerta...

Exasperado pasó ante ella para abrir la puerta. Ese aftershave la iba a volver loca. Meredith pasó ante él. — Hasta mañana, cielo.

—Hasta mañana —gruñó de malos modos.

Ella puso morritos ante él y Carter la miró como si quisiera cargársela. — ¿Ahora qué quieres?

—Un besito de despedida.

La cogió por la cintura antes de que se diera cuenta y pegándola a su cuerpo con pasión, atrapó sus labios saboreándolos. Meredith sintió que le temblaban las piernas y dejó caer su bolso al suelo al sujetarse en sus hombros. Cuando acarició su paladar sintió un estremecimiento en todo su cuerpo. Gimió en su boca y Carter la apartó sujetándola de la cintura. —Hasta mañana.

Medio mareada y con los ojos cerrados aun disfrutando de las



sensaciones que había experimentado, Carter cogió el bolso del suelo poniéndoselo en las manos y cogiéndola de los hombros la sacó de su casa antes de cerrar de un portazo.

Este hombre necesitaba muchas lecciones. ¡Mira que dejarla a medias! ¡Eso no se hacía!

Al día siguiente decidió pasarse por el despacho a la hora de la comida. Para que se espabilara. Bueno, si era

sincera, no había pegado ojo toda la noche pensando en él y se moría por verle. Eso la preocupaba un poco, porque tenía claro que aquello era un trabajo y que no tendría nada con Carter en el futuro. Él era un abogado serio, que era un desastre como novio y que se entregaba a su trabajo. Mientras que ella siempre anteponía su pareja a todo lo demás. Quizás por eso siempre había terminado como había terminado. Con unos cuernos enormes.

Entrando en el hall de su edificio

frunció el ceño. Igual era culpa suya. Debería pasar más de su pareja y ser más independiente. De todas maneras, sabía que Carter no quería pareja por cómo se comportaba y el plantón que le dio la noche anterior, indicaba que ni siquiera había pensado en ella desde que había salido de su despacho. Pero tenían un trabajo que hacer y pensaba convertirle, aunque fuera aparentemente, en el prometido perfecto. Ella era actriz y no era por nada, pero era muy buena. Podía conseguir que se comportara

como un novio entregado durante las fiestas. Claro que lo conseguiría.

Sonriendo pasó ante la secretaria que el día antes no estaba en su mesa y fue hasta su puerta.

—¡Perdone! —exclamó levantándose de su asiento—. ¿A dónde se cree que va?

Se volvió con una sonrisa y se acercó a la mesa extendiendo la mano. —A ver a mi amorcito.

La mujer que debía tener unos

treinta años y era una rubia bastante atractiva, casi bizqueó mirándola de arriba abajo. Ella se había esmerado en su aspecto, porque si tenía que fingir que era la novia de un abogado, tenía que ir bien vestida. Un pantalón negro de pinzas con los tacones del día anterior y un jersey rojo debajo del abrigo negro. —Me llamo Meredith.

—Perdón, pero el señor Stevenson está con un cliente. —Le dio la mano de esa manera floja que le ponía de los nervios, demostrando que no la

quería ni ver.

—Vaya. —Hizo un mohín y se sentó en la esquina de su mesa. — Esperaré a mi prometido. —Eso dejó de piedra a la secretaria, que no tenía palabras. —Por cierto, ¿cómo te llamas? —preguntó para fastidiarla—. A partir de ahora nos veremos casi todos los días.

La tía tuvo que sentarse intentando reponerse del shock. —Me llamo Amber. ¿Así que es su prometida?

—Me lo pidió ayer. Qué mono. —

Al ver que Amber miraba sus manos, añadió riendo —Ni siquiera me había comprado el anillo. ¿Está libre para comer? Sé que está muy ocupado, pero estoy impaciente por verle.

Amber negó con la cabeza desviando la mirada. Pobrecita, estaba coladita por él. Disimuló mirando la pantalla del ordenador. —Está libre, pero no sé cuándo terminará esta reunión.

Como si le hubieran invocado, se

abrió la puerta y Meredith se enderezó sonriendo a los hombres que salían.

—No os preocupéis por este problema. Iniciaré la demanda hoy mismo y en cuanto sepa algo, me pondré en contacto con vosotros.

Los dos hombres le dieron la mano mientras Carter la miraba de reojo.

—Esperamos tus noticias.

Carter asintió y miró a Amber en cuanto se alejaron. —Envíame a Gabriel



para hablar de esto. —Dio unos pasos hacia ella y dijo muy serio —Meredith, ¿qué haces aquí?

Esa no era la bienvenida que esperaba. Aunque de él debía esperársela. Sin darse por vencida, sonrió mientras su secretaria no perdía detalle. —Cariño, he venido a buscarte para ir a comer. —Se acercó y le abrazó por la cintura pegándose a él diciendo sensualmente —Ahora saludame como Dios manda.

Él miró a su alrededor como si

temiera que les viera alguien. —Nena, estoy en el trabajo.

Meredith levantó una ceja y él gruñó antes de bajar la cabeza lentamente para besar suavemente sus labios. Ella suspiró contra sus labios disfrutando del momento y cuando él se separó a regañadientes, Meredith sonrió como si le hubiera regalado la luna. — Ahora nos vamos a comer y de paso compramos el anillo.

Carter la miró horrorizado. —¡No tengo tiempo!

—¿No querrás que la gente piense que me estoy inventando el compromiso? — Levantó la mano ante su cara mostrando que no llevaba anillos. —Aquí falta algo. Sé que estás muy ocupado, pero será una hora. Yo con una hamburguesa me conformo. Además, ¿no quieres pasar una hora conmigo?

Entrecerró los ojos como si estuviera pensándolo y ella le pellizcó el costado provocando que gruñera. — ¿Así que una hora?

Meredith se apartó triunfante. —  
Lo prometo. No te entretendré más. —  
Miró de reojo a la secretaria que  
apretaba los labios furiosa. —Hasta esta  
noche, claro. Ahí serás todo mío.

Carter miró a Amber entendiendo  
al fin y forzó una sonrisa que parecía  
más una mueca. Dios mío, qué soso era.

—Amber, cancela lo de Gabriel  
hasta después de la comida —dijo  
entrando en el despacho.

—Sí, señor —siseó colgando el

teléfono sin haber hecho ninguna llamada porque estaba demasiado ocupada escuchando su conversación.

Meredith se acercó a su mesa. — No será una hora —susurró cómplice como si fueran amigas—. Al menos serán dos.

—¿No me diga?

Soltó una risita tonta. —O tres.

Carter salió poniéndose el abrigo y Meredith suspiró por lo masculino que era. Qué bien le quedaba el traje y el

abrigo. Tan alto, tan moreno y tan suyo dos horas. Encantada se acercó a él y le cogió del brazo pegándose a su cuerpo deseando sentirle. Uy, uy, uy ten cuidado Meredith, no te cueles por él. Mirando sus ojos azules susurró — ¿Nos vamos a Tiffany? Adiós, Amber.

—Adiós —respondió muy seca.

Carter al oír la palabra Tiffany había perdido el habla y la llevó hasta el ascensor casi a rastras. —¿Estás loca? ¿A Tiffany?

—Seguro que si fuera tu prometida me llevarías a Tiffany.

Él pulsó el botón y susurró —  
¡Pero ambos sabemos que no lo eres en realidad! ¡No voy a comprarte el anillo en Tiffany!

—Va, no te preocupes. No pensaba hacer que te gastaras una fortuna en un anillo que sólo te durará unas semanas. —Le guiñó un ojo. — Tengo un amigo que tiene una joyería. Vas a alucinar.

Él miró el reloj impaciente. —  
¿Está muy lejos?

—No hagas eso. —Le bajó el  
brazo y la miró a los ojos. —Tienes que  
aparentar que te encanta estar conmigo,  
¿entiendes? Tienes que hacerles creer  
que me quieres y que soy lo primero.

—Lo primero es el trabajo.  
Quiero el ascenso, ¿sabes?

—Pero tienen que pensar que me  
amas. Sino esto no tiene sentido. Y no  
está lejos. Ya verás como quedas



satisfecho.

Él gruñó mirándola de arriba abajo como si quisiera devorarla. —No estoy satisfecho en absoluto.

—¿No me digas? —preguntó haciéndose la tonta sintiendo que el calor invadía su pecho—. Pues yo tampoco estoy nada satisfecha contigo. ¿Y mis flores de disculpa por el plantón?

—Nena...—Las puertas se abrieron y ella salió tirando de su brazo.

—¿No tenías prisa?

Resignado la siguió como si fuera al patíbulo y en cuanto salieron ella sintió el frío. Al llegar a la acera buscaron un taxi, pero como empezaba a nevar era casi misión imposible. Al verla temblar de frío Carter apretó los labios. —Estás helada.

—Está nevando. ¿Tú no tienes frío? —Levantó el brazo y casi chillaba de alegría cuando el taxi se detuvo. Se subió a toda prisa y él detrás. Meredith dio la dirección en la zona de Little Italy

donde su amigo tenía la joyería y sonrió a Carter que parecía cabreado. —¿Qué ocurre?

—Te has vestido así para tu papel, ¿verdad?

—Claro. En vaqueros y botas estoy mucho más cómoda. —Le guiñó un ojo. —Por mi cariñito lo que haga falta.

Carter apretó los labios mirando por la ventanilla. —Compraremos algo de ropa. Necesitarás ropa para la fiesta.

—Vale. —No pensaba protestar

por ello, porque si hacia una representación ella no ponía el vestuario y aquello era lo mismo. —¿Tienes hambre? Al lado de la joyería de Jarah hay una hamburguesería de primera.

—Estoy muerto de hambre. —

Impaciente miró el tráfico. —  
Tardaremos media hora en llegar.

—Necesitas relajarte un poco. —

Divertida miró su reloj de platino. —No han pasado ni cinco minutos.

—Nena, tengo que preparar una

demanda importantísima y tengo doce casos pendientes que...

—¿A qué te dedicas exactamente?

—le interrumpió ella—. Para no meter la pata.

—Me dedico a demandas civiles y más exactamente del sector empresarial.

—Así que si una empresa quiere demandar a otra, te encargas tú.

—O si quieren demandar a un empleado. O les han demandado a ellos. O...

—Vale, lo pillo. —Sonrió divertida porque se notaba que le encantaba lo que hacía.

—Por eso te digo que...

—Yo soy actriz.

—Lo sé nena, pero...

—Y he actuado en Romeo y Julieta, en un anuncio de desodorante de pies, pero sobre todo en fiestas infantiles. —Se estremeció al decirlo y Carter levantó una ceja. — Las odio. Hasta tengo pesadillas con ellas.

—¿De veras?

Asintió vehemente al ver que no la creía. —Niños gritones siguiéndome para sepultarme entre globos de colores. También sueño que me atan a una silla y que empiezan a meterme en la boca algodón de azúcar hasta que me ahogo. Me despierto sobresaltada sudando. — Se estremeció de nuevo y Carter frunció el ceño pasando un brazo por sus hombros.

—Son sólo sueños.

—Lo sé. Pero madre mía, tenías que verles. El muñeco de Chuqui no da tanto miedo. Te lo aseguro.

Carter sonrió. —¿Por eso has elegido este trabajo?

Le abrazó por la cintura. —Esto está mucho mejor. —Eso pareció tensarle y ella añadió rápidamente. — Tres semanas de relax me vendrán muy bien.

Al notar que se relajaba sonrió y vio que casi habían llegado. —Ya verás.



Jarah nos hará un buen precio.

El taxi se detuvo ante la joyería y Meredith salió del vehículo rápidamente abrazándose a sí misma mientras Carter pagaba al taxista a través de la ventanilla delantera. Cuando Carter se giró, volvió a fruncir el ceño al ver que tenía frío. —¿Por qué no has entrado? —La cogió del brazo yendo hacia la puerta a toda prisa. —Como te pongas enferma...

—Soy dura de pelar.

Entraron en la tienda y su amigo Jarah, que estaba detrás del mostrador con una bandeja delante, miraba a través de una lupa una piedra que sujetaba con unas pinzas. Al oír la campanilla de la puerta, levantó la vista y sonrió encantado. —Pero si está aquí la mujer más hermosa de Nueva York.

Meredith sonrió porque Jarah siempre tenía un cumplido para cualquier mujer que tuviera delante. Pero a Carter no pareció hacerle mucha gracia el asunto porque se tensó

apretándole el brazo.

—¿Cómo te va, Jarah?

—Esperando que mi mujer me llame en cualquier momento, diciéndome que tiene que ir al hospital

—¿Ya está fuera de cuentas?

—Sale hoy de cuentas. —Jarah miró con curiosidad a Carter, pero como era tan discreto no dijo nada. —¿Y a qué se debe esta visita?

—Pues verás. —Cogió del brazo a Carter que miraba a su alrededor más

tranquilo. —Necesito un anillo de compromiso para una actuación. Tiene que ser creíble y dar el pego, ¿entiendes?

Jarah asintió. —¿Se verá de lejos o debe pasar una inspección cercana?

Ella le mostró la mano. —A esta distancia. No voy a dejar que se acerquen más a él y listo.

Carter les miró confuso. —Nena, ¿estás hablando de una imitación? —Negó con la cabeza. —Tiene que ser

auténtico. Las mujeres de mis jefes saben de joyas y...

Jarah sonrió. — Nadie se dará cuenta —dijo guiñándole un ojo—. Te lo aseguro. Sólo mirando la pieza con una lupa se vería que no es original. Son diamantes, pero artificiales. ¿Entiendes?

—No entiendo una palabra, pero no quiero me pillen por algo así.

—No son producto de la naturaleza, sino que son hechos artificialmente prensando el carbono —

dijo yendo hacia una vitrina y sacando dos bandejas—. Aparentemente son iguales, pero lo que hace la naturaleza no se puede imitar al cien por cien. — Dejó las bandejas sobre la mesa y ella chilló emocionada viendo todos los anillos. Jarah cogió un anillo de la bandeja y se lo enseñó a Carter. —Es casi auténtico.

—Mira, como nuestra relación. — Divertida cogió un anillo. Era un solitario de buen tamaño montado en platino. —Este me gusta.

Carter entrecerró los ojos y cogió otro que era el doble de tamaño en talla baguette. —Este es más moderno. —Jarrah asintió y Carter la miró sonriendo. —¿No te gusta más?

Ya que lo pagaba él, dejó el que se había puesto sobre la bandeja y Carter sonrió cogiendo su mano y poniéndole el anillo. Era enorme y no podría hacer nada con él puesto. Carter le acarició la mano mirando el resultado y negó con la cabeza. —Demasiado grande.

—¿Y este? —Aliviada volvió a coger el de antes.

—Es que lo veo algo pequeño.

—Esperar...—Jarrah se volvió y fue hasta el interior de la tienda.

—Carter, este está bien. Es más que suficiente para tres semanas —dijo decepcionada porque ese modelo era el que siempre había querido.

Él la miró a los ojos. —No es el que yo le compraría a mi prometida.

Jarrah apareció con un anillo en la



mano y Carter sonrió al ver el mismo solitario, pero más grande. Parecía un letrero luminoso que decía, mi novio tiene mucha pasta, ¿y qué? Forzando una sonrisa y resignada, dejó que él le quitara el anillo para ponerle el nuevo. Carter asintió satisfecho. —Este.

Hala, pues ese. Si se empeñaba... Jarah la miró de reojo mientras iba hacia la caja y Carter sacó la cartera mientras ella olvidaba su discreto y bonito anillo de mentira.



## Capítulo 3

Después de darle las gracias a su amigo salieron de la joyería y él la cogió del brazo llevándola hasta un taxi de nuevo. —¿Y la comida?

—No hay tiempo, nos vamos a comprar ropa para ti. A Macy's.

—¡Pero puedo comprar en otro sitio y tengo toda la tarde para eso! ¡Tenías hambre y yo también!

—Nena, estás muerta de frío.

Vamos de compras.

—Estás empezando a ser un poco dominante.

Carter sonrió divertido. —¿Y eso te encanta o te disgusta?

—Ni lo uno, ni lo otro. —Molesta se cruzó de brazos mirando al frente.

—Comeremos algo después.

Bueno, al menos no la mataría de hambre. Carter le acarició sus rizos pelirrojos sobre la espalda y al mirarle

se dio cuenta que no era consciente de lo que estaba haciendo mientras miraba por la ventanilla. Sonrió mirando el anillo en su dedo y si a él le gustaba, lo llevaría encantada.

En cuanto entraron en los grandes almacenes le compró un abrigo marrón claro precioso. Su estilo clásico nunca pasaba de moda y a juego le compró unos guantes azul claro con una bufanda de cachemira. El bolso de piel marrón era del estilo birkin y a ella le encantó, pero las botas hasta las rodillas de piel

marrón eran para morir. También le compró un chaquetón rojo. —Para que no lleves siempre lo mismo —le dijo mirando otro abrigo negro.

Ella se negó en redondo a que comprara más abrigos y cuando fueron a la sección de vestidos, ahí no pudo detenerle. Le eligió varios que eran preciosos y que combinaban con sus zapatos negros, pero cuando le dijo que necesitaría dos vestidos de noche al menos, se empezó a poner nerviosa. —Carter ... esto es mucho dinero y...

—Nena, habrá fiestas y no puedes ir en vaqueros. —Vio uno verde en el maniquí y dijo —Ese. Ese me gusta.

Se quedó con la boca abierta viéndole acercarse a aquel vestido de gasa que era un sueño. Tenía un escote en palabra de honor y el corpiño ajustado tenía unos pliegues de gasa con tonos dorados sobre el verde agua. Se acercó lentamente y Carter que acababa de hablar con la dependienta la miró sobre el hombro. —Necesitarás unas sandalias doradas.

—Pero Carter, esto debe valer...

—Cogió la etiqueta y abrió los ojos como platos al ver que costaba dos mil dólares. —¡No!

—Meredith, debes tener buen aspecto.

—¡He dicho que no! —Se volvió dispuesta a irse. Gastarse dos mil dólares en un vestido. Estaba loco.

Carter la cogió por el brazo dándole la vuelta. Estaba muy cabreado. —¡Mira, tú haz tu trabajo, que yo sé lo



que tengo que hacer en el mío! ¡Te pondrás ese vestido para la fiesta de Navidad y no hay más que hablar!

—¡Cuesta una fortuna! Puedo llevar algo mucho más barato e ir igual de bien.

Él apretó la mandíbula antes de decir —Llevarás ese. No hay más que hablar.

—¡Lo tengo que llevar yo! ¿No tengo nada que decir?

—Perdona, pero es una orden.

Jadeó indignada. —¿Me estás ordenando que me ponga ese vestido?

—¡Pues sí!

—Serás idiota —siseó furiosa—.

¡Me pongo lo que me da la gana! —Dejó caer las bolsas que llevaba y se giró dejándolo allí con la palabra en la boca, llegando a las escaleras mecánicas antes de que él pudiera recoger las bolsas del suelo.

¿Quién se creía que era? No era una idiota descerebrada que hacía lo que

su hombre le decía sin rechistar.

Menudo gilipollas. Cada vez le gustaba menos. ¡Si no fuera por su acuerdo, no le vería nunca más! Con grandes zancadas llegó a la calle y gruñó porque las temperaturas habían bajado a plomo. ¡Y encima tenía hambre! Estaba claro que con ese hombre no se podían hacer planes.

Rumiando lo idiota que era Carter, llegó a su casa y cuando abrió la puerta, gimió al darse cuenta que la calefacción seguía sin funcionar. ¡Iba a matar al

casero! Cerró la puerta de un portazo y volvió hacia el ascensor para bajar al primer piso. Con mala leche fue hasta la puerta A y llamó con fuerza haciéndose daño en los nudillos.

—¡Ya voy! —dijo ese idiota desde dentro con aburrimiento. Impaciente esperó a que abriera la puerta y cuando lo hizo, Meredith vio que iba con una camiseta de tirantes casi blanca. Así que él sí tenía calefacción. Se iba a enterar. Miró a aquel cuarentón con barriga cervecera como si quisiera

matarlo. —Ah, eres tú. —Apoyó el hombro en el marco de la puerta como si estuviera cansado, el muy vago. —¿Qué quieres ahora?

—¿Qué quiero? ¡Quiero calefacción! ¡Y que me arregles el agujero que tengo en el suelo del salón! ¡Que me pintes el apartamento como dijiste que harías cuando me mudé y que arregles el grifo del baño!

—¡Vaya! ¡Al parecer estás protestona! —Se enderezó mosqueándose. —¡No protestabas la

semana pasada cuando te retrasabas del pago!

—¡Me he retrasado dos días! ¡Y siempre pago con puntualidad! ¡No tengo calefacción y estoy harta!

—¡Pues ya sabes lo que tienes que hacer!

Le miró asombrada. —¿A qué te refieres?

—¡Que ya puedes largarte!

—¡No puedes echarme! ¡Tengo un contrato!

—¿Entonces de qué te quejas?

¿Quieres quedarte o no?

Meredith no salía de su asombro.

—Tengo derechos, ¿sabes?

—No te digo por donde me paso tus derechos —dijo tocándose las pelotas antes de cerrar la puerta de un portazo ante sus narices.

Con los ojos como platos se dio la vuelta. ¿Sería posible? ¡Menuda cara más dura! Volvió a su piso con ganas de matar a alguien y al ver a Carter ante la

puerta de su casa, ya tenía con quien pagar el pato. —¿Qué haces aquí? ¿Y cómo me has encontrado?

—Abre la puerta, Meredith. No voy a hablar de esto aquí.

Puso los brazos en jarras. —¡No te he invitado a mi casa! ¡Largo!

—¡Abre la maldita puerta de una puñetera vez!

—¡No me hables así en mi casa!

—¡No estamos en tu casa!

Como si fuera a la guerra,



Meredith pasó ante él para abrir la puerta, pero se colocó en medio para no dejarle pasar. —¡Largo de aquí!

Carter puso el pie impidiendo que pudiera cerrar. —¡Eres exasperante! — Empujó la puerta y Meredith que no podía con él, la soltó de golpe haciendo que chocara contra la pared. Él la miró como si quisiera darle una paliza y furioso cerró la puerta de golpe. — Nena...

—¡Serás idiota! ¡Largo de mi casa! ¡Si crees que puedes tratarme

como una muñequita, estás muy equivocado!

—¿Qué pasa con nuestro trato?

—¡En el trato no decía que debía dejar que hicieras conmigo lo que te diera la gana! ¡Iré a la fiesta y si la cagas, porque no tienes ni idea de cómo comportarte, no es problema mío! ¡No se puede ser peor novio que tú! ¡Nunca haces lo que debes!

—¿Nunca hago lo que debo?

¡Tenía que comprarte ropa porque ni

tienes!

Ella levantó la barbilla orgullosa.

—¡Cuando hago un papel, no me encargo del vestuario!

—¿Y criticas lo que te ponen? —

Meredith se sonrojó y él sonrió satisfecho. — ¡Perdona que te lo diga, pero sí que eres una muñeca! ¡Dices lo que te obligan a decir y te pones lo que te ordenan! ¡Como yo! —Tiró las bolsas sobre su sofá y miró a su alrededor. Al ver una mancha de lo que parecía sangre en la pared la miró

horrorizado. —¿Qué es eso?

Ella hizo un gesto sin darle importancia. —Al inquilino anterior se lo cargó la policía.

—¿Y no te han pintado el piso siquiera antes de que entraras?

—Eso es lo que acabo de discutir con el casero. —Furiosa se quitó el abrigo tirándolo sobre el sofá. —Y sobre la calefacción, que como te habrás dado cuenta no funciona. —Cuando se volvió vio que Carter se había acercado

a la mancha. —¡Carter, no!

Meredith gritó cuando vio como Carter caía al piso de abajo. Sintiendo que se le paralizaba el corazón, se acercó al agujero que ahora era tres veces más grande. Su novio de pega estaba tirado en el suelo rodeado de escombros. —Cariño, ¿estás bien?

Carter gimió parpadeando cuando el señor Burrell se acercó a él comiendo un bol de espaguetis. —Menuda leche, amigo. ¿Está bien?

—¿Llamo a una ambulancia? —

Histérica corrió hacia su bolso y sacó el móvil volviendo al agujero y arrodillándose en el borde para que Carter la viera. —Enseguida llegan. Tú no te muevas. ¡Voy a matar al casero! — Nerviosa llamó a emergencias.

Carter la fulminó con la mirada intentando sentarse, pero su cara de dolor le hizo tumbarse de nuevo. El señor Burrell miró hacia arriba con la barbilla llena de salsa de tomate. — Vaya, si se hubiera matado, nos lo

habrían arreglado fijo.

—¡Oiga! ¡Que le estoy oyendo!

—¡Urgencias! ¡Mi novio se ha caído al piso de abajo! —De los nervios se levantó y corrió hacia la puerta, pero volvió a coger el bolso y el abrigo para ir al hospital. —Sí, está consciente, pero ha sido una caída muy fuerte y...—Apartó el teléfono y gritó—  
¡Ya vienen, cariño!

Cerró de un portazo antes de correr hacia las escaleras con el corazón

latiendo a toda prisa. ¡Cómo se hubiera roto algo, iba a matar a ese vago! Cuando llegó al piso del señor Burrell la puerta ya estaba abierta y ella sonrió de alivio al ver que seguía consciente. —Ya vienen, tú no te desmayes. —Se arrodilló a su lado. —¿Qué te duele?

—¡Todo! ¡Me duele todo!

—No me mires como si fuera culpa mía.

—¡Podías avisar de que tienes un agujero en medio del salón!



—¿Te lo estaba contando! ¡No me has dado tiempo! —Le palpó el brazo hasta llegar a la muñeca. —¿Te duele?

Él gimió dejando cerrando los ojos. —Nena, creo que me he roto el trasero.

—¿Has caído de culo?

—Uff, esas caídas son horribles. Mi abuela se rompió la cadera y le dolió muchísimo —dijo su vecino con la boca llena. Ese hombre no perdía el apetito por nada.

Ignorándolo acarició el cabello de Carter. —Tú no te muevas.

—Me mata la parte baja de la espalda. —Ella hizo una mueca al ver que se había cargado una silla en la caída. Mira que poner una silla justo allí.

—Pobrecito. —Preocupada le besó la mano intentando no mover su brazo demasiado. —Te pondrás bien.

—¡Voy a meterle una demanda a ese tipo que se va a cagar! —dijo

furioso antes de volver a gemir.

—¡No te muevas! —Se ponía más nerviosa por momentos porque la maldita ambulancia no llegaba y le veía sufrir.

—¿Me ves moverme? —siseó él furioso antes de palidecer—. Joder, ¿no me habré roto la columna?

Ella perdió todo el color de su cara también. —Claro que no. Ya verás como no es nada, cielo. —Sin preocuparse por si se arañaba las

piernas con los escombros se arrastró hacia su cabeza para mirar sus ojos. — Te vas a poner bien y conseguirás ese trabajo que quieres. Y entonces me perderás de vista.

Sus ojos color miel mostraban su preocupación, aunque forzaba una sonrisa. Él acarició uno de sus rizos que enmarcaban su cara. —Te perderé de vista, ¿eh?

—Claro que sí.

En ese momento llegaron los

sanitarios y muy nerviosa se apartó para que trabajaran. Cuando le escuchó gemir al girarle para colocarle debajo una especie de tabla después de ponerle un collarín, ella preguntó —¿Se pondrá bien?

—Hay que hacerle muchas pruebas. —El sanitario miró hacia arriba después de que lo colocaran en la camilla. —Menuda caída.

—Nena...—Se acercó a toda prisa. —Llama al despacho y cuenta lo que ha ocurrido. Coge mi cartera y mi

móvil.

—Tenemos que irnos —dijo el sanitario.

—Sí. —Ella tocó su pecho y metió la mano dentro de su chaqueta cogiendo todo lo que tenía dentro. —Ya está. —Antes de alejarse le dio un beso rápido en los labios. —Te sigo hasta allí.

—Con tus esfuerzos por ahorrar seguro que vas en metro.

Se sonrojó al escucharle y levantó

la barbilla. —Pues ahora iré en taxi.  
Tengo tu cartera.

Carter sonrió mientras empujaban la camilla. —¿A dónde le llevan?

—Al Lenox —dijo Carter—. Mi amigo Troy trabaja allí.

—No le corresponde ese hospital, señor Stevenson.

—Pagaré lo que haga falta, pero llévenme al Lenox. —La voz de Carter indicaba que no aceptaría otra cosa y ella asintió. Si quería ir al Lenox Hill,

iría a ese hospital.

—¡Llévenlo donde dice!

Los sanitarios se miraron y asintieron. —Muy bien, pero si le ocurre algo de camino, usted está de testigo.

—Yo también —dijo el señor Burrell sintiéndose importante.

—Cariño, te veo allí.

—Se llama Troy Morris. ¡Llámalo y cuenta lo que ha pasado!

Salió tras él a toda prisa y cuando le estaban metiendo en la ambulancia, se



volvió para buscar un taxi cuando vio que su casero les observaba. Furiosa se acercó y le golpeó con el bolso varias veces. — ¡Maldito gilipollas! ¡Te vas a enterar! ¡Como a mi novio le haya pasado algo, te despellejo, cabrón!

—¡Estás loca!

Uno de los sanitarios la cogió por la cintura y Carter gritó desde dentro de la ambulancia. —¿Qué coño pasa? ¡Meredith!

—¡Ya voy! —Antes de apartarse

del todo, le arreó una patada en la entrepierna que lo dobló.

—Uy. Eso ha debido doler —dijo el sanitario dejándola en el suelo—.

Menuda fiera.

—¡Capullo! —gritó ella acercándose a la ambulancia. Forzó una sonrisa. —No pasa nada, cariño. Estaba ajustando cuentas.

—¡Sube a un taxi! ¡Y llama a Troy!

—Sí, cariño.

—¡Ya me encargaré yo de todo cuando salga!

—¡Tú no te preocupes por nada!  
—Los sanitarios cerraron la puerta divertidos.

Nerviosa corrió hacia la esquina porque en su calle casi no había tráfico. Cuando vio un taxi levantó le brazo llamándolo a gritos. —Al Lenox Hill — dijo en cuanto entró.

Sacó el teléfono de Carter y buscó el teléfono de Troy. Suspiró de alivio al

encontrarlo y pulso el botón verde.

—¿Qué pasa, amigo? —contestó al segundo tono—. ¿Quedamos hoy para ver el partido?

—¿Troy?

—¿Quién es? ¿Por qué tiene el móvil de Carter?

—Soy Meredith. ¿Te ha hablado de mí?

—¿Meredith? No. ¿Es de su trabajo?

Ella chasqueó la lengua indignada.

—¿Sois muy amigos?

—Oiga, ¿quién es usted y por qué tiene el teléfono de Carter?

—¡Pues soy su prometida! ¡Y va camino a tu hospital, porque se ha caído desde mi piso al piso del vecino de abajo!

—¿Esto es una especie de broma? ¡Porque no tiene gracia! ¡Que se ponga Carter!

—Te acabo de decir que está en la ambulancia.

—¡No me ha dicho eso! ¡Y Carter no está comprometido, sino yo lo sabría!

—¡Así que sois muy amigos y no te ha hablado de mí! Esto es el colmo.

—Oiga, ¿está loca? ¡Que se ponga mi amigo!

—¡Que está en la ambulancia!  
¡Llegará en unos minutos!

—¡Voy a llamar a la policía! ¡Le ha robado el móvil y está gastando bromas! ¡Pues se va a enterar, porque Carter es abogado!

—Sí, ya lo sé. —Ella vio el hospital al fondo de la calle. —Ya estoy llegando.

—¿Llegando a dónde?

—¿Eres idiota? Al hospital.

—¿Viene hacia aquí? ¡Pues prepárese para que la detengan!

Le colgó el teléfono y ella hizo una mueca. —Está claro que Dios los cría y ellos se juntan. Otro sieso.

En cuanto llegó a urgencias, vio la ambulancia de Carter que acababa de

llegar. Ella salió viendo como sacaban a Carter de la ambulancia y le sonrió. — Ya estoy aquí, cariño.

—¿Has llamado a Troy?

—Por supuesto, pero tu amigo no se ha creído una palabra.

En ese momento llegó un médico tan alto como Carter de pelo castaño, seguido con dos de seguridad y ella se cruzó de brazos al ver su cara de sorpresa cuando vio a Carter en la camilla.



—¿Pero qué te ha pasado?

—¡Ya te lo he dicho! —exclamó ella indignada mientras metían a Carter en urgencias—. ¿Estás sordo?

—Troy, me duele mucho la espalda.

—Ahora te atiendo. No te preocupes más. —Troy habló con los sanitarios sobre cómo lo habían encontrado.

Ella siguió la camilla y le preguntó a Carter —Cariño, ¿cómo

estás?

—Me estoy mareando un poco.

—¡Troy, haz algo!

—Debe esperar fuera —dijo Troy cuando llegaron al box.

—Sí, claro. —Miró a Carter a los ojos. —No te desmayes, cariño. Esperaré fuera.

—Llama a la oficina.

—Sí, tú tranquilo.

—¡Enfermera, sáquela de aquí! —ordenó Troy.

—¡Ya me voy! —Fulminó al amigo de Carter con la mirada. —A ti no te invito a la boda.

Carter se echó a reír y gimió tocándose el costado. —Serás mala.

—Lo siento. —Hizo una mueca y salió de allí a regañadientes.

Buscó el teléfono de la oficina en el móvil, pero tenía varios que sólo eran letras y no sabía si correspondían con la oficina. Decidió buscar una tarjeta en su cartera y cuando la encontró, sonrió

sentándose en una silla de plástico de la sala de espera. Al ver la foto de Carter con una mujer muy joven, se le cortó el aliento. Él llevaba una camiseta de fútbol y se notaba que la foto había sido tomada años antes. Debía ser de su época de la universidad. Sacó la foto y le dio la vuelta, pero no había nada escrito. Al ver la imagen de nuevo, se le cortó el aliento porque Carter sentado en el césped al lado de esa mujer tan guapa, la miraba como si estuviera muy enamorado. Y ella le correspondía. Era

rubia y muy bonita. Además, tenía cara de buena persona. Sintiendo un nudo en la garganta, dejó la foto en su sitio sin querer analizar por qué le afectaba que Carter hubiera tenido novia. Una novia que todavía quería recordar.

Parpadeando miró la tarjeta antes de llamar a la oficina.

—Despacho de Carter Stevenson.

—¿Amber? Soy Meredith. —

Sorbió por la nariz y continuó hablando.

—Carter está en el hospital. Ha tenido un accidente.

—¿Un accidente? —preguntó asustada—. ¿Está bien?

—Parecía estar bien, pero no lo sé. Me ha dicho que te llame para contártelo. Debe ser para que te encargues de todo.

—¿Pero está bien?

—Troy está con él ahora.

La secretaria suspiró de alivio. —  
Dígale que me encargo de todo.

—Muy bien. Te llamaré para contarte las novedades.

—Gracias —susurró la mujer antes de colgar.

Nerviosa volvió a meter la tarjeta en la cartera y volvió a mirar la foto. Con esa chica no parecía tan mal novio.

Apretó los labios cerrando la cartera y la miró entre sus manos. Esperaba que se pusiera bien. Muy nerviosa caminó de un lado a otro durante horas y cuando volvió a la mesa de recepción a preguntar por él, la mujer que estaba detrás la miró exasperada.

—Señorita, le he dicho mil veces, que en cuanto el médico termine con su prometido, vendrá a informarla.

Levantó la vista hacia las puertas impaciente y casi grita del alivio al ver a Troy salir en bata. Ansiosa se acercó a él. —¿Qué tal está?

—Pues tiene un esguince en el tobillo.

—¿Qué más? No te reprimas, puedo soportarlo.

Troy sonrió. —Nada más. Le



duele la espalda por la caída, pero no tiene nada roto.

Le miró con desconfianza. —  
¿Eres médico? ¡Se ha pegado una leche  
de aúpa! ¡Tiene que tener algo más!

—Que no. Le he hecho mil  
pruebas —dijo divertido—. Tendrá  
dolores unos días, pero se pondrá bien.

Cuando el alivio la recorrió  
sonrió encantada. —¡Eso es estupendo!  
—Se llevó una mano al pecho. —Por un  
momento creí que era más grave.

—En este momento está algo cabreado porque le he cortado la ropa y ahora se está poniendo un chándal que le he conseguido.

Meredith gruñó porque seguro que quería volver a la oficina. —No iré a trabajar.

—Eso mismo le he dicho yo. Pero tendrás que atarle a la cama.

—Nuestra relación no es tan profunda —respondió irónica.

—Sí, ya me lo ha contado. —Troy

se cruzó de brazos mirándola fijamente de arriba abajo. —Me gustas.

—¡Oye, que ya tengo prometido!  
¡Puede que sea de pega, pero respeto mis promesas!

Troy se echó a reír. —No, me gustas para Carter.

—Ah... —Se sonrojó intensamente. —Vale.

—Me ha dicho que eres actriz.  
¿Tu interés por él también es fingido?

—¿Por qué no te pierdes? —Se

sonrojó aún más haciéndole reír.

—¿Quieres un consejo?

—Depende —dijo desconfiada.

—Sigue así.

—¿Así cómo?

—Siendo como eres.

—Tío, qué raro eres. ¡Quiero ver a Carter!

—Ven conmigo —dijo al borde de la risa.

Le siguió por urgencias hasta el box donde escucharon decir a Carter —

¡Mire, señora como se llame... no me voy a poner ese chándal rosa! ¿Dónde coño está Troy?

—Estoy aquí —dijo abriendo la cortina.

Ver el torso desnudo de Carter no era lo que necesitaba en ese momento. Dios mío, ese vello negro que bajaba desde sus pectorales hasta esconderse en la sábana, era de lo más atrayente. Sin poder evitarlo sus ojos lo recorrieron y se imaginó acariciándolo hasta llegar a su cuello. Sus ojos se

detuvieron en un lunar que tenía en la clavícula y sus pensamientos se volvieron mucho más calientes, si eso podía ser.

—¡Meredith! —Se sobresaltó mirando sus ojos y él entrecerró los suyos al ver que se sonrojaba.

—¿Si?

—¡Este idiota quiere que me ponga esto! —Le mostró un chándal rosita de felpa y sonrió maliciosa. —No tiene gracia.

—Claro que sí. ¿Cómo sienta que te obliguen a ponerte algo?

—¡No compares!

—Cuanto antes te vistas, antes nos iremos.

La enfermera soltó una risita y Carter la fulminó con la mirada. —¿Es que nadie piensa ayudarme?

—Carter, sé razonable —dijo Troy—. En el hospital no disponemos de ropa al gusto del consumidor. Con tu talla es lo mejor que la enfermera ha

encontrado.

Furioso se puso la sudadera rosa y cuando se quitó la sábana Meredith se quedó con la boca abierta al ver que estaba desnudo y no tenía ningún pudor. Apoyando con cuidado su tobillo vendado, le costó bajar de la camilla porque se notaba que estaba dolorido. La enfermera iba a ayudarle a ponerse los pantalones, pero Troy hizo un gesto negando con la cabeza, que Meredith hipnotizada por su trasero no llegó a ver.

Cuando escuchó su quejido de



dolor, se acercó a él rodeando a Troy.  
—Espera, que te ayudo.

Se agachó para meter por sus pies las perneras del pantalón y como si fuera un niño se lo subió intentando ignorar aquello que tenía entre las piernas. Suspiró de alivio sonriendo radiante cuando terminó de ponerle los zapatos y se enderezó mirándole a la cara. Estaba algo pálido. —¿Te duele mucho?

—Le he puesto algo para el dolor, pero enseguida necesitará otra dosis —

dijo Troy—. Que se quede en casa una semana.

—¿Una semana?

Carter vociferó como si hubiera dicho un sacrilegio y ella le cogió del brazo. — Vamos, cielo. Creo que necesitas descansar un rato. Ha sido una mañana algo agitada.

—Sí, creo que me acostaré un rato. Hostia, cómo duele esto.

Ella hizo una mueca al ver que le costaba caminar. —Espera, te llevará

una silla de ruedas. Hoy no camines demasiado con el pie así —dijo su amigo intentando no partirse de la risa por la pinta que llevaba.

—De esta te vas a acordar —  
siseó Carter.

Meredith arrebató a Troy las pastillas y el médico la miró asombrado. —¡Tú también querías que se vistiera de rosa!

—¡No para reírme de él! ¡Sólo quería darle una lección y la ha

entendido! —le gritó a la cara—. Vamos, cielo. Te llevo a casa. Te voy a hacer un caldito que te vas a chupar los dedos.

—Mejor pedimos una pizza —dijo con esfuerzo—. El estómago lo tengo fenomenal.

—Mucho mejor, porque la cocina se me da fatal.

—Te llamo luego, amigo —dijo Troy partiéndose de la risa.

—Espera, que se va a acordar —

dijo Meredith dispuesta a girarse para darle una paliza a aquel listillo.

Carter que le apretó el brazo y reprimiendo una sonrisa le dijo — Déjalo, ya me encargaré yo en cuanto pueda.

—¿Estás seguro? —preguntó muy seria mirando sus ojos azules—. Yo puedo con él.

Troy se echó a reír a carcajadas y cuando Meredith lo fulminó con la mirada levantó los brazos en señal de

rendición. —Uff, el trabajo que tengo —  
dijo mirando a su alrededor antes de  
alejarse.

Meredith le rodeó la cintura con  
cuidado. —¿Te duele mucho si hago esto  
para sujetarte?

—Puedo soportarlo.

—¿Por qué te ha cortado el  
abrigo?

—Porque es idiota. ¿Tienes las  
llaves de mi casa?

—Sí. Lo tengo todo —dijo

mientras caminaban hacia la salida ignorando las sonrisas de las enfermeras.

Él intentaba caminar de puntillas con el pie herido. —Mierda, esto va a retrasar muchísimo mi trabajo. Me va a perjudicar en el ascenso.

Meredith le dijo —No te preocupes ahora por eso. Lo arreglaré, te lo prometo. Cielo, apóyate ahí para que salga a buscar un taxi. No quiero que cojas frío.

Cuando lo hizo, Meredith salió al exterior y levantó un brazo llamando a un taxi. Se acercó a la ventanilla y sonrió —¿Puede esperar? Tengo que sacar a mi novio.

—Claro que sí.

Corrió de nuevo hacia el hospital casi resbalando con la acera helada. — Ya está aquí el taxi. —Él la miraba de otro modo y preguntó —¿Qué pasa? ¿Te duele mucho?

—No, no te preocupes.



Sonrió radiante. —Ya verás, te pondrás bien en un periquete.

En el taxi él estuvo muy callado y cuando llegaron a la sesenta y seis este con Park Avenue, le ayudó a bajarse con cuidado. Él portero salió a toda prisa. —Señor Stevenson. ¿Se encuentra bien? —Parecía asombrado.

—Un pequeño accidente, Alfred.

—Déjeme a mí, señorita. Yo le ayudo a subir.

Aliviada porque pesaba un montón

les siguió hasta el ascensor. —¿Qué piso era?

—El sexto —dijo el portero.

Meredith miró a su alrededor. Aquel ascensor era de lujo. La última vez no se había fijado demasiado impaciente por acostarse con él. — Cariño, debe irte muy bien.

—Puedo mantenerte porque sales muy barata.

—Ja, ja.

Salió del ascensor impaciente por

llegar a su piso y fue hacia la única puerta que había en toda la planta. Corrió hacia allí sacando las llaves y metió la más grande. Abrió la puerta y se quedó allí parada con la boca abierta porque el salón de día era muy luminoso y amplio, con un enorme sofá en forma de U ante un gigantesco televisor colgado en la pared. Ante los enormes ventanales una mesa con un cristal marrón con sillas forradas en terciopelo de ese color. Lo que más destacaba en las paredes pintadas de beige eran los

cuadros abstractos en colores brillantes que daban mucha vida al salón.

Alguien carraspeó tras ella sacándola de su ensoñación. —Oh, perdona.

—Nena, ¿no habías curioseado bastante el otro día?

—Pues no —dijo irónica—. Tenía miedo de que llegaras en cualquier momento y me pillaras. Me quedé en el salón como una niña buena.

Él sonrió robándole el aliento.

Ese hombre era capaz de provocarle un cortocircuito sólo con una mirada. Alfred le ayudó a ir hasta un pasillo muy ancho y ella se imaginó que allí estaban las habitaciones. Cuando llegaron a la última puerta, ella entró con curiosidad para ver un ventanal que cubría dos paredes. ¡Aquello era una pecera! ¿Quién haría allí el amor? Podía verte cualquiera. ¿No sería exhibicionista? Porque eso a ella no le iba en absoluto.

Con un gemido Carter se sentó en la cama y le miró. —Espera, que en

cuanto encuentre la cocina, te doy agua para que te tomes la pastilla.

Alfred sonrió entrando por una puerta y volviendo con el vaso de agua.

—Ahí está el baño.

—Gracias, eres un amor.

Carter frunció el ceño al ver que el portero correspondía a su sonrisa. — Ya puedes bajar, Alfred. Gracias por tu ayuda.

—Si necesitan cualquier cosa, estoy a su disposición.

—Gracias, majo —dijo ella  
sentándose al lado de Carter y dándole  
el vaso de agua para sacar las pastillas  
de su bolso.

—Dame dos.

Ella miró el bote. —Una cada seis  
horas.

—Dame dos.

—¿Y si es demasiado? —preguntó  
preocupada—. No sé. ¿Llamamos a  
Troy?

—Nena, dame dos. Me duele

mucho la espalda.

Apretando los labios le puso dos capsulas sobre la palma de la mano. Al ver que se las tomaba de golpe, se dio cuenta de que sí que debía dolerle mucho. —Voy a pedir algo de comer. ¿Te ayudo a quitarte ese chándal para que estés más cómodo?

—Ahora no. —Tuvo que apoyarse en un codo para poder tumbarse y ella se levantó para quitarle los zapatos. —Llama a Amber y dile que hoy no iré a trabajar.



—Vale, tú descansa hasta que llegue la pizza.

—Sí —susurró cerrando los ojos.

Preocupada le tapó con la otra parte del edredón para que no tuviera frío y salió cogiendo su móvil para llamar a Troy a toda prisa.

—¿Ya habéis llegado y llamas para echarme la bronca?

—Llamo yo.

—¿Qué pasa? ¿Está peor?

—Me ha pedido dos pastillas y no

me he negado con la suficiente  
vehemencia.

Troy se echó a reír. —Pues  
despídete de él hasta mañana.

—Pero no le pasará nada,  
¿verdad?

—No, Meredith. Sólo dormiré.

Suspiró de alivio. —Bien,  
gracias.

—Por cierto, le vendrían bien  
unas friegas suaves en la espalda con  
aceite de romero.

—Aceite de romero.

—Sí, masajes circulares y suaves.

En unos días estará como nuevo.

—Muy bien.

—Y que no fuerce el pie. Una semana sin trabajar.

—No te preocupes. Yo me encargo.

—Iré a visitarle mañana. Si necesitas algo llámame.

En cuanto colgó el teléfono, llamó a Amber. —¿Diga?

—Soy Meredith. No iré hoy a trabajar, ni en toda la semana. La caída ha sido muy fuerte y tiene un esguince en el pie, aparte de tener la espalda hecha polvo.

—¿Pero sobrevivirá?

—Sí —respondió molesta al oír la preocupación de su voz—. Te he dicho que tiene un esguince en el pie. No es algo grave, pero sí doloroso.

—Iré a verle cuando salga del trabajo.

Ella entrecerró los ojos recorriendo el pasillo. —Estará dormido. Se acaba de tomar la medicación. No irá a trabajar en toda la semana. Ya te llamará él mañana.

—Ah...—dijo decepcionada—. Muy bien, esperaré su llamada.

—Adiós. —Colgó enfadada consigo misma porque le molestara que otra mujer sintiera algo por Carter. ¿Y a ella qué le importaba? Pues al parecer le importaba y mucho.



# Capítulo 4

Pidió una pizza con lo que a ella le gustaba, porque si Troy tenía razón, seguramente Carter no comería. En cuanto llegó, se acercó a su habitación y vio que estaba dormidito, el pobre. Se sentó en el sofá poniéndose cómoda y encendió la impresionante tele. Era increíble la cantidad de canales que tenía y se vio dos películas. Cuando

llegó la hora de acostarse, se pasó más de diez minutos ante la puerta de la habitación de Carter, pensando en si dormir con él o en otra habitación. Como había curioseado un poco, sabía que había dos habitaciones más, pero si necesitaba algo por la noche...

Decidió darse una ducha en otra habitación para no molestarle y dormir con él. Eso era lo mejor. Contenta por haberse decidido, fue a la habitación de al lado y se dio una larga ducha. Cómo se notaba que ganaba dinero porque



había jabones para todos los gustos. Eligió uno que olía a limón y disfrutó de la primera ducha de agua verdaderamente caliente en meses. Cuando terminó, se hidrató bien la piel con una crema que había de Lancôme. Desnuda y con el pelo húmedo llegándole al trasero, se mordió el labio inferior pensando qué usaría para dormir. Con curiosidad fue hasta el armario, pero estaba vacío. No podía entrar así en la habitación y buscar algo en su vestidor. ¿Y si se despertaba y la

veía así? Volvió a baño y al mirar detrás de la puerta, encontró un albornoz blanco. Sonriendo se lo puso y decidió que dormiría así con él. De esa manera estaría tapadita a su lado y no pensaría que quería seducirle.

Abrió la puerta con cuidado y vio las luces de la noche de Nueva York a través de la ventana. ¿Es que no había persianas? Sin entrar en la habitación vio un interruptor en la pared al lado de la mesilla de Carter, pero dudaba si era la luz. También vio un mando encima de

la mesilla, pero podía ser del televisor. Mierda, ¿cómo bajaba las persianas? Volvió a la habitación de al lado e investigó cómo se bajaban. Un mando a distancia de color azul las cerraba. Decidida volvió a la habitación apagando las luces del pasillo y entró en penumbra en la habitación cerrando la puerta suavemente. Caminando por la moqueta sin hacer ruido, cogió el mando de al lado de la mesilla de Carter y pulsó el botón, pero no funcionaba. Elevó el mando hacia las ventanas y

volvió a pulsar el botón con insistencia.

Una mano le rozó el muslo sobresaltándola y asombrada miró a Carter, que parecía dormido.

Entrecerrando los ojos se agachó sobre él para ver que tenía los ojos cerrados.

Enderezándose volvió a pulsar el botón y la mano subió por su muslo suavemente cortándole el aliento. — Nena, ¿qué haces?

—Intento bajar las persianas — susurró cerrando los ojos cuando su

mano llegó a su trasero acariciándoselo suavemente.

—Ese es el mando de la calefacción. Nos vamos a achicharrar.

—Meredith ni le escuchaba. —Joder

na, tienes la piel más suave del mundo

—dijo con voz ronca estremeciéndola.

Intentó sentarse, pero gruñó de dolor.

Ella se apartó—. No, no. ¡Que estoy

bien!

—Será mejor que me vaya a la

habitación de al lado —dijo ella

sintiendo que le arrancaban un brazo.

—La cama es muy grande —dijo él estirando la mano—. No te vuelvo a tocar.

—No sé... —Se moría por tocarle. —Carter...

—Ven, nena. Yo bajo las persianas.

Rodeó la cama y él rió por lo bajo. —No tiene gracia. ¿No me tocarás?

Las ventanas empezaron a bajar y ella abrió la cama tumbándose en el otro

extremo de la cama.

—No te tocaré.

—Deberías estar dormido. Troy me ha dicho que esas pastillas te dejarían dormido hasta mañana.

—Eso demuestra que no es tan buen médico como piensa.

—¿Te duele mucho?

—Sólo si me muevo.

—Entonces no te muevas.

Él la cogió por el cinturón del albornoz arrastrándola por toda la cama

hasta pegarla a su cuerpo abrazándola. —Mejor te mueves tú —dijo con voz ronca—. Nena, puedes empezar cuando quieras.

A Meredith le entró la risa. —¿Qué? —La mano de Carter empezó a bajar por su espalda y arrastró su albornoz hacia arriba. —¿Qué haces?

—Si soy inofensivo. Sólo puedo hacer esto, ¿no es patético? —La mano en su trasero la hizo gemir y más cuando su mano bajo hasta sus pliegues. Sin darse cuenta ella levantó una pierna



sobre su cuerpo. —Eso es, nena —dijo con voz ronca—. Tócame.

Con la otra mano le acarició el muslo que tenía sobre su cuerpo y antes de darse cuenta estaba tumbada sobre él. Meredith se apoyó sobre las palmas de sus manos para no aplastarle y Carter aprovechó para abrir su albornoz. —No necesitas esto.

Le acarició los pechos y Meredith gimió arqueando su cuello hacia atrás. Era una delicia sentir sus caricias y cuando una mano llegó a su cuello,

Meredith bajando su cabeza pudo sentir su aliento rozando sus labios. Ella atrapó sus labios sedienta sentándose a horcajadas sobre él mientras Carter tiraba de su albornoz hacia atrás para quitárselo del todo. Sacó los brazos sin apartar su boca y tiró de su sudadera hacia arriba queriendo tocarle. Él gimió contra su boca y Meredith se apartó. — ¿Te duele?

—Ahora no me duele nada. —

Cogiendo su nuca la besó casi quitándole el sentido. Fue el beso más

increíble de su vida y supo en ese momento que había perdido su corazón para siempre. Ella apartó su boca lentamente y en la penumbra de la habitación miró sus ojos. Al sentir que entraba en ella lentamente jadeó contra sus labios de placer y él la sujetó por las caderas, provocando que bajara sobre su miembro. Ella le lamió los labios apoyando las manos sobre sus hombros y movió sus caderas levantándose. —¡Dios! — dijo Carter apretando sus caderas cuando llegó al

fondo—. Nena, estás muy estrecha.

Ella gimió sólo consciente del placer. Quería experimentar esa sensación toda la vida y movió la cadera separándose de él casi en el acto para dejarse caer suavemente sobre su cuerpo. Carter gimió en respuesta dejando que hiciera lo que quisiera una y otra vez. Meredith totalmente ida de placer, se movía sobre él alargando la tortura sin darse cuenta. Carter la cogió por la nuca totalmente tenso. —Más deprisa, nena. Vas a matarme. —Devoró

su boca desesperado y Meredith se alejó sentándose totalmente sobre él dejándose caer con más contundencia mientras se apoyaba en su pecho. —¡Si! —Carter levantaba sus caderas sin darse cuenta acompasando su ritmo y Meredith sintiendo que todo su cuerpo se tensaba con fuerza, se estremecía de placer mientras Carter gritaba apretando sus glúteos.

Ella cayó sobre su cuerpo respirando agitadamente sin ser consciente de lo que ocurría a su

alrededor. Carter la abrazó a él acariciando su espalda recuperándose también. —Si es así sin que pueda moverme, ni quiero imaginar lo que será después.

Ella sonrió y le besó el lóbulo de la oreja antes de susurrar —Yo tampoco puedo moverme.

Eso le hizo reír. —Puedo dormir contigo encima.

—Creo que no dormiría mucho.

—En eso tienes razón. —Meredith

se separó ligeramente para mirar sus ojos y él apartó sus rizos para verla. —  
¿Estás bien?

—Yo no he salido hoy del hospital. Debería preguntártelo yo. —  
Sonrió encantada. —¿Sabes? Cada vez eres mejor prometido. En la reunión lo vas a hacer genial.

Carter sonrió. —¿Tú crees?  
Seguro que Josh Lavi ganará muchos puntos esta semana.

—¿Tu competencia se llama Josh

Lavi? ¡No pega en el cartel! —dijo escandalizada—. ¿Lambert, Lambert y Lavi? ¡Suena fatal! —Carter se echó a reír. — Suena mucho mejor Lambert, Lambert y Stevenson. Ya hablaré yo con tus jefes, porque imprimir las tarjetas con ese nombre tan horrible les quitará clientela.

—Así que les hablarás de eso.

—Sí...y también les contaré lo bueno que eres en la cama. Eso les impresionará.



—Me hará ganar muchos puntos.

Ella se apartó sentándose sobre él y Carter gimió. —Vamos a ver cuánto aguante tienes, Stevenson. —susurró ella cerrando los ojos sintiendo como crecía dentro de ella.

Una caricia en la mejilla la hizo suspirar sobre la almohada. —Cielo, ¿puedes traerme las pastillas?

Eso la hizo espabilarse de golpe y se arrodilló sobre la cama parpadeando.

Algo de luz entraba por las ventanas y Carter se la comió con los ojos. — Joder, nena. Eres preciosa.

—¿Te duele?

Él alargó la mano para acariciar su pecho y ella saltó de la cama de inmediato haciéndolo suspirar. Fue hasta la mesilla rodeando la cama y vio que ya no tenía agua. Fue hasta el baño y cogió las pastillas volviendo a la habitación. Le entregó la medicación y Carter bebiendo del vaso la cogió por la muñeca sentándola en la cama.

—¿No quieres ir al baño? ¿Te ayudo a llegar? —preguntó preocupada. Estaba algo pálido—. ¿Te encuentras bien? —Le acarició la frente, pero no tenía fiebre.

—Estoy bien.

—Voy a llamar a Troy.

—Ayúdame a llegar al baño.

Consiguieron llegar y ella salió discretamente para darle intimidad. Esperando ante la puerta se mordió el labio inferior pensando seriamente en

llamar a Troy. Cuando escuchó que se estaba duchando abrió los ojos como platos entrando en el baño. —¿Qué estás haciendo?

—Ducharme —dijo bajo el agua pasándose la esponja sobre su perfecto cuerpo.

—¿No pensarás ir a trabajar?

—Tengo que preparar una demanda, ¿recuerdas?

—¡Pues prepárala desde aquí!

—Tengo clientes y obligaciones.

No pienso pasarme en la cama una semana.

—Esto es increíble. ¿Y cómo piensas llegar?

Él frunció el ceño. —En taxi.

—¿Y hasta el taxi?

—Puedo llegar.

—¡Si no puedes llegar ni al baño!

Voy a llamar a Troy.

—Como si llamas al Papa. ¡Voy al trabajo!

Le señaló con el dedo. —Eso ya

lo veremos.

Atónito la vio salir del baño y cuando consiguió salir por su propio pie, no sólo estaba pálido por el esfuerzo, sino que Meredith le había sacado todos los trajes del armario.

—¡Meredith!

Ella llegó sonriendo cubierta con el albornoz, llevando una bandeja con dos tazas de café y unas tostadas. —¿Un café?

—¿Dónde está mi ropa?

Se encogió de hombros dejando la bandeja sobre la cama. —Ayer casi no comiste nada. ¿No tienes hambre? — Levantó una tostada con mantequilla y mermelada. —Vuelve a la cama.

—Hablo en serio —dijo apoyándose en la pared—. ¿Dónde está mi ropa?

—Troy dice que ni se te ocurra ir a trabajar. Viene para acá para darte un sedante que te deje grogui.

—¡Pues ayer bien que pensabas

que tenía energía!

—Es que estaba oscuro y no te veía bien la cara. Y estás muy pálido — dijo extendiendo el brazo para que cogiera la tostada—. Además, te duele mucho.

Él apretó los labios y cuando se volvió a mover, intentó reprimir un gemido. Meredith se levantó de inmediato y se pasó su brazo libre sobre sus hombros. —Vamos a la cama, cielo. Porque no vayas a trabajar unos días, no pasa nada.



—Es que no lo entiendo. ¡Puedo acostarme contigo y no puedo ir a trabajar!

—Lo hice yo todo y estabas tumbado. Además, te habías tomado dos pastillas.

—No lo hiciste tú todo. —Ella levantó una ceja y Carter bufó. —Espera y verás.

—Lo estoy deseando, cielo. —Le ayudó a tumbarse de nuevo y se subió sobre la cama para darle su taza de café.

—En cuanto llegue Troy, te sentirás mucho mejor. —Él gruñó cogiendo la tostada. —Vete comiendo eso mientras hago el desayuno.

Le había preparado un abundante desayuno y atravesaba el hall con la bandeja en la mano, cuando se abrió la puerta principal dejándola de piedra al ver que Amber entraba con su propia llave hablando con una mujer latina de unos cuarenta años que llevaba un paraguas en la mano.

Las dos se interrumpieron al

verla, pero Amber fue la primera en reaccionar. —Oh, buenos días.

—¿Cómo que buenos días? —preguntó indignada— ¿Qué haces aquí?

—Venir a ver al jefe. —Entró como si nada con la mujer detrás, que no se cortaba en mirarla de arriba abajo.

—¿Y usted quién es?

—¿No conoces a Asunción? —preguntó Amber tuteándola. Parecía asombrada, lo que indicaba que sí que tenía que conocerla.

La tal Asunción negó vehementemente con la cabeza. —No, señorita Amber. No la conozco. ¿Debería?

—¡Es la prometida del señor!  
¿Cómo es que no se conocían?

La desconfianza en la mirada de Amber la tensó. Se suponía que esa mujer no debía enterarse de nada, así sonrió aunque lo que quería era pegarle cuatro gritos a esa entrometida. —Ah, Asunción...Claro que mi cariñito me ha hablado de ti. Si me disculpáis, voy a llevarle el desayuno que está

hambriento.

—Se lo llevo yo, señorita. —

Asunción se acercó a toda prisa para coger la bandeja. —Está malito, ¿verdad?

—No te preocupes. Ya se lo llevo yo. —Sonrió a la mujer que asintió satisfecha. — Y se encuentra mucho mejor, gracias. Aunque aún le duele la espalda y el tobillo. — Caminó hacia el pasillo y Amber no se cortó en seguirla como si fuera a la guerra.

Se volvió antes de entrar en la habitación. —¿A dónde te crees que vas?

—¡A ver a mi jefe! Aquí está pasando algo y me voy a enterar. ¡Tú no eres su prometida! Apuesto que sólo le conoces desde hace cuatro días.

—¡Ja! ¡Menudo descaro! ¿Quién te crees que eres para hablarme así?

—¡Su secretaria! ¡Y nunca te ha llamado desde la oficina!

—¡Me llamaba desde el móvil!

—¡Mentira! ¡He revisado las facturas! Conozco tu móvil, ¿recuerdas?

Meredith asombrada jadeó. — ¡Estás chiflada!

—¡Basta! —gritó Carter desde su habitación—. Nena, déjala pasar.

Rabiosa entró en la habitación y vio que Carter se había cubierto con las sábanas, pero le reventaba que aquella listilla le viera el pecho desnudo. Le dejó la bandeja sobre la cama y le dio un beso en los labios para fastidiarla

antes de ir hacia el vestidor y coger una camiseta blanca. Amber estaba cruzada de brazos cuando salió y debía haberle preguntado algo a Carter en voz baja porque él preguntó —¿Acaso no tienes bastante trabajo, como para meterte en lo que no te importa?

Meredith sonrió entregándole la camiseta y Carter levantó una ceja. — Póntela. —siseó ella rabiosa.

Él reprimió una sonrisa cogiendo la camiseta mientras Amber se lo comía con los ojos.



—Oye, guapa... —dijo Meredith perdiendo la paciencia—. ¿Por qué no te vas a la oficina y llamas desde allí como hacen todas las secretarias del mundo?

—¿Creéis que me chupo el dedo? ¡Aquí pasa algo y hasta que Carter no me lo cuente, no me muevo de aquí! — Miró a su jefe. —¿Qué pasa? ¿Te está extorsionando o algo así? ¿Por eso has tenido el accidente? —Decidido, aquella tía estaba loca. O era muy lista. Y Carter con los ojos entrecerrados debía pensar lo mismo. —Si es así,

vamos a la policía y asunto liquidado.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—¡Vamos, no se parece en nada a ninguna de tus novias!

—Amber...—Carter la miró fríamente. —¡No creo tener que pedirte permiso para salir con quien quiera! ¡Y mucho menos para casarme!

—Bien dicho, cariño. ¿Quién se cree que es?

—¡Soy su secretaria desde hace

cinco años! ¡Y a esta mujer no la conocías hace una semana! ¿Cómo vas a estar comprometido con ella? —Amber entrecerró sus ojos castaños. —¡Me estás ocultando algo y lo voy a descubrir!

—¡Déjalo estar o vas a ampliar la cola del paro!

—¿Ves cómo me ocultas algo? ¿Si necesitas ayuda por qué no me has recurrido a mí? ¡Siempre estoy de tu lado!

Carter pareció pensárselo y Meredith se tensó temiendo que se lo dijera.

—Buenos días a todos. ¿Cómo está ese prometido de pega? —preguntó Troy entrando en la habitación con su maletín en la mano.

Amber abrió los ojos como platos. —¡Lo sabía! —Señaló a Meredith con el dedo. —¡Sabía que no se comprometería contigo! ¿Quién eres y qué quieres de él?

—Amber...

—Mira, tía.... ¡Me estás poniendo de muy mala leche! —Dio un paso hacia ella. —¡Estamos prometidos hasta que nos dé la gana y tú no tienes que meter tu picuda nariz donde no te importa!

—¡Más quisieras tener mi nariz, bruja pelirroja! ¡Si crees que vas a salirte con la tuya, lo llevas claro!

—¡Lo que pasa es que estás enamorada de él y no te hace ni caso,

zorra rencorosa!

Carter abrió los ojos como platos al ver que su secretaria muerta de rabia se tiraba sobre Meredith cogiéndola del pelo.

—¡Amber! —gritó asombrado apartando la bandeja, pero Troy fue más rápido, aunque no llegó a tiempo para evitar el par de bofetadas que se metieron la una a la otra.

Meredith furiosa le pegó una patada en la espinilla mientras Amber le

arrancaba un mechón de pelo cuando Troy intentaba separarlas. Gritó de dolor y Carter se levantó de la cama apartando a Amber de Meredith, que respiraba agitadamente. —Nena, ¿estás bien?

—¡Métete en la cama! —dijo intentando apartarle.

—Amigo, sabes que no llevas calzoncillos, ¿verdad? —preguntó Troy tras ellos divertido.

Carter gruñó mirándolos por

encima de su hombro. Meredith rabiosa porque aquella no le quitaba ojo, se quitó el albornoz cubriendo a Carter mientras Troy abría los ojos como platos.

—Tápate.

Carter se volvió y gritó saliéndosele los ojos de las orbitas. — ¡Tápate tú!

—¡Él es médico! ¡Ha visto miles de mujeres desnudas!

—Te aseguro que como tú no —



dijo Troy partiéndose de la risa.

Carter la cubrió con el albornoz.

—¡Todos fuera! —ordenó pegándola a él—. ¡Largo de mi habitación!

—Pero...

Su prometido fulminó con la mirada a su secretaria. —Fuera.

Amber apretó los labios y salió de allí dando un portazo. Troy la siguió silbando, pero antes de salir dijo —  
Cuando estéis visibles, me encontrareis en el salón. Amigo, no me extraña que te

duela todo.

—¡Largo!

Al ver los pelos pelirrojos en el suelo, Carter la cogió por la barbilla para mirarla. —¿Estás bien?

—Esa bruja...—siseó furiosa—.

Va a meternos en problemas.

—Déjame esto a mí.

Al ver lo pálido que estaba, se dio cuenta que se había hecho daño. — Deberías tumbarte.

—Ahora voy a solucionar este

tema. —Cojeando fue hasta el vestidor. Tenía el pie muy hinchado y preocupada se puso el albornoz.

Cuando salió llevaba una bata de seda azul oscuro y se la ajustaba con el cinturón. —Quédate aquí. Será lo mejor.

Meredith asintió, aunque no estaba de acuerdo. No quería perderse lo que tenía que decirle a esa imbécil. Carter salió de la habitación cerrando a su paso y ella fue tras él hasta la puerta pegando la oreja conteniendo la respiración por si oía algo. Pero la curiosidad pudo con

ella y abrió la puerta lentamente segundos después. Caminó por el pasillo y al ir descalza sus pisadas no se oían sobre la moqueta.

—¿Se lo has contado? —preguntó Carter atónito a su amigo, que estaba sentado en uno de los sofás tranquilamente.

Troy se encogió de hombros— Era lo mejor. Todo se estaba liando y Amber está de tu lado. Siempre lo ha estado. No veo el problema.

Amber sonreía de oreja a oreja.

—Lo que no entiendo es cómo no me ha pedido ayuda a mí, señor.

Meredith apretó los labios. Volvía la eficiente secretaria, hablándole de usted de nuevo.

—¿Y cuándo todo acabara? ¿Cómo quedarías tú en la empresa cuando no nos casáramos? —Carter estaba furioso. —¡Esto es asunto mío y he tomado la decisión que creía más conveniente!

—Pero esa chica no es apropiada —dijo dulcemente—. No sabrá comportarse entre los socios. Además, yo les conozco a todos y sé de qué pie cojean. Incluso sé lo que les gusta o no después de tantos años.

—¿Crees que no lo había pensado? ¡Pero después vendrán los problemas! ¡Tienes que ser mi prometida y tu comportamiento de hace unos minutos, me acaba de confirmar que no eres la persona adecuada!

Amber apretó los labios. —Ella

me ha provocado insinuando que estoy enamorada de usted cuando no es cierto.

—Meredith abrió los ojos como platos por el pedazo de mentira que le acababa de soltar a la cara. —Siempre he cuidado de sus intereses. ¡Y yo también me juego mucho en esto! ¡No es lo mismo ser la secretaria de un socio que de un adjunto!

Carter apretó los labios y se sentó con cuidado en el sofá mirándola atentamente. A Meredith se le cortó el aliento al ver que se lo estaba pensando

seriamente y lo confirmó al escuchar —  
Es cierto que conoces muy bien la  
empresa y eso es una ventaja.

Troy entrecerró los ojos. —¿Y qué  
piensas hacer con Meredith? A mí me  
gusta. Es fresca y divertida.

—¡No necesito que sea la alegría  
de la fiesta! Necesito una prometida que  
me deje bien ante los socios. —  
Meredith sintió una rabia en su interior  
que le hizo apretar los puños. —Pienso  
que Amber sería perfecta. —Después  
miró a su secretaria muy serio. — Pero



debes saber que nunca tendré nada contigo. Esto es trabajo. Llegar al objetivo y después de unas semanas decir que lo hemos pensado mejor con una separación amistosa. Diremos que nos hemos dado cuenta de que somos amigos más que pareja o algo así.

Amber sonrió y Meredith pudo ver que pensaba aprovechar la oportunidad. No pensaba dejarle escapar. Decepcionada se volvió hacia la habitación de invitados y cogió su ropa. Se vistió sin hacer ruido y se puso el

abrigo pensando que era una idiota al disfrutar de ser su novia de mentira. Una mentira era lo que había vivido y casi se lo había creído. Salió al pasillo y cuando llegó al salón sonrió sorprendiéndolos.

Carter se iba a levantar y parecía sorprendido de verla lista para irse. — Meredith, ¿a dónde...

—¿A dónde voy? —Amplió la sonrisa, aunque por dentro tenía ganas de gritar. —Me voy a mi casa, porque aquí ya no son necesarios mis servicios.

Amber sonrió maliciosa y Troy parecía avergonzado levantándose también. Sin embargo, Carter parecía atónito. —Espera, tenemos que hablar y...

Meredith se quitó el anillo del dedo y se acercó a Amber, que extendió la mano encantada. — Gracias, señorita Cromwell. No se preocupe. La supliré eficientemente.

—Eso no lo dudo.

—Nena, espera que enseguida

estoy contigo.

Carter intentó acercarse, pero ella sonrió rodeándolo y fue hasta la puerta abriéndola, pero algo la hizo detenerse. Se volvió poniendo los brazos en jarras y mirando sus ojos azules. —¿Sabes? Realmente eres un novio horrible y no tienes palabra. —Tragó saliva para evitar llorar. —Es increíble que me metas en tu vida de esta manera para pegarme la patada en la primera oportunidad. Realmente no eres de fiar. —Se echó a reír sin ganas. —Que fueras

abogado me tenía que haber dado una pista. —Carter apretó los labios, pero no dijo palabra, así que salió dando un portazo y realmente no se sintió mejor.

Se dijo que era idiota por sentir ganas de llorar. ¡Aquello era ridículo! ¿No podía haberse enamorado de un hombre así? Se le pasaría y en un mes ni se acordaría de él. Era un novio horrible. Mira que dejarla plantada cuando la acababa de conocer. A ella, que se había entregado en cuerpo y alma a su papel. Al pensar en el papel que

había interpretado, tuvo que reprimir las lágrimas y un anciano en el metro sentado ante ella la miró con pena.

Menuda estúpida estaba hecha. Había bordado el papel de su vida y la habían echado a patadas. Estaba claro que ser actriz no era lo suyo. Debería haberle hecho caso a su profesor de interpretación y haber buscado otro trabajo.

Entonces se replanteó toda su vida. ¿Qué estaba haciendo? Nunca sería actriz. Llevaba en esa ciudad años

y no había conseguido nada. Vivía en un cuchitril y no ganaba ni para comerse un helado en verano. ¡Por Dios, si su piso tenía un agujero en el suelo! Además, increíblemente echaba de menos a sus padres.

Ver las luces de Navidad al salir de la boca del metro no la ayudó en absoluto. Ya no pasaría las fiestas trabajando y no tenía un dólar. Subió los escalones de su edificio sintiéndose agotada y cuando sacó sus llaves frunció el ceño al darse cuenta que su llave no

entraba. No sabía por qué, pero en ese momento ni le importó. Bajó hasta el apartamento de su casero y llamó a la puerta tomando aire.

El tipo abrió de malos modos. —

¡Qué!

—Ha cambiado la cerradura.

—¡Tu piso está en ruinas! ¡Debes irte!

Se mordió la lengua porque sabía que no la dejaría volver. —¿Puedo recoger mis cosas?



—¡Pues no! ¡Los bomberos han prohibido entrar! —Furioso entró de nuevo en su apartamento y volvió un minuto después con unos billetes en la mano. —¡Aquí tienes! ¡El mes que me has pagado! Ahora largo.

—Pero, ¿y mi ropa? ¡La necesito! —Se empezaba a cabrear. — ¡Escúchame bien, gilipollas! ¡Ya puedes darme mi ropa porque si no te voy a meter un paquete que te vas a cagar!

Pareció pensárselo unos segundos. Ella notaba cómo sus neuronas se

exprimían intentando solucionar el problema. —¡Está bien!

Salió dando un portazo casi arrollándola por el camino y subieron a su piso sin dirigirse la palabra. Cuando le abrió la puerta, casi se echa a llorar al ver las bolsas con la ropa que Carter le había llevado y ella se acercó lentamente hasta ellas viendo cómo un vestido de noche sobresalía de una de ellas. Una lágrima corrió por su mejilla y se la limpió furiosa yendo hacia su habitación. Metió la poca ropa que tenía

en la maleta que había llevado años antes a Nueva York y tiró de ella hasta el sofá donde recogió las bolsas.

—¿Has terminado? —preguntó impaciente.

—Sí, he terminado. —Se volvió mirando a su alrededor y vio el periódico con el anuncio de Carter sobre la mesa. Sin poder evitarlo lo recogió metiéndolo en el bolso. — He terminado del todo.



# Capítulo 5

—Qué alegría que hayas venido —dijo su madre mirándola desde la cabecera de la mesa primorosamente decorada para la cena de Navidad. Bianca Cromwell sonreía de oreja a oreja encantada de que su díscola hija hubiera vuelto al redil. Meredith la observó forzando una sonrisa. En ese último año que no la había visto, no

había cambiado nada. Seguía llevando su cabello castaño a la altura de los hombros y su collar de perlas. Se preguntaba si dormiría con él.

—Hija, ¿recuerdas a mi amigo Lewis?

Volvió la vista a su padre sentado frente a ella y frunció el ceño pensando que ya quería liarla con uno de sus aburridos amigos. —No, papá. ¿Debería?

Su padre apretó los labios como si

le hubiera defraudado. —Jett, tienes que entender que ha pasado mucho tiempo. —Bianca cogió la mano de su marido por encima de la mesa como si le tuviera que controlar para que su padre no le pegara cuatro gritos. —Meredith hace mucho que no ve a tus amigos.

—Hace mucho tiempo que no ve a nadie —siseó su padre.

Meredith miró su plato moviendo los guisantes de un lado a otro del plato. Desde que había llegado a casa, había perdido el apetito totalmente. Suspiró

pasándose la mano por la frente.

—Hija, ¿te encuentras bien? Estás algo pálida.

—Sí, estoy bien.

—¡Bien! —exclamó su padre sobresaltándola—. Porque llevas en casa dos semanas y todavía no nos has dicho cuáles son tus planes. ¿No crees que ya va siendo hora?

—¿Qué quieres que te diga papá? —preguntó mirando sus ojos color miel—. ¿Que mi vida es un desastre y que



ahora no tengo ni idea de qué hacer con mi vida?

Sus padres la miraron fijamente antes de mirarse y echarse a reír. Atónita contempló cómo se alegraban de su desgracia. Aquello era el colmo. ¡Si hasta chocaron sus manos como si se hubieran marcado un tanto!

—¡Perfecto! ¡Esto es perfecto!

—Hija...—Su padre no podía esconder la sonrisa. —Sabías que no estábamos de acuerdo con tu vida. No

puede sorprenderte, que nos alegremos de que al fin te hayas dado cuenta de que eres una actriz pésima.

¿Pero qué pasaba allí? ¿Querían hundirla más aún?

—Vaya, gracias. —Se levantó indignada.

—No te lo tomes a mal. —Su madre se levantó cogiéndola por los hombros delicadamente para que se sentara de nuevo. —Eres nuestra hija y te queremos igual. No tienes que ser

perfecta en todo.

Aquello era una pesadilla. ¡Que alguien la despertara!

Su padre tomó un sorbo de vino, pero se lo pensó mejor bebiéndose la copa entera. Chasqueó la lengua al terminar y la miró encantado. —Mira, hija. Te queremos más que a nada, pero ya está bien.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué piensas hacer con tu vida?

—Sí, hija. Ya tienes una edad y...

—¡Tengo veintiséis años!

—Cumplirás veintisiete mañana.

Lo recuerdo muy bien porque me puse de parto después que tu padre me diera mi regalo. Un anillo precioso — puntualizó su madre.

—Gracias, mi vida.

—De nada. —Volvió a mirar a su hija. —Debes sentar la cabeza. Un trabajo como Dios manda y un marido. ¿No quieres tener hijos? ¿No quieres formar una familia?

Sólo pensar en un montón de niños persiguiéndola con los globos en la mano, le entraron sudores fríos. —Pues no, la verdad

La miraron como si le hubieran salido dos cabezas. —Perdona, ¿qué has dicho? —Su padre no se lo podía creer. —Querrás tener un marido e hijos en el futuro.

—Un marido...—Se encogió de hombros para después arrugar su naricilla. —Pero hijos...

—¡Ay, Jett! ¡Que no me va a dar nietos!

—Mamá...

Su padre golpeó la mesa furioso.

—¡Ya está bien! ¡En cuanto pasen las fiestas buscarás un trabajo decente y quiero que salgas con un hombre que no tenga antecedentes penales, ni tatuajes! ¡Búscate la vida!

Su padre se levantó de la mesa disgustado y su madre apretó los puños mirándola como si le hubiera dado el

disgusto de su vida. —¿Sabes? El día que naciste fue el más feliz de mi vida. Siempre he querido que sintieras lo que es tener a alguien que depende de ti para todo, que lo cuides, le des amor y mil cosas más. —Su madre le cogió la mano y la miró preocupada. —¿Qué te pasa hija? ¿Por qué no te centras?

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Yo no soy como vosotros.

—¿Y cómo somos? —Su madre sonrió. —Has salido a mi madre en todo. Hasta en su carácter. Nunca se

conformaba con nada y siempre quería algo nuevo.

—Hablas como si estuviera muerta y vive en Londres.

—Sí. —Su madre puso los ojos en blanco. —Con su cuarto marido.

—¿Se ha vuelto a casar?

—Hija, hablamos de ti.

—Vale. —Bebió de su copa de vino y suspiró. —¿Qué quieres que te diga? Nueva York me encanta y la vida de esa ciudad es totalmente distinta a



todo lo que he conocido. Allí me siento cómoda. Allí encajo.

—Muy bien. —Su madre sonrió sin tomárselo mal. Hecho que la alivió bastante. —Eso está muy bien. ¿Y por qué te empeñas en querer dedicarte a algo que sabes que no haces bien? Eras una estudiante brillante. ¿Por qué no vuelves a la Universidad?

Se mordió el labio inferior porque en esas semanas había pensado mucho en eso y los ojos de su madre brillaron mientras retenía el aliento.

—Es que no sé si seré capaz de hacerlo.

—Eres capaz de hacer lo que te propongas.

—Pues ser actriz se me ha dado fatal.

—Porque para ello hay que tener talento, cariño. Y siento decirte que tú no es que tengas demasiado. Pero estudiar es una cuestión de esfuerzo y tú lo hacías muy bien. Recuerda que tu tutor te recomendó que estudiaras

derecho. ¿Lo recuerdas?

Claro que lo recordaba, sus padres se encargaban de recordárselo cada vez que la veían. —Papá estará encantado de mover unos hilos para que te acepten en Columbia para el próximo semestre. Buscaríamos un apartamento para que estuvieras cómoda cerca del campus.

—Mamá...

—Busquemos opciones. Si no quieres estudiar, ¿de qué te gustaría

trabajar?

Se miraron y Meredith dijo frustrada —No lo sé. Siempre he querido ser actriz.

Su madre sonrió. —No, eso no es cierto. Ven.

Se levantó de la mesa y confundida Meredith la siguió. Cuando la vio ir hacia el salón dijo intentando huir de lo que seguramente le tenía preparado —Mamá, no hemos terminado la cena.

—Después tomaremos aquí el postre. — Sin darle importancia a la cena, pasó al lado del enorme árbol de Navidad, yendo a una de las estanterías. Sonriendo sacó un álbum de piel marrón.

—¿Vamos a ver fotos? —preguntó sentándose en el sofá de estilo inglés recogiendo las piernas después de quitarse los zapatos. Su madre se sentó a su lado sonriendo y Meredith se echó a reír al verse a sí misma con unos meses de edad, en cueros sentada sobre una

mantita rosa. —Era mona.

—Eres preciosa. —Su madre pasó varias hojas y se vio a sí misma en cientos de fotos que ni recordaba. Pero cuando llegó a una se le cortó el aliento. Era ella con unos catorce años en el concurso de debates del colegio. Vestida de uniforme gris con jersey azul, hablaba vehemente a su contrincante. Recordaba ese día. Había ganado con mucha ventaja al defender la vida en familia. Su rival no había tenido nada que hacer al defender el divorcio. Había

varias fotos de cómo había recogido su trofeo y la foto con su padre orgulloso a su lado casi la hizo llorar. —¿Crees que no sé por qué cambiaste? Lo sé muy bien. Y tu padre también.

—No sé de qué hablas.

Su madre dio la vuelta a la hoja y allí estaba su mejor amiga abrazándola. Ni se dio cuenta que estaba llorando.

—La muerte de Liss fue una tragedia que te cambió totalmente. Sé que eras feliz antes de que ocurriera,

pero después nada te satisfacía.

Cogió el álbum de entre sus manos lentamente y se lo colocó entre las piernas antes de pasar las hojas para ver a Liss de nuevo en una de las fiestas de fin de curso. Estaba preciosa con sus rizos rubios recogidos en un lateral y su vestido blanco. Acarició la foto y sonrió con tristeza. —Era la mejor.

—Cariño, no se puede controlar la enfermedad y no te dijimos que tenía cáncer para que no estuvieras pegada a su cama hasta el final. Estabas con tu



abuela pasando el verano y no queríamos que sufrieras. Somos tus padres y teníamos que protegerte.

—Lo sé.

—No, porque a partir de ahí cambiaste en todo. Dijiste que no irías a la universidad y te metiste en esa carrera absurda, que no te interesaba realmente. A tu padre por poco le da un infarto cuando dijiste que no estudiarías derecho teniendo plaza en Yale. ¡En Yale! —Sonrió sin poder evitarlo al ver su indignación. —Esto ya ha durado

bastante y tienes que encauzar tu vida.

—¿Y volviendo a estudiar voy a encauzarla?

Su madre cogió el álbum cerrándolo de golpe ante sus narices. — Esto es el pasado. El futuro es lo que importa y no quiero que tires tu vida por la borda por nada. Además, piensa que si eres abogado haber sido actriz te servirá de mucho para conseguir tus propósitos. Podrás fingir como nadie.

—¡Si acabas de decir que soy

malísima!

La risa de su madre la hizo sonreír y se abrazaron con fuerza. Vio a su padre en la puerta del salón con las manos metidas en los bolsillos del pantalón mirándolas con desconfianza. —¿De qué os reís?

—¿Qué tal si nos tomamos el postre? —preguntó su madre—. Y repartimos los regalos.

—¡Pero si Navidad es mañana! —dijo su padre como si fuera un

sacrilegio.

—Vamos, papá. Suéltate un poco. Hasta comeremos helado y si quieres podemos ver una de esas películas antiguas que tanto te gustan.

Su padre gruñó, pero reprimió una sonrisa acercándose y sentándose a su lado. Meredith se emocionó porque quería un abrazo, pero no sabía cómo pedirselo y entendió cuanto había alejado a su propia familia de su vida por no saber canalizar sus sentimientos. Meredith le abrazó por el cuello y su

padre sorprendido miró a su mujer que se echó a llorar.

—Lo siento —susurró contra su cuello—. Soy un desastre de hija.

Su padre la abrazó con fuerza. —No. —Acarició su pelo como cuando era niña. —Sólo estás confundida, pero algún día sabrás lo que quieres. Ya verás.

Le besó en la mejilla y se apartó para mirarle a los ojos. —Pero lo del novio...vamos a dejarlo una temporada.

—¿Una mala experiencia?

—Uff, siempre me tocan los peores novios.

Su padre sonrió. —Eso dice tu abuela con sus maridos.

Se echaron a reír y al final pasaron una noche estupenda. Por primera vez en años se sintieron realmente a gusto los tres. Cuando se acostó esa noche, suspiró mirando el techo y unos ojos azules pasaron por su frente. ¿Cómo se podía echar de menos a

alguien que casi no conocías? Pues a ella le pasaba y mucho. Echaba de menos su olor, su risa y el tacto de su cabello. Lo echaba todo de menos, pero sabía que no tenía nada que hacer. Se preguntaba cómo le habría ido con sus jefes y si Amber había conseguido que él aparentara ser un buen novio. Sonrió sin poder evitarlo, pero perdió la sonrisa al recordar que ella seguramente tendría que compartir la habitación con Carter. Bueno, más valía que se olvidara de su antigua vida y se centrara en la

nueva. Miró las luces que se filtraban por la ventana y se levantó lentamente para ver el Capitolio iluminado. Ahora sólo tenía que descubrir qué quería hacer con ese futuro que tenía por delante.

Tres meses después

Uff, estaba agotada y que lloviera la puso aun de peor humor porque no



llevaba paraguas. Al salir de la boca del metro, se ajustó los cuellos de su abrigo marrón y agachó la cabeza sujetando su mochila de piel, caminando pegada a la pared para no mojarse demasiado. Se quedó bajo un tejadillo mirando el semáforo que se puso en verde en ese momento y caminó a toda prisa para cruzar.

—¡Meredith!

Se volvió sorprendida y se quedó de piedra al ver a Carter a punto de meterse en un coche. Al mirarle a los

ojos su corazón dio un vuelco. Gimió desviando la mirada, pero se dijo que huir era de cobardes, así que lo mejor era dar la cara. Necesitaba utilizar todo lo que había aprendido en clase de interpretación para enfrentarse a él. Puso su mejor sonrisa y le miró de nuevo caminando hacia él. —¡Carter! ¿Cómo te va?

Un movimiento tras él le mostró unas piernas femeninas metidas en el coche.

—Meredith...

Se acercó a ella cuando escucharon —¡Cariño, te vas a empapar!

Asombrada agachó la cabeza y vio que era Amber. —¿Cariño?

Carter carraspeó. —Han pasado unas cuantas cosas desde que te fuiste.

Sin dejar de sonreír, aunque por dentro tenía ganas de matarles dijo — Eso ya lo veo —. Miró a su alrededor y ahora sí que tenía ganas de huir. —¿Se ha arreglado lo del trabajo?

—Me siguen dando largas.

Hizo una mueca. —Lo siento.

—¡Carter! En serio. ¡Vas a llegar a la reunión hecho una pena!

Furiosa se agachó. —Hola, Amber. Parece que has sabido aprovechar estos meses. —Le guiñó un ojo dejándola atónita. —¡Por cierto, el anillo es falso!

La secretaria la miró furiosa. —  
Estás celosa.

—¡Ja!

Se enderezó sonriendo y Carter se

la comió con los ojos cortándole el aliento. —Te he llamado.

—Era mejor cortar por lo sano.

Bueno, me tengo que ir. —Se acercó y le dio un abrazo sorprendiéndolo. —  
Cuídate, Carter.

Cuando se iba a separar, él la retuvo. —Nena, metí la pata. Lo siento. —La besó en el lóbulo de la oreja y se apartó a toda prisa metiéndose en el coche. Vio cómo se giraba para mirarla mientras el coche se alejaba y la expresión de pesar en sus ojos le

provocó un nudo en la garganta.

De camino a casa no podía dejar de pensar en sus palabras y tenía un mal presentimiento. Estaba haciendo la cena sin poder evitar darle vueltas una y otra vez. Mientras cortaba una cebolla estaba distraída y se le resbaló el cuchillo cortándose en el pulgar.

—¡Mierda! —A toda prisa cogió papel de cocina del rollo y se tapó el dedo. — ¡Mierda, mierda! —Al apartar el papel que ya estaba empapado en sangre, vio un corte bastante

considerable. —¡Esto es estupendo!

Sin perder el tiempo cogió un paño de cocina limpio y salió de la cocina para coger su bolso. Tuvo suerte y cuando salía del portal pasó un taxi. Fue un fastidio ver la sala de espera del hospital llena de gente y se acercó a la recepción. —Perdón.

—¿Si? —La mujer que había detrás del mostrador levantó la vista de la pantalla del ordenador y al ver el paño lleno de sangre se levantó. — Enseguida doy el aviso.

Sonrió agradecida cuando vio pasar ante ella a Troy hablando con una enfermera a la que era evidente que se quería ligar. —¡Troy!

Se volvió hacia ella y al verla se disculpó con la enfermera antes de acercarse a toda prisa. —Ya me encargo yo, Teresa —le dijo a la recepcionista. Sonrió a Meredith cogiendo su mano con delicadeza. —Sorpresa, sorpresa. Pero si la novia de pega ha vuelto.

—Me he cortado.



—Cocinando, seguro —dijo destapando la herida—. Tienes un buen corte. Ven conmigo.

—Menuda casualidad. No sabía que también trabajabas aquí.

—Tengo tres guardias a la semana. —La llevó hasta un box. —Siéntate en la camilla. —La miró de reojo mientras se ponía unos guantes de látex. —Al parecer te has encontrado hoy con Carter.

No pudo disimular su sorpresa. —

¿Te lo ha contado?

—Me llamó hace unos minutos. —

Acercó una silla y se sentó ante ella destapando de nuevo la herida. — Necesitaba desahogarse.

—¿Por qué? Él decidió —dijo molesta—. Ya me ha dicho que metió la pata.

Troy hizo una mueca. —Hasta la inglé.

Esas palabras las mosquearon más. —¿Qué pasa, Troy?

—¿Pasa? No mucho, que está metido en un lío de primera por su propia estupidez y no quiere dar marcha atrás.

—¿Qué lío? —Troy cogió un frasquito y una jeringa y Meredith se mordió el labio. —¿Eso es necesario?

—¿Te dan miedo las agujas?

—No, no es eso. —Se sonrojó intensamente y Troy frunció el ceño. —¿Es necesario?

—Es la anestesia. Si no te la

pongo, te va a doler. ¿Eres alérgica a algún medicamento?

—No que yo sepa. —Él asintió y acercó la jeringuilla a su mano. —Pero ... —Troy la miró de nuevo deteniéndose. —¿Eso tiene alguna contraindicación en casos especiales?

—¿Especiales? ¿Cómo de especiales?

—Esos especiales que terminan a los nueve meses.

Troy levantó una ceja y apartó la

jeringuilla enderezando la espalda. —  
Entiendo. ¿Es de quien me estoy  
imaginando?

—No sé hasta dónde llega tu  
imaginación.

—Meredith...

—¡Me sustituyó!

Exasperado se levantó de la silla.

—¡Mira que sois idiotas! ¡Los dos!

Jadeó ofendida. —¡Perdona, pero  
ahora está con Amber!

—No porque él quiera. ¡Eso te lo

aseguro!

—¿Eso qué significa?

—¡Que su secretaria se ha convertido en una chiflada, que ha aprovechado todo lo que ha ocurrido para presionar a Carter ante sus jefes y así obligarle a casarse! ¡Se casan el mes que viene! En la fiesta de Navidad ante media empresa, le obligó a dar una fecha y manipuló la conversación de tal manera que se decidió la fecha antes de darse cuenta. ¡Y los invitó a todos ante sus narices!

—Me estás metiendo una trola —  
dijo asombrada.

—Y no sólo eso. ¡Ha llamado a varios clientes para invitarles también! ¡Incluso ha hecho lista de bodas! Carter ha intentado anular la boda varias veces, pero ella siempre consigue que no pueda echarse atrás presionándolo de alguna manera. ¡Si incluso ha llamado a su hermana para que sea la madrina de la boda! ¡Y Carter, por supuesto, no puede decir lo que ocurre! ¡Amber ha amenazado con contar la verdad y

destruir su carrera! ¿Sabes lo que ha luchado para llegar a ser socio de uno de los bufetes más prestigiosos de la ciudad?

—¿Por qué no les deja y pone su propio bufete?

—Eso mismo le he dicho yo. Así los argumentos de Amber no tendrían ninguna base y su reputación quedaría intacta. Pero se empeña en conseguir ese puesto. —Frustrado cogió otro bote de cristal y le inyectó la jeringuilla.



—¿Por qué?

—Por el prestigio, Meredith. Si consigue ser socio de ese bufete, será el socio más joven que haya tenido la firma nunca. ¿Sabes lo que eso significa? Si se pusiera por su cuenta, sería como empezar de cero. Le entiendo perfectamente, sería como si yo tuviera que empezar a hacer prácticas de nuevo y te aseguro que sería un infierno después de todo lo que he trabajado.

Ella lo podía entender, pero era increíble que siguiera con su mentira

para conseguir el puesto. —¿Y Amber?

—Oh, ella piensa que se terminará enamorando. Cree que será cuestión de tiempo. El otro día intentó seducirle en el despacho y a punto estuvo de pedir ayuda a gritos. — Troy se echó a reír.

—¡No tiene gracia! ¡Está mal de la cabeza!

—Sí, yo opino lo mismo.

—¿Por qué no la ingresas o algo así? En las películas se hace.

—Meredith, esto es la vida real.

No ha hecho nada que él no haya querido. — Empezó a coserla, pero ella ni se dio cuenta.

—Este hombre es idiota —susurró pasándose la mano libre por la frente intentando pensar.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Por qué no le has dicho nada?

—¡Me sustituyó! —exclamó con los ojos como platos.

—¿Sabes que te llamó mil veces?

¿Y qué te buscó en tu apartamento?

—¿Para qué? ¡Si ya había elegido!

—¡Era una cuestión de trabajo!

—¡Repito, es idiota!

Troy hizo una mueca. —Te la voy a vender. Tendrás que tener cuidado los primeros días, porque está en una zona muy delicada. —Se la vendó con delicadeza. —¿Vas a hablar con él?

Meredith apretó los labios y exasperada se levantó cogiendo su bolso. Troy la miró sorprendido. —¿A

dónde vas?

—¡A liberar al padre de mi hijo!

—dijo saliendo por la puerta.

Cogió el móvil y marcó un número saliendo del hospital mirando a su alrededor para encontrar un taxi.

—¡Hija! ¿Qué sorpresa? ¿Cómo van esas clases?

—Muy bien, papá. —Levantó un brazo llamando a uno que pasó de largo. Bufó antes de levantar el brazo de nuevo

— Oye, ¿tienes algo que hacer?

—¿Por qué?

—¿Cuándo vuelves a Nueva York?

—Cariño, no tengo previsto llegar hasta el mes que viene para no sé qué premios.

—Uff, pues te necesito y cuanto antes mejor.

—¿Qué pasa, Meredith?

—El padre de mi hijo está metido en un lío y te necesita.

—¿No tendrá tatuajes?

—Muy gracioso, papá. Muy gracioso.

# Capítulo 6

Dos días después Jett Cromwell, acompañado de su escolta, entraba en el bufete de abogados Lambert, Lambert y Smith.

El recepcionista abrió los ojos como platos levantándose en el acto. — Vicepresidente, es un honor.

—Quiero hablar con los socios de inmediato.



—Sí, sí. Por supuesto. Último piso —dijo levantando un auricular a toda prisa.

Se dirigió hasta allí y sus dos escoltas se colocaron tras él en el ascensor mientras otros dos se quedaban abajo.

—Chicos, esperarme fuera.

—Señor...

—Este es un asunto familiar. —

Les advirtió con la mirada antes de salir del ascensor donde una secretaria muy

nerviosa le esperaba.

—Por aquí, Vicepresidente Cromwell.

Muy serio siguió a la mujer hasta una sala de juntas donde dos hombres mayores que él le esperaban de pie. — Vicepresidente —dijo uno de ellos acercándose para darle la mano—, es toda una sorpresa.

—Señor Lambert y Lambert supongo —dijo mirando al otro hombre que sólo se diferenciaba de su hermano

en que llevaba la corbata de distinto color, pues eran gemelos.

—Por favor, tutéenos. Martin y Kenneth. Siéntese, por favor. ¿En qué podemos ayudarle? ¿Necesita ayuda legal?

Jett se desabrochó la chaqueta de su traje y se sentó en una de las sillas mientras sus anfitriones se sentaban frente a él.

—¿Desean alguna cosa? — preguntó la secretaria.

—Que salga y cierre la puerta —  
dijo Jett muy serio colocando los  
antebrazos sobre la mesa y uniendo sus  
manos sin dejar de mirar a los socios.

La mujer lo hizo de inmediato y a  
él no le gustaba perder el tiempo. —Los  
hechos son estos. Resulta que mi hija va  
a ser madre.

—Felicidades —dijeron los  
socios sonriendo de oreja a oreja.

Jett gruñó por lo bajo. —Gracias.  
El problema es que el padre de su hijo

está comprometido con otra mujer.

—Ah... quieren reclamar su paternidad.

—Pues no. El padre de mi nieto trabaja para ustedes. —Los Lambert se quedaron con la boca abierta y se miraron de reojo carraspeando. — Se llama Carter Stevenson. — Los ancianos se revolvieron incómodos. —Creo que mis propósitos quedan más que claros, ¿verdad, señores? Al parecer lleva mucho tiempo esperando cierto puesto de trabajo, que según tengo entendido se

merece de sobra.

—Pero es muy joven y soltero.

—Sus méritos laborales no tienen nada que ver con su vida marital, que por otra parte sólo le incumbirá a mi hija cuando solucionen sus problemas.

—¿Los solucionarán? —preguntó el Lambert que tenía delante.

No eran estúpidos. Querían los contactos que Carter podía conseguir casándose con Meredith. Jett sonrió. Al fin y al cabo, aquello era política. —

Estoy seguro que llegan a ver las ventajas que tendrá mi yerno en el futuro. —Ambos asintieron. —Pero en ningún caso quiero que se le dé ese puesto si no se lo merece.

—Es increíblemente bueno en su trabajo y seguro que usted ya lo sabe.

—Bien. Entonces no veo el problema.

—El problema es su secretaria — dijeron a la vez incómodos.

—Denle el puesto y asegúrenle de

que si no se casa con esa mujer, no pasa nada. El resto déjenmelo a mí. —Se levantó de la silla y se abrochó la chaqueta. —Por cierto, esta visita no tiene nada que ver con él. ¿Me han entendido? —Ambos asintieron y Jett sonrió. —Nos veremos en la boda.

Los Lambert sonrieron. —Espero que sea pronto.

Jett hizo una mueca. —Con mi hija nunca se sabe. Le gusta hacerse de rogar. —Se volvió hacia la puerta. —Por cierto, está estudiando derecho —dijo



orgullosos.

—Es una noticia estupenda. Incluso puede hacer aquí las prácticas.

—Ya veremos. Queda tiempo para eso. Buenos días, señores.

—Buenos días, Vicepresidente.

Salió hacia el ascensor y allí estaba la secretaria, que lo acompañó hasta el ascensor donde lo esperaban sus hombres. —¿Cuánto tiempo he estado dentro?

—Siete minutos, Vicepresidente.

—¿Se habrá enterado mucha gente de mi visita?

—Me he asegurado de que se nos vea bien, Vicepresidente.

Jett sonrió divertido y miró a Kenneth. —¿Un partidito de pádel?

—Ya le di ayer una paliza. ¿Nunca se rinde?

—Ni hablar. ¿Cómo crees que he llegado hasta aquí?

Meredith golpeó el libro con el

bolígrafo e impaciente miró el reloj de la pared deseando ir al baño. Su profesor levantó una ceja. —¿Ocurre algo, señorita Cromwell?

—¿Puedo salir? —preguntó sin aguantar más.

—¡Es la tercera vez!

Ella se levantó apoyándose en la silla mostrando su vientre de seis meses. —¡Es que me aprieta la vejiga! Mañana vuelvo con pañales.

Sus compañeros se echaron a reír

viéndola recoger sus cosas a toda prisa. Al salir del aula casi llora del alivio cuando consiguió entrar en el baño y bajarse los leggins que llevaba.

—¿Te has enterado? —Escuchó decir a una compañera. —El macizo de la tele va a venir a dar una charla.

—¿Qué macizo?

—Ese que sale en las noticias por la demanda civil que ha interpuesto contra el ayuntamiento.

A Meredith se le cortó el aliento.

—Está tan bueno, que pienso ir sólo para echarle un vistazo de cerca y eso que no me gusta civil.

—No tengo ni idea de quien hablas.

—Cuando lo veas, no te vas a arrepentir.

Meredith se subió los leggings a toda prisa. —Mierda —susurró cogiendo su mochila de cuero y tirando de la cadena. Se lavó las manos y casi sin secárselas salió a toda prisa del

baño para chocar con alguien. —Perdón.  
—Se apartó rápidamente casi sin mirarle.

—¿Meredith?

Se le paralizó el corazón al escuchar la voz de Carter y levantó la vista. Él miraba su vientre asombrado. Bien, hora de disimular. —¡Hola, Carter!

—¿Qué? —Le señalaba el vientre con las manos para después mirarla a los ojos. —¿Meredith?

—Uy, qué prisa tengo.

La miró sorprendido. —¿Qué prisa tienes? —Volvió a mirar su vientre. —¡Estás embarazada!

—Tengo que irme, de verdad.

Entonces él la miró de arriba abajo. Desde su fina camisa de seda, hasta sus manoletinas de Carolina Herrera. —¿De dónde has sacado esa ropa? —Entonces se debió dar cuenta de donde estaban. —¿Estudias aquí?

—¿Y a ti qué te importa? —

Molesta se volvió caminando a toda prisa sin preocuparse porque la gente les mirara.

—¿Cómo que no me importa? ¿Dónde has estado? ¡He ido a tu piso y te habías ido!

—Mira... —Se detuvo para señalarle con el dedo. —¡No tienes derecho a preguntar nada, así que déjame en paz!

—¿Qué pasa? ¿Es que ahora te mantiene otro? —Furiosa se volvió para



largarse. —¿Esa ropa te la ha comprado él?

—Lo dices como si tú me hubieras mantenido y no ha sido así. ¡No te debo nada! ¡Te envié la ropa a la oficina para que la devolvieras!

Él apretó los labios siguiéndola y se pasó la mano por su pelo negro que estaba impecablemente peinado. —Vale, no me debes nada.

—¡Pues no! —Él agarró de nuevo por el brazo. —¿Quieres dejarme en

paz?

—¡Nena, tenemos que hablar!  
Vamos a mi casa. Mierda, tengo una  
conferencia...Da igual, vamos a mi  
casa.

—¿Qué parte de tengo prisa no  
has entendido? —le gritó a la cara.

Carter apretó las mandíbulas. —  
Soy socio y no he tenido que casarme.

Meredith se detuvo de la sorpresa.  
—Me alegro mucho.

—Y Amber no trabaja conmigo.

Meredith sonrió. —De verdad que me alegro. —Dio un paso alejándose de él mientras su corazón quería quedarse a su lado. —Tengo que irme.

—¿No puedes tomar un café o... —Meredith negó con la cabeza y desvió la mirada. —No claro que no. ¿Por qué no me cogías el teléfono? Te llamé un millón de veces.

—Es mejor así —susurró dándole la espalda—. Adiós Carter.

Caminó a toda prisa y cuando

salió del edificio miró sobre su hombro suspirando de alivio porque no estaba tras ella. Al cerrar la puerta de su apartamento estaba de los nervios y dejó caer la mochila sobre el sofá todavía con las piernas temblando.

Tuvo que sentarse y apoyó las manos en las rodillas tomando aire. Reprimió las lágrimas. ¿Pero qué coño le pasaba? No debía sentir nada por él después de cómo la había tratado. La había sustituido por otra después de acostarse con ella. ¡Vale que ella había

desaparecido y al parecer la había buscado, pero seguía siendo un novio horrible! Tenía que haberle besado los pies después de lo que había hecho, en lugar de preguntarle que si la mantenía otro. ¡Cómo se atrevía! Entrecerrando los ojos se levantó furiosa pensando que la mantuviera su padre no era lo mismo. Molesta fue hasta la ducha y abrió el agua quitándose la camisa de seda que llevaba. Se quitó los leggins y llevó las manos a la espalda para quitarse el sujetador cuando escuchó un ruido en el

salón. Asustada salió de la habitación y corrió hacia el salón. Al oír que manipulaban la cerradura, cogió su móvil de su bolso corriendo de nuevo a la habitación, encerrándose en el baño con llave.

—¿Oiga? ¿Es la policía?

—Ha llamado a 112. ¿Necesita ayuda?

—¡Están intentando entrar en mi apartamento! —dijo histérica—. El ciento veintiséis de la novena Avenida

apartamento dos A.

—Le estamos enviando una patrulla. ¿Ya han entrado?

—Estoy encerrada en el baño — susurró asustada.

—Bien, quédese ahí. ¿Eso es el sonido del agua?

—Tengo la ducha abierta.

—Perfecto, que piensen que no se ha enterado de nada y que se está duchando.

—No me cuelgue. No me deje.

—La patrulla ya se encuentra allí.

No se preocupe. Me quedaré con la línea abierta hasta que lleguen hasta usted. ¿Oye algo?

Meredith frunció el ceño acercándose a la puerta y entonces escuchó voces. —Sí, alguien grita.

—Mis compañeros han llegado. No se preocupe. Ellos llegarán hasta usted. No se mueva de ahí.

Alguien llamó a la puerta sobresaltándola. —¿Señora? Soy la



policía.

—¿Le creo? —preguntó a la telefonista.

—Sí, es mi compañero. Abra tranquilamente. La situación está controlada.

—Gracias.

—Buenas tardes.

Volvieron a llamar a la puerta. — Señora, soy policía. Abra la puerta.

—Sí. —Nerviosa miró a su alrededor y cogió un albornoz de baño

rosa cubriéndose con él a toda prisa. —  
Ya voy. —Cerró el agua y se acercó a la  
puerta lentamente. Abrió la puerta  
solamente una rendija y suspiró de  
alivio al ver a un policía muy joven al  
otro lado.

—Señora, salga del baño.

—¿Le han cogido?

—Sí, señora. Le hemos cogido.

No es muy hábil abriendo cerraduras —  
dijo divertido.

—No me parece que tenga mucha

gracia. ¡Casi me cago de miedo! —dijo indignada.

—Venga conmigo. —Parecía a punto de reírse y cuando salieron de la habitación ella iba detrás por si el tipo iba armado. Nunca estaba de más ser precavida. Cuando el policía se apartó y vio en la puerta a Carter, casi se desmaya de la impresión.

—¿Conoce a este hombre? Dice que es su novio y que se ha confundido con la llave.

Ella se quedó con la boca abierta y Carter sonrió. —Hola, nena. ¿No habrás cambiado las cerraduras? No sé qué le pasa a mi llave que no entra.

¿Tendría cara? ¡La había seguido hasta casa! ¿Y ahora qué decía? Porque si decía que había intentado entrar en su casa, le meterían en la cárcel. ¡Encima ahora tenía que protegerle!

—Carter, cariño. ¡Me has dado un susto de muerte! —gritó sin poder contenerse.

Su supuesto novio sonrió encantado. —¿Ven como es mi novia? —Iba a entrar en el piso y el policía que estaba con él le sujetó del brazo. —¿Y ahora qué pasa?

—Vamos a resolver el asunto de la llave.

—Pues el asunto de la llave, como dice usted —dijo ella entre dientes—, es que sí que he cambiado la cerradura. —Miró a Carter furiosa cruzándose de brazos. —¿No te quedó claro que no quería verte más?

—Nena, esos enfados tuyos tenemos que trabajarlos.

—¡Mira quien fue a hablar! ¡El que es un auténtico desastre!

—Eso también es cierto. —Miró al policía. —Al parecer soy un novio horrible.

—Eso mismo dice la mía. Pero sobre el asunto que nos ocupa, ¿le deja pasar o no?

—¿Y si digo que no, le detendrán?

—¡Meredith, tengo una

reputación! —dijo Carter escandalizado.  
Sería manipulador.

—Ya, claro. Tú y tu carrera.

—Ya empezamos —dijo el policía  
—. Señora, su carrera es lo que le da de  
comer.

—¡Usted no se meta!

—Señora, nos ha llamado usted.

—Señorita y por mucho tiempo.

Carter puso los ojos en blanco  
mientras los policías miraban su vientre.  
—Nena, los agentes tienen trabajo.

—¿Se lo pueden llevar hasta la calle?

—¡Meredith! ¡No empecemos!

Asombrada vio que entraba en casa y que los policías no hacían absolutamente nada. —Buenas noches.

—¡Eh, que se lo dejan aquí! —Ni caso le hicieron mientras cerraban la puerta ante sus ojos. —Esto es increíble. —Furiosa le miró. —¡Largo de mi casa!

Ignorándola se volvió quitándose la chaqueta del traje y la dejó sobre su



nuevo sofá beige. —¡Carter! —Se volvió sorprendido y la vio con la chaqueta en la mano con el brazo estirado. —¿Que estás haciendo?

—¿De quién es esta casa? —preguntó muy serio.

—¡Eso no te importa! —Estiró más el brazo para que cogiera la chaqueta. —Ahora si no te importa...

—Sí que me importa. —Se sentó como si estuviera en su casa y a ella le dio mucha rabia no poder echarle. Tanta,

que le tiró la chaqueta a la cara.

—Joder, nena —dijo quitándose la chaqueta de encima—. Qué carácter tienes.

—¡Mira quien fue a hablar!

—¿En qué trabajas ahora?

—¿Me estás interrogando?

—Eso sería si contestaras alguna de mis preguntas. —Miró a su alrededor y entrecerró los ojos al ver la mochila de piel en el asiento a su lado. Al estar abierta vio el libro de derecho penal y

lo sacó lentamente.

Meredith rechinó los dientes cuando lo abrió. —¿Me vas a explicar qué significa esto?

—Estoy preparando el papel de una estudiante. —Levantó la barbilla cruzándose de brazos.

—¿Y a esa estudiante le ha tocado la lotería? Porque este apartamento no cuesta quinientos al mes.

—Es de una amiga.

Él le fulminó con la mirada. —Me

estás mintiendo.

—Soy actriz. Miento todo el tiempo.

—¿Qué pasa? ¿Tienes a otro y no me lo quieres decir?

—¿Quién te crees que eres para hacerme ninguna pregunta? ¡No eres nada mío!

Carter se levantó furioso y empezó a buscar a su alrededor. De hecho, fue hasta el mueble de la televisión y abrió los cajones de debajo.

—¿Qué haces?

—Comprobar algo. —Para

sorpresa de Meredith fue hasta el pasillo entrando en la primera puerta. Ella chilló al darse cuenta que entraba. Carter estaba realmente sorprendido al ver su mesa de estudio llena de libros abiertos y las paredes llenas de normas penales que releía continuamente para no olvidarlas nunca.

—¿Tu novio estudia derecho?

—¡Carter, hablo en serio! —Le

cogió por el brazo para que saliera de allí, pero él fue hasta el escritorio donde había un portarretratos de sus padres con ella en Noche Vieja celebrándolo bajo la Torre Eiffel con una botella de champán.

Carter levantó la vista lentamente.

—Nena, me parece que tenemos mucho de qué hablar.

## Capítulo 7

Furiosa salió de la sala y él la siguió mirándola como si quisiera matarla. —¿Esos libros son tuyos?

—No pienso decir una palabra más si no es en presencia de mi abogado. —Forzó una sonrisa sentándose en el sofá y cruzando las piernas.

Carter fue hasta la otra puerta entrando en su habitación y escuchó cómo abría cajones furioso. Cuando volvió estaba aún más enfadado. —¿Vives sola? —Meredith se mordió el

interior de la mejilla quitándose una pelusa imaginaria de la manga. —¡Nena, estoy perdiendo la paciencia! ¿Qué coño está pasando aquí? —De repente abrió los ojos como si se le acabara de encender la bombilla. —Te está manteniendo, ¿verdad? ¿Está casado? ¿Por eso no deja la ropa aquí?

En realidad, estaba casado, así que dijo para fastidiarle —Felizmente casado desde hace treinta y un años.

—¡Encima es un viejo! —gritó fuera de sí—. ¡Y con pasta para que



vayas a la universidad!

—Es que me quiere mucho.

Carter se pasó la mano por el pelo poniéndose nervioso. —Vamos a ver...

Nena, ese tío no te conviene.

Aquello empezaba a divertirse e inocente preguntó —¿Por qué? Me quiere y me cuida. ¿Qué tiene de malo?

—¿Qué tiene de malo? ¡Está casado!

—Nos quiere a las dos. —Sonrió radiante. —Es el mejor. En realidad,

tengo lo mejor de los dos mundos. Quedo con él cuándo quiero y siempre está pendiente de mis necesidades.

—De tus necesidades...

—Sí, es tan atento y ...—En ese momento llamaron a la puerta y Carter apretó los labios antes de ir hacia allí como un toro a punto de embestir. Abrió la puerta sorprendiendo al chico de reparto que llevaba en la mano una bolsa de papel.

—¿Qué quieres?

—Envió para la señorita

Cromwell como todos los jueves.

—Hola, Billy —dijo desde sofá  
sonriendo.

—Señorita, tómelo cuanto antes  
para aprovechar las vitaminas.

—Gracias.

Carter le arrebató la bolsa  
sorprendiéndolo e iba a decir algo  
cuando le cerró la puerta en las narices.  
Ella bufó al ver que sacaba el zumo  
vitamínico de la bolsa y al mirar su

contenido verde preguntó —¿Qué coño es esto?

—Un zumo de frutas especial para estudiantes. —Mintió descaradamente levantándose y cogiéndoselo de la mano. Le arrebató la bolsa de papel y buscó la pajita.

—¿Un zumo especial para estudiantes? ¿Quién coño eres tú? ¿Dónde está Meredith?

—¡Muy gracioso! —Metió la pajita por el agujerito y se volvió a

sentar subiendo las piernas al sofá bebiendo su zumo. Se lo encargaba su madre, porque decía que se pasaría todo el día estudiando y no cuidaría su alimentación. A ella le hacía gracia y le seguía la corriente.

Carter la observó y su mirada bajó por su escote llegando hasta sus piernas que casi había dejado al descubierto. Él carraspeó y se acercó a ella sentándose a su lado. — Nena... Puedes venir a vivir conmigo.

Ella abrió los ojos como platos

atragantándose con el zumo. Se puso a toser, hecho que él aprovechó para acercarse más dándole unas palmaditas en la espalda. Cuando se dio cuenta se levantó a toda prisa. —¿Estás loco?

—¡Vas a dejar a ese viejo! —

Furioso se levantó. —Puedes seguir estudiando, pero a ese tío le vas a dejar.

—No.

Si le hubiera dicho que se iba a la luna, no le hubiera sorprendido tanto. —  
¿Cómo que no?

—Como que no.—Se encogió de hombros metiéndose de nuevo la pajita en la boca. Se acabó el zumo y sonó ruidosamente.

Movió el vaso mirando el envase mientras seguía haciendo ruido y Carter se acercó quitándoselo de la mano. — ¡Déjalo ya! ¡Si quieres otro, pedimos más!

—Vale —dijo sólo para fastidiarle.

Exasperado fue hasta la bolsa y

miró el número. Sacó su móvil y marcó para después mirarla fijamente. —Claro que le vas a dejar. Vaya si lo vas a dejar.

Ella chasqueó la lengua y fue hasta la cocina. Él se acercó a la puerta como si temiera que se fuera a escapar por algún sitio. —Sí, hola. Mire, acaba de traer un zumo para Meredith Cromwell. —Carter asintió. —Sí, el de todos los jueves. Quiere otro. —Meredith sacó un paquete de galletas y metió la mano dentro del envase de cartón sacando una. —¿No me diga? —Entrecerró los ojos y



las aletas de su nariz se hincharon de manera sospechosa. Meredith se temió lo peor y disimulando salió de la cocina pasando a su lado. Con ganas de huir fue hasta la habitación metiendo tres galletas en la boca mientras él la seguía. —Sí, uno bien grande. Va a necesitar muchas vitaminas.

Con la boca a rebosar fue hasta el baño e intentó cerrar la puerta, pero él se lo impidió. —¿Nena?

—Siss —dijo salpicándole de galleta.

—La chica del sitio este de los zumos, me ha dicho algo muy interesante...

—Siss, ess muy zinnmpacctyizca.

—Sí que lo es. Y me ha dicho que ese zumo es especial para después del sexto mes. —La cogió por el brazo tirando de ella hasta la cama y la sentó acuclillándose ante ella. —Voy a preguntarte algo y espero que seas totalmente sincera, porque me estoy empezando a acojonar y no tiene gracia.

Meredith asintió muy seria sintiendo que su corazón iba a mil por hora. Carter sonrió como si hubiera ganado una batalla. —¿Estás embarazada de seis meses?

—Siss —dijo salpicándolo de nuevo, pero él no se dio ni cuenta porque se quedó libido—. ¿Carttterr?

Eso le hizo reaccionar. —¡Me cago en la puta! —gritó furioso levantándose. Paseó de un lado a otro de la habitación pasándose la mano por su cabello negro. —¡Te lías con otro

después de estar conmigo, que está casado encima! ¡Y el muy cabrón te deja preñada! —La miró como si quisiera matar a alguien y ella le observó fascinada. —Espera que llegue. ¡Hoy salimos en los periódicos!

Entonces se dio cuenta que todo aquello era muy divertido y sin poder evitarlo se echó a reír. Al ver su cara de asombro, se echó a reír más fuerte y se tumbó de costado en la cama intentando dejarlo.

—Claro, estás histérica. No me

extraña nada. No querías tener hijos y ahora estás en esta situación. Nena, estás muy perdida en la vida. Pero en cuanto nos vayamos a vivir juntos...—Las carcajadas de Meredith le hicieron fruncir el ceño. —¡No tiene gracia! ¡Vas a tener un hijo de otro! ¡Deberías avergonzarte!

Eso le cortó la risa de golpe y se sentó en la cama. —Perdón, ¿qué has dicho?

—¡Vas a tener un hijo con otro!  
¿Cómo te sentaría a ti si yo fuera a tener

un bebé con Amber?

—Me daría igual.

Si quería dejarlo en shock, lo había conseguido. —Perdón, ¿qué acabas de decir?

—Ya no formas parte de mi vida.

¿No te has dado cuenta? Me sustituiste.

—Se levantó como si nada, sin sentir ningún remordimiento por mentirle.

¿Sería idiota? ¡Cómo tenía la cara de decirle que debería avergonzarse!

¡Debería avergonzarse él que la había

sustituido como si nada!

Volvió a la cocina y por no volver a por la caja de galletas que había dejado en la habitación, cogió una bolsa de patatas fritas. Hizo una mueca por su madre igual tenía razón.

Se sentó en la mesa de la cocina dando la espalda a la puerta, pero le escuchó acercarse. —Meredith, me voy.

Ella masticó con más fuerza sin volverse. Acababa de perder el apetito del todo y sintió unas terribles ganas de

llorar. —Pues buen viaje.

Sorprendiéndola se puso ante ella y le gritó a la cara —¡Pues no me voy!

Del alivio sus ojos se llenaron de lágrimas y al intentar evitarlas, hipó dejándolo pálido. —Nena, no llores. Si quieres me voy, pero...

Meredith se tapó la cara con las manos llorando más fuerte. —¿Eso significa que no? —Suspiró acucillándose a su lado. —Me tienes algo perdido. Tienes razón, soy un



desastre como novio. —Apartó sus manos suavemente. —No llores —susurró acercándose a ella y besándola suavemente en los labios—. Joder, nena. Dime que me quede. —Ella deseando sentirle sin darse cuenta le besó y él aprovechó para entrar en su boca profundizando el beso. Meredith abrazó su cuello y Carter la cogió en brazos levantándola de la silla. Apartó su boca y mirándola a los ojos susurró —Haz las maletas.

Ella parpadeó sin comprender. —

¿Qué? —Intentó besarle de nuevo y cuando se dio cuenta la dejó caer sobre la cama haciéndola gritar del susto. Ni se había dado cuenta que la había llevado a la habitación. —¿Qué haces?

—¡Haz las maletas! ¡Nos vamos! No te vas a quedar en casa de ese tío. — El sonido del timbre los tensó a los dos y Carter entrecerró los ojos. —No tiene llave...—Furioso salió de la habitación.

—¡Carter! ¡Es el zumo! —Salió a toda prisa de la habitación y cuando le vio ir hacia la puerta le gritó— ¡Y no

voy a hacer las maletas!

—Ya veremos —siseó abriendo de golpe.

Su padre estaba con una bolsa de regalo en la mano y una sonrisa de oreja a oreja al otro lado de la puerta y Meredith se quedó de piedra. —¿Qué haces aquí? — Pero su padre no tuvo tiempo a responder porque Carter le cogió de las solapas del traje. — ¡Carter, no!

—Así que te van las jóvenes, ¿eh?

Meredith chilló cuando vio que le iba a pegar un puñetazo y su padre se cubrió mientras ella gritaba —¡Es mi padre! —Carter no se detuvo a tiempo y del golpe su padre terminó en medio del rellano del pasillo. —¡Papá! —Asustada corrió hacia afuera y se arrodilló al lado de su padre, que se había quedado tirado en el suelo algo ido.

—¿Cómo que papá? —Carter furioso se acercó. —¡No intentes disimular! ¡Y sí que podría ser tu padre!

—¡Es mi padre, idiota! —Miró a su padre y le acarició la mejilla. — Papá, no se lo tomes en cuenta. Hará penitencia el resto de su vida.

—Nena, dime que no es tu padre.

Le fulminó con la mirada. —Te presento al Vicepresidente de los Estados Unidos, Jett Cromwell.

Carter cerró los ojos apretando los labios.

—Hija, dime que este salvaje no es el padre de tu bebé —gimió su padre

intentando incorporarse.

—Es que es un poco torpe, papá. Creía que eras mi amante y el padre de mi hijo. No te ha reconocido. Está un poco nervioso.

—Aquí está el zumo —dijo Billy sonriendo tendiéndole la bolsa. Al ver a su padre en el suelo añadió —Tío, ¿necesitas ayuda?

—¡Qué mal gusto has tenido siempre con los hombres!

Carter se enderezó. —¡Mire, pero

soy más que aceptable! ¡Es su hija, que lo lía todo!

—En eso también te creo.

—¡Papá! ¡Tienes que estar de mi parte! —Miró con rencor a Carter. — ¡La culpa es tuya que te precipitas siempre!

Carter se acercó a su padre cogiéndolo del brazo para levantarlo. — Será porque mientes como una bellaca.

—¿El zumo?

Jadeó ofendidísima. —¿En qué he

mentido yo si puede saberse?

—¡No has sido clara! ¡Me has dicho que te mantenía un hombre casado y después me entero de que estás embarazada de seis meses! —Miró a su padre. —¿Qué pensaría usted de eso?

Meredith se sonrojó al ver la mirada de reproche de su padre y arrebató a Billy la bolsa antes de entrar en su apartamento y cerrar la puerta de golpe.

—¡Se lo apunto como siempre! —



gritó Billy divertido.

—¡Nena! ¡Abre la puerta!

Furiosa se sentó en el sofá y vio la chaqueta de Carter. Con curiosidad dejó la bolsa sobre la mesa de centro antes de buscar en el bolsillo interior su cartera. ¡Y allí estaba la puñetera foto! ¡La rubia seguía allí! ¡Menudo descaro tenía al venir a recriminarle que ella tenía una relación! Furiosa fue hasta la puerta y la abrió —¿Y esta quién es?

Él miró la cartera abierta y se

encogió de hombros. —Mi hermana Susan.

Meredith entrecerró los ojos. — Mientes.

—¡Es mi hermana! —exclamó asombrado—. ¿Estás revisando mis cosas?

—Hija, eso no se hace.

—¡No se parece en nada a ti!

—¡Somos adoptados!

Sus ojos decían que no mentía, pero aun así preguntó —¿De veras?

—Hija, creo que eso se puede demostrar, ¿no crees? —Su padre la apartó para entrar en casa y se tocó el pómulo. —A ver cómo le explico esto a la prensa.

—Jett, lo siento...

—No te disculpes. Mi hija tiene la habilidad de embrollarlo todo.

—¡Eh! ¡Que la culpa fue suya!  
¡Me sustituyó!

—¡Era un trabajo! ¡Si no te hubieras ido, sabrías que quería

continuar con lo nuestro!

—¡Ya, estando comprometido con otra!

—Sí, anda que tú...

—Es una historia muy larga, Jett —le dijo a su padre cerrando la puerta—. Era un compromiso de mentirijilla.

—¡Sí, para el que me había contratado a mí primero!

Su padre no salía de su asombro viendo la pasión con la que discutían. Aquello iba muy bien. —Hija ¿tienes

algo frío para el pómulo?

—¿Entonces te mantiene él? —  
preguntó Carter dando un paso hacia  
ella.

Miró a su padre de reojo, que se  
cruzó de brazos. —Puede.

—¡Y no hay nadie más!

—¡Yo no he dicho que lo hubiera!  
¡Te lo has imaginado!

Carter asintió. —De acuerdo.  
Culpa mía. —Dio otro paso hacia ella.  
—Y el bebé es ....

—Todavía no sé el sexo. No se veía bien y...

—¿Quién es el padre? — preguntaron su padre y Carter a la vez.

Les miró a ambos apretándose las manos y ofendida levantó la barbilla. — ¿Pero quién creéis que soy?

—Hija, perdona. Pero es que te he dicho mil veces ...

—Meredith, ¿me estás diciendo que es mío?

Le miró a los ojos y el labio

inferior de Meredith tembló. —Todo es culpa tuya.

—¿Ah sí?

—Yo no quería niños.

Carter suspiró abrazándola a él.

—También es culpa tuya. Si no lo recuerdo mal fuiste tú la que...

—Será mejor que os deje solos.

—Su padre fue hasta la puerta y sonrió a su hija. —Por cierto. Felicidades, hija. Me ha llamado Irvin y me ha dicho que como sigas así, la plaza es tuya.

Asombrada se apartó de Carter.

—¡No habrás tenido nada que ver!

Su padre se puso la mano en el corazón. —Lo juro.

Ella chilló emocionada y corrió hasta su padre para darle un beso en la mejilla y un abrazó. —Gracias, trabajaré mucho.

—Lo sé. Ahora habla con tu novio, que tenéis mucho de que hablar.

—No es mi novio.

—Meredith...



Gruñó antes de volverse a Carter, que la miraba con cara de pocos amigos. Su padre le dio un beso en la frente. — Te he traído un regalo —dijo confundido mirando a su alrededor.

Sus ojos brillaron y corrió hacia el paquete que estaba tirado al lado de la puerta. —¿Qué es?

—Ábrelo.

Emocionada lo sacó de la bolsa y sonrió al ver un papel azul brillante en un paquetito largo. Se colocó la bolsa

bajo el brazo y rasgó el papel para abrir el regalo. Jadeó al ver un bolígrafo de oro. —¡Papá!

—Para cuando estés en el bufete.

—¿Qué bufete?

Miraron a Carter que no parecía nada contento. —Mi profesor de penal tiene un bufete y todos los años elige a dos estudiantes para hacer prácticas. ¡Y me va a elegir a mí!

Él se cruzó de brazos muy serio.

—¿Eso será para el próximo semestre?

—Durante las vacaciones.

—Es broma, ¿no?

Los dos le miraron sin comprender. —¿Me estás diciendo que vas a ir a hacer prácticas embarazada de siete meses u ocho meses? ¡O acabarás de dar a luz!

—Uff, tengo una prisa...—Su padre le guiñó un ojo saliendo de la casa. —Te llamo, hija.

—Adiós papá. Que tengas buen vuelo. —Cerró la puerta lentamente y se

volvió hacia Carter. —Vamos a dejar algo claro.

—¡Sí! ¡Vamos a dejarlo todo clarísimo de una vez! —Se metió las manos en los bolsillos del pantalón. — ¡No vas a hacer esas prácticas!

—¡Ja! ¡Mira, me he dejado las pestañas estudiando y soy la mejor de la clase! ¿Crees que voy a dejar pasar una oportunidad así? Como si me tengo que llevar al bebé en brazos.

—¡Penal! — gritó furioso—.

¿Sabes los psicópatas con los que te vas a tener que enfrentar? ¡Por Dios, si hace cuatro días querías ser actriz!

Se sonrojó intensamente. —Será mejor que te vayas. No tienes ni idea de cómo soy y está claro que no tenemos nada en común.

—¡No! No te conozco, porque yo pensaba que eras una actriz que intentaba salir adelante. Y resulta que eres una niña rica que se inventó una vida bohemia. ¿Para qué? ¿Qué diablos se te pasó por la cabeza?

—¡Eso no te importa!

—¡Si no me importara, no estaría aquí! Entrás en mi vida y te largas sin dejarme dar una explicación, volviendo siendo otra persona y embarazada, además.

—¡Soy la misma persona! ¡Pero ahora tengo otros intereses! ¡Sin embargo, tú me metiste en tu vida y después me diste la patada! —Carter apretó los labios. —¡Con lo bien que lo estaba haciendo! ¡Era una novia buenísima, capullo!

—¿Me estás diciendo que tu comportamiento conmigo era una interpretación?

—¡No seas idiota! Al contrario que tú, yo no fingí en ningún momento.

—¡Yo tampoco fingí!

—¡Sí! ¡Me mentiste! ¡Hicimos un trato y no lo cumpliste! Y después de acostarte conmigo, decidiste que no era buena para ser tu prometida ante tus jefes —dijo con los ojos cuajados en lágrimas haciéndole palidecer—. ¿Pues

sabes qué? ¡Como acabas de ver, era apta de sobra! —Fue hasta la puerta y la abrió furiosa. —Ahora sal de mi casa.

—Nena... metí la pata al sustituirte. Y deberíamos haberlo hablado, pero estás exagerando.

—¿Exagerando? ¡Encima me dejas preñada! ¿Sabes las pesadillas que he tenido?

Carter sonrió orgulloso como si hubiera hecho una proeza y Meredith tuvo ganas de matarle. —¿Ves cómo eres



un novio horrible? ¡Nunca me entenderás!

—Te entiendo. —Se sentó tranquilamente en el sofá colocando el brazo en el respaldo cómodamente. — ¿Quieres que esta discusión la escuchen los vecinos? Preciosa, cierra la puerta.

Rabiosa cerró de un portazo al ver que la puerta de su vecina de dos puertas más allá estaba abierta en una rendija.

—Meredith, ahora vamos a hablar

tranquilamente. Sin sobresaltos, ni gritos como una pareja normal.

—Tú no eres mi pareja. —Se cruzó de brazos. —Ni lo serás nunca.

Él suspiró como si estuviera cansado de aquella conversación. —Primero vamos a hablar de Amber. —Meredith se tensó. —No me he acostado con ella nunca. Si tomé esa decisión, fue porque en ese momento me pareció apropiado que conociera los entresijos de la empresa. ¿Entiendes eso?

Meredith tenía que reconocer que en eso la bruja tenía una ventaja, así que gruñó. Carter sonrió aliviado. —Pero no pretendía dejar lo nuestro. —Ella iba a decir algo. — Como me niegues que había algo entre nosotros, me voy a cabrear mucho. ¡Lo hubo desde el mismo momento en que entraste en mi despacho! ¡Joder, Meredith! ¡Si te desnudaste a los quince minutos! —Se puso como un tomate mordiéndose la lengua. —¡No pensaba que nuestra relación se terminara por el trato al que

había llegado con Amber, sobre todo porque nosotros teníamos algo más! ¡Pero tuviste que ponerte dramática y desaparecer!

—¡Me echaron del piso!

Carter se enderezó. —Perdona, ¿qué has dicho?

—¡Cuando volví a casa, mi llave no entraba! ¡Me echaron!

—Está bien —siseó furioso—. Ya me encargaré yo de eso. Ampliaré la demanda que ya les he metido.

Meredith chasqueó la lengua. —

Ahora da igual.

—¡No! ¡No da igual! ¡Pero dejémoslo de momento para hablar de algo más importante! ¿Por qué no me cogías el teléfono?

—Me sustituíste.

Exasperado se pasó la mano por los ojos. —Eres imposible.

—¡No! ¡Imposible eres tú, que ahora quieres volver como si no hubiera pasado nada en seis meses! ¡Y han

cambiado muchas cosas!

—¡Sí, eso ya lo veo! —dijo señalando su vientre—. Y cuando descubriste que estabas embarazada, ¿por qué no me llamaste?

Levantó la barbilla. —No quería hablar contigo.

—¡No querías hablar conmigo! ¡Vas a tener un hijo mío y me sueltas eso!

Puso las manos en jarras. —No me pareces apto.

Carter se levantó de golpe. —

¿Apto para qué?

—¿Ves cómo no te enteras? ¡Para ser el padre de mi hijo!

La cara de sorpresa de Carter era un poema. —Perdona, ¿acaso tengo que pasar una especie de test para ser el padre de tu hijo y yo no me he dado cuenta?

—¡No cumples ninguna de mis expectativas! ¡Ni siquiera eres buen novio! ¿Cómo vas a ser buen padre para

mi hijo?

—Esto es el colmo. ¡Soy un novio estupendo!

—¡Ja! ¿Volvemos a llamar a esa amiguita tuya?

Carter entrecerró los ojos. —¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora?

Se lo pensó seriamente y se puso a pasear por la habitación mientras él la miraba fijamente. Meredith le miró de reojo deteniéndose antes de negar con la



cabeza. Estaba loca por él. Físicamente no se podían atraer más. ¡Pero el muy idiota la había sustituido! ¡No se sustituye a una novia por otra, aunque fuera de pega! ¡Encima que lo había cuidado!

Pero por otro lado, era un punto positivo que él la hubiera buscado, llamado e intentado entrar en su casa. Le volvió a mirar de reojo y era obvio que se estaba impacientando, pero ella le ignoró para seguir pensándolo. Cuando la había besado se había sentido tan

bien... e iba a tener un hijo suyo. Además, cuando pensaba que era de otro, también había querido llevársela con él, ese era otro punto positivo. Y había pegado a su padre. Ese era un punto negativo, pero lo había hecho pensando que era su amante. Mira que pensar eso. Otro punto negativo. Gimió porque se moría por estar con él, pero debía resistirse un poco. Se lo había puesto muy fácil la primera vez y mira lo que había pasado.

Se volvió para mirarlo de frente.

—Vale, me he decidido.

—Ya era hora —siseó muy tenso.

—No te pongas chulo, que lo dejamos.

—¡Ya me has dejado bastante!

Ahora al grano.

—Probaré cómo eres de novio.

Unos meses a prueba, a ver qué ocurre.

Eso para Carter fue la gota que desbordó el vaso. —Vete a hacer las maletas, que nos vamos.

—No.—Sonrió porque aquello le

empezaba a gustar. —Viviremos separados. Tú en tu casa y yo aquí. Saldremos como cualquier pareja normal y veremos qué ocurre.

Carter dio un paso hacia ella. —  
¿Qué ocurre? ¡Ocurre que vas a tener a mi hijo!

—Como quieras. —Fue hasta la puerta y la abrió.

—¡Cierra la puerta!

—¿Ves cómo no sabes tratarme?

Él se pasó la mano por su cabello

negro. —Vamos a ver si lo he entendido. ¿Si quiero tener algo contigo, debo seguir tus reglas como un gilipollas?

—¡No! ¡No tienes que dejarme plantada, ni discutir por todo lo que yo quiero! ¡A veces tendrás que ceder! ¡Y sobre todo no me sustituyas por otra!

—¡Muy bien! Seré el novio perfecto, pero en un mes te mudas a mi casa.

—Un mes es poco tiempo. Mis padres salieron cinco años.

Carter le señaló el vientre. —¡En cinco años habremos tenido cuatro! — La cara de horror de Meredith le hizo acercarse a ella. —Era broma, nena.

—Estás empezando fatal — susurró impotente.

Él suspiró y la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo. —Voy a ser el mejor novio que existe. Te lo prometo.

—¿De verdad? —Le acarició la espalda de abajo arriba y cuando llegó a su cuello Meredith gimió levantando la

mirada. Carter le sonrió. —Tengo hambre.

Él se echó a reír y la besó suavemente acariciándole con el pulgar el lóbulo de la oreja. —Voy a pedir la cena.

—Voy a ducharme mientras tanto. —Pero no se separaron el uno del otro y se miraron a los ojos unos segundos.

Carter acarició su cintura hasta llegar hasta su pecho acariciádoselo por encima del albornoz. Meredith

gimió cerrando los ojos, pero de repente él se apartó y ella se tambaleó sorprendida. —¿Qué quieres cenar?

—¿Qué?

—¿No te ibas a duchar?

Meredith entrecerró los ojos sabiendo perfectamente lo que estaba pasando. No quería acostarse con ella. No sabía la razón, pero podía esperar. Cinco minutos. Así que dijo sonriendo de oreja a oreja. —Sí, iba a darme una ducha. —Se quitó la bata quedándose en



ropa interior ante él. —Pide lo que quieras.

Pasó ante Carter que parecía que quería comérsela y le escuchó decir con la voz ronca. —Nena, estás preciosa.

—Ajá...

Entró en el baño y volvió a abrir el agua quitándose el sujetador. Que hubiera dejado la puerta abierta no era una casualidad. Después de quitarse las braguitas, iba a entrar en la ducha cuando le vio en la puerta del baño.

—Nena...

—¿Si?

—¿Hay algo que no puedas comer? —Su mirada indicaba que quería comérsela a ella.

—Tienes la lista en la puerta de la nevera.

Él carraspeó y se notó que no quería moverse, pero algo le hizo salir del baño.

—¿Qué se le estará pasando por la cabeza? —susurró entrando en la

ducha.

## Capítulo 8

Se duchó a toda prisa y después de secarse se iba a echar la crema en la barriga. Sonrió maliciosa. —Vamos a comprobar lo buen novio que eres. — Levantó la voz. — ¿Cariño?

—Nena, enseguida llega. —Carter

entró en la habitación y la vio sentada en la cama echándose la crema en las piernas.

—¿Y qué has pedido? —Se echó más crema en las piernas y las masajeó.

Él se acercó y se sentó a su lado cogiendo el envase. —Comida sana. — Ella hizo una mueca y le miró. Estaba leyendo el envase. —¿Es especial para embarazadas?

—Sí, para evitar las estrías. —Se tumbó en la cama sorprendiéndole y dijo

como si nada —¿Me echas en la barriga? Privilegio del padre. Además, estoy cansada.

Le estaba mirando los pechos, pero levantó la vista hasta sus ojos. —  
¿Intentas provocarme?

—No.

—No me extraña que te hayas cambiado de carrera, porque mientes fatal.

Se sentó como un resorte. —  
¡Retira eso! ¡Miento muy bien!

Carter se echó a reír. —Preciosa, voy a hacerte el amor.

—¿De verdad?

Divertido asintió. —Pero tienes hambre.

—Mentiroso. Me estás torturando porque te he dicho que no eres buen novio.

La mirada de Carter brilló mientras echaba crema sobre la palma de su mano. — Al parecer hay algo que hago bien. —Extendió la crema entre sus

manos y cuando las acercó a su barriga, el estómago le dio un vuelco perdiendo el aliento. —Túmbate, nena.

Meredith susurró. —Si te refieres al sexo la otra vez lo hice yo todo. Así que la buena soy yo.

—Sí que lo eres. ¿Por qué crees que quiero que seas mi mujer?

—¿Qué? —Sorprendida tembló cuando sus manos acariciaron la piel de su barriga.

—Puede que tengas dudas sobre

mí, pero yo no tengo ninguna sobre que eres perfecta para mí. —Si sus manos la estaban volviendo loca, esas palabras le robaron el alma. Carter sonriendo la miró a los ojos. —¿Te gusta?

La mano de Carter bajó peligrosamente por su vientre hasta la unión de sus piernas y Meredith arqueó su cuello hacia atrás de anticipación cuando llamaron a la puerta.

—Nena, la cena —dijo con voz ronca.



—Como te muevas, te mato. —

Carter se echó a reír y la besó en la barriga levantándose mientras volvían a llamar. —¡Odio a ese repartidor! — gritó frustrada.

—Sólo es un segundo. Vuelvo enseguida y sigo.

Impaciente se arrastró hasta la almohada para ponerse cómoda. Dos segundos después Carter preguntó desde el salón —Nena, ¿dónde está la cartera?

Gimió. No recordaba lo que había

hecho con ella después de lo de la foto de su hermana. —¡Hay dinero en mi bolso!

Sonrió cuando escuchó un minuto después que se cerraba la puerta y se puso de costado hacia la entrada doblando una de las piernas de manera sensual.

Carter entró en la habitación con su cartera en la mano. —Nena, ¿quién es Spencer?

—Mi ginecólogo. —Apartó un

mechón de pelo de su hombro. —  
Cariño, la crema...

Él la fulminó con la mirada y  
levantó un post it. — Y por qué te  
escribe su número y leo literalmente...  
—Miró el papel. —“Llámame para lo  
que necesites, monada.” —La fulminó  
con la mirada. —¡Monada! ¿Qué clase  
de médico es ese?

Parpadeó sorprendida. —¿Estás  
celoso? Porque acabamos de empezar y  
no lo veo lógico.

—¡Mira quién fue a hablar! ¡La que estaba celosa de mi hermana!

Se sonrojó. —Eso fue una confusión.

—¿Estás diciendo que no me estoy confundiendo con este tipo?

—No, esto es una confusión también. ¡Si puede ser mi padre!

—¡Pues este que puede ser tu padre, quiere hacerte un reconocimiento a fondo!

Meredith se echó a reír. —No

digas tonterías. Me lo ha dado por si tenía algún problema.

—¡Problemas vamos a tener como sea lo que yo me imagino, monada!

—Hala, te acabas de quedar sin sexo —dijo cabreada.

—¡Lo mismo digo! —Salió de la habitación enfadado y ella no se lo podía creer. ¿Cómo iba a ponerse celoso por Spencer? Aquello era ridículo. Preocupada se puso un camisón de hilo blanco que le llegaba a la mitad del

muslo y salió al salón donde Carter estaba poniendo los platos de la cena sobre la mesa.

Se acercó a él y miró los platos. Verduras y carne a la plancha. Estaba claro que quería que comiera sano y eso la emocionó. Sonrió mirándole y Carter desconfió. — ¿Ahora qué pasa?

—Nada, lo haces muy bien.

—Ya te lo había dicho. Soy un novio de primera. —La cogió por los hombros y la sentó en la mesa.

—Sobre lo de antes...—Cogió el tenedor.

—¿Cuándo tienes la próxima cita?

—De verdad, estás exagerando.

—Ya, claro. ¿Cuándo?

—En dos semanas.

—Estupendo. Iré contigo. —Cortó el filete como si quisiera matar a alguien. —Va a ser una consulta de lo más interesante.

—Te vas a sentir ridículo después.

—Más te vale —siseó.

—¿Qué has dicho?

—¡Nada!

Meredith reprimió una sonrisa. —

Cuéntame algo sobre tu nuevo puesto.

¿Cómo es tu secretaria?

Se pasaron horas hablando.

Después de cenar se sentaron en el sofá y Carter le contó muchas anécdotas de la universidad que la hicieron reír.

—Meredith, cuando te digo que no me parece adecuado lo de las prácticas, no es para fastidiar. No me parece



adecuado.

—Ya hablaremos de eso, ¿quieres? —Bostezó sin poder evitarlo y Carter la cogió en brazos antes de darse cuenta. —¿Ahora me vas a echar la crema?

—Lo dejaremos para cuando estés más descansada. —La besó suavemente en los labios para tumbarla después.

—Cariño, lo siento. —Los ojos se le cerraban sin poder evitarlo.

—Ya tendremos tiempo. Duerme.

Mañana tienes clase.

—Sí...—suspiró agotada—. Y seguro que me preguntan y no he estudiado.

—Shusss.

Una manita tiraba de su falda insistentemente. Después era otra manita y después otra. Asustada miró hacia abajo al ver que se hundía y gritó al ver a una niña morena sentada en el suelo con la cara sucia de ketchup llorando a

pleno pulmón.

—Nena, la niña está llorando. —

Con los ojos como platos levantó la vista para ver a Carter sentado tras su mesa leyendo unos papeles. La miró a los ojos y al ver su angustia preguntó — ¿Quieres que la atienda yo?

Al ver que no se movía, Carter se levantó y sonrió cogiendo a la niña del suelo. —¿Ves? Estoy aquí, nena. No pasa nada. —Carter se acercó y le dio un beso en los labios. —Es muy fácil. Estoy aquí.

Meredith se despertó sobresaltada y suspiró de alivio al ver a Carter a su lado tumbado boca arriba. Sin poder evitarlo abrazó su cintura apoyando la cabeza sobre su pecho y su novio la pegó a él sin despertarse. Sonrió cerrando los ojos. Aquello no estaba nada mal.

Meredith chasqueó la lengua mirando su reloj de pulsera impaciente.

Volvió a mirar la calle por donde se suponía que su recién estrenado novio tenía que llegar para llevarla a casa después de las clases. Una semana juntos y ya la plantaba, aquello era increíble. Si hubiera salido a su hora, ya estaría dándose un baño relajante. De hecho, su piel ya estaría arrugada.

Harta se decidió a irse y caminó calle abajo cuando al mirar al otro lado de la calle vio a Amber con un aspecto lamentable. Tenía el pelo revuelto y llevaba un abrigo de invierno. Pero lo

que más le sorprendió era que llevaba puestas unas zapatillas de andar por casa. No hacía nada. Simplemente la miraba, pero se le pusieron los pelos de punta. Siguió caminando cuando un coche frenó a su lado sobresaltándola.

Carter salió del coche sonriendo.

—Me vas a echar la bronca, pero he de decir que tengo una excusa buenísima.

—Se acercó y le dio un beso en los labios.

Ella apartando la cabeza miró sobre su hombro y Amber no estaba allí.

—Nena, no te enfades. Sé que llego tarde...

—Amber estaba allí mirándome.

Carter se tensó volviéndose mirando de un lado a otro. —¿Estás segura?

—Sí, era ella. Me miraba de un modo... —La cogió por el brazo para llevarla hasta el coche. Abrió la puerta mirando a su alrededor y la ayudó a subir. —Carter...

—Tranquila, no pasa nada. —

Cerró la puerta del coche y lo rodeó sin dejar de mirar a su alrededor. Que se pusiera nervioso, la puso más nerviosa aún. Le daba la sensación de que le ocultaba algo.

—¿Qué pasa, Carter? —le preguntó en cuanto arrancó el coche.

—Nada. —Forzó una sonrisa. — Seguro que te la has encontrado por casualidad.

—No me mientas. ¿Vamos a tener problemas?



—He tenido que pedir una orden de alejamiento.

—¿Qué? —preguntó asombrada—. ¿Por qué no me has dicho nada?

—Nena, estás embarazadísima y no quería que esto enturbiara nuestra relación. Acabamos de empezar, como para meterla en medio de nuevo.

Meredith gruñó —¡Pues sigue en medio!

Él apretó el volante. —Lo arreglaré.

—¿Cómo?

—No tengo ni idea, pero lo arreglaré. Tú no te preocupes. ¿Qué tal las clases?

—¡Hoy hemos estado comentando un caso de una psicópata que mató a los hijos de su expareja!

—Joder, qué oportuno —siseó palideciendo.

—Sí, ¿verdad? —Miró por la ventanilla. —Si no me hubieras sustituido.

—¿Otra vez con eso? ¿Qué culpa tengo yo de que haya perdido un tornillo?

—¿Se la veía a la legua, Carter! Quien hace lo que hizo ella, no es muy normal.

—Vale. Culpa mía.

Ella sacó su móvil del bolso. —  
¿Qué haces?

—Voy a llamar a papá.

—Ni hablar. ¿Y qué va hacer el vicepresidente? ¿Poner una escolta?

—¿Por qué hablas así? ¡Papá sólo quiere ayudar!

—¡Sí! ¡Como ir a mi oficina para que me dieran el ascenso! ¿Crees que soy idiota?

Meredith palideció. —No fue así.

—¿Y cómo fue?

—¡Él sólo hizo lo posible para que no te vieras obligado a hacer lo que no querías! ¡Yo no te pedí nada!

Carter apretó los labios. —Sí, no me pediste nada. ¡Ni siquiera me dijiste

que estabas embarazada!

—¿Qué pasa? ¿Qué cada vez que discutamos, vas a sacar el tema?

—¡Te encontré de casualidad! — dijo furioso.

Meredith chasqueó la lengua. — Ya empezamos. —Miró el teléfono entre sus manos y lo volvió a meter en el bolso.

Carter la miró de reojo y al ver su preocupación dijo— No tienes que preocuparte, nena. No pasará nada.

—Tú no has visto su mirada.

Parece desquiciada.

Él apretó los labios antes de decir.

—¿Qué te parece si vamos al cine?

—Tengo que estudiar —susurró mirando la calle. Cuando sintió su mano cogiendo la suya, las miró unidas.

—No dejes que nos separe. Es lo que quiere.

Meredith forzó una sonrisa y le miró. —Sigues siendo un novio horrible.

Carter asintió relajando la

expresión. —Siento haber llegado tarde.

—Me debes una.

# Capítulo 9

El sábado Carter y ella estaban paseando por Central Park. Un cachorrito corría ante su dueño sin hacerle ni caso y ella se echó a reír al ver caer al pobre hombre. El cachorro volvió y le lamió la cara.

—Oh, qué mono.

—Ni se te ocurra.

Ella abrazó su brazo mirando sus ojos azules. —Son tan bonitos. Dicen



que son buenos para los niños.

—Lo que nos faltaba. —Divertido la llevó hasta un banco. —¿No tienes bastante con el bebé, la carrera y la boda?

—¿Qué boda? —Dejándola de piedra se arrodilló ante ella. —Carter... —dijo sin aliento.

—Nena, me vuelves loco —dijo sacando una cajita de terciopelo negro del bolsillo del pantalón—. Y quiero dejar de ser un novio horrible para ser

un marido pésimo. — Meredith se echó a reír emocionada. — Te quiero, nena. Me enamoré de ti cuando entraste en mi despacho y no te he podido olvidar en todo el tiempo que estuvimos separados. — Abrió la cajita y Meredith se echó a llorar cuando vio el anillo que ella había escogido en la joyería de Jarah. — ¿Quieres casarte conmigo?

Escucharon el petardo y Carter se volvió sobresaltado para ver a Amber llorando con una pistola en la mano. Meredith atónita ni se daba cuenta de

que la gente se apartaba gritando a la vez que corría en todas direcciones. Asustada miró a Carter que empezó a gritar cubriendo a Meredith con su cuerpo, pero ella no le entendía. Un policía se tiró sobre Amber y Carter la miró. —¿Nena? — Al tocarle la cara vio que su mano estaba llena de sangre, pero no sabía de quién era. Él gritó angustiado mirando a su alrededor y en ese momento sintió el dolor en el pecho y se dio cuenta que la herida era ella.

—Nena. Te vas a poner bien —

dijo sujetándola.

—Mi anillo. —Mirando sus ojos susurró —Quiero mi anillo.

Carter buscó la cajita y sacó su anillo poniéndoselo en el dedo. —Vas a ser mi mujer. No puedes irte.

—Te quiero. —La tumbó sobre el banco y desesperado miraba de un lado a otro pidiendo ayuda.

Le empezó a costar respirar y Carter la cogió por la barbilla para que lo mirara. — ¡No me dejes! ¡No me

dejes, nena!

La reportera ante el hospital miraba a la cámara con el micrófono en la mano. — Meredith Cromwell, hija de Vicepresidente Cromwell, se encuentra en estado crítico luchando por su vida después que Amber Benedit, antigua secretaria de su novio, le haya disparado en el pecho. En el momento de los hechos Carter Stevenson, novio de la señorita Cromwell, le estaba pidiendo matrimonio en Central Park,

cuando la presunta homicida disparó ante testigos a la hija del Vicepresidente, que se encuentra embarazada de casi siete meses. El vicepresidente se está trasladando al hospital desde Austin, donde estaba reunido con empresarios del estado de Texas cuando sucedieron los hechos. Se teme por la vida de la madre y del bebé que espera, pues se la ha tenido que reanimar en el propio parque debido a la gravedad de las heridas.

Troy corría al lado de la camilla de Meredith gritando órdenes mientras Carter se llevaba las manos a la cabeza intentando ver dónde la llevaban a través de las puertas.

—Señor Stevenson —dijo un policía que estaba a su lado—. Venga a sentarse. Necesitamos su declaración.

Él sonrió sin ganas angustiado. —  
¿Mi declaración?

—Necesitamos conocer los hechos.

Miró a través del cristal. —Los hechos son que ella tenía razón.

—¿En qué tenía razón?

—Tenía que haberle hecho caso.

Pedí la orden de alejamiento, pero tenía que haberle hecho caso —decía sin sentido.

—Señor, no comprendo lo que dice.

Él apretó los labios viendo como Troy se desesperaba y cerró los ojos sin poder soportarlo. —Cuando decía que



no cumplía sus expectativas era cierto. —Una lágrima recorrió su mejilla y sonrió recordándola. —No me extraña que no me llamara durante tantos meses y no me contara lo del niño. ¿Cómo voy a ser un buen padre si ni siquiera puedo cuidar de ella?

—Ahora lo importante es que se recuperen. Lo demás no importa —dijo el policía apretándole un hombro—. Cuando estén bien, demuéstreles todo lo que les quiere.

Él asintió cuando escuchó el llanto

de un bebé en el mismo momento que una camilla era empujada a toda prisa por un montón de sanitarios hasta un ascensor. La mano de la persona que iba sobre la camilla cayó mostrando el anillo que Carter le había regalado. Fuera de sí intentó entrar, pero el policía le sujetó por los brazos reteniéndole.

—¡Déjeme! —Al ver que Troy se acercaba, supo que no iba a decirle nada bueno. Su amigo abrió la puerta—  
¡Joder, dime algo!

—Hemos sacado a la niña.

—¿La niña? —preguntó sin comprender de los nervios.

—Carter, está muy grave —dijo mirándole a los ojos—. Hemos tenido que hacer una cesárea de emergencia y ni siquiera nos ha dado tiempo de llegar a quirófano por miedo a perderlas a las dos.

Carter se pasó las manos por los ojos y angustiado volvió a mirar a su mejor amigo. —¿Me estás diciendo que se va a morir?

—Va camino de quirófano y los mejores profesionales la están atendiendo.

En ese momento le sonó el móvil a Carter y al ver un número desconocido, se imaginó quien era. —¿Diga?

—¿Carter! ¿Eres tú?

—Sí, Jett.

—¿Qué ha ocurrido? La prensa...

—Han disparado a Meredith. Está muy grave —dijo con la voz congestionada.

Hubo un silencio al otro lado y pudo entender que su padre estaba en shock. —Le han practicado una cesárea.

—Oh, Dios mío —dijo su padre llorando.

—Todavía no he visto a la niña.

—La meterán en una incubadora después de comprobar que está bien —dijo Troy.

—¿Lo has oído, Jett?

—Sí, llegaremos cuanto antes. — Colgó el teléfono y Carter apretó los

labios.

—Tranquilo, amigo.

Carter le miró. —Por favor, no te separes de ella.

—Saldré en cuanto sepa algo.

Fueron unas horas horribles y cuando llegaron los padres de Meredith se sentaron a su lado sin hablar. Su madre angustiada, cogía la mano de su marido sin dejar de llorar y Carter observó esas manos unidas. Cuando levantó la vista miró los ojos de su

suegro iguales a los de Meredith. Jett forzó una sonrisa. —Se va a poner bien. Es muy fuerte.

—Sí —dijo su madre pasándose un pañuelo por la nariz—. Es igualita a la abuela.

Sintiéndose culpable desvió la mirada. —Esto es culpa mía.

—¿Y qué culpa tienes tú? — dijo Jett—. Esa mujer está loca.

—Nos seguía. Nos seguía y tenía que haberla protegido.

—Estabais rodeados de gente. ¿Crees que no sabía lo de la orden de alejamiento? —preguntó Jett angustiado—. Yo también podía haber hecho algo y pensaba que sólo era una mujer despechada.

Carter miró el suelo apoyando los codos sobre las rodillas. —No te tortures Carter— dijo Bianca—. Nadie podía esperarse algo así.

—A Meredith se le pasó por la cabeza —susurró apretando sus manos—. Tenía que haberle hecho caso.



—Ahora sólo me importa que mi hija salga de esta.

En ese momento se abrió la puerta y Troy pasó a la sala de espera quitándose la bata verde que tenía manchas de sangre. Carter palideció levantándose. —¿Cómo está?

—La bala ha rozado el corazón para alojarse en el pulmón. —Bianca palideció tambaleándose y su marido tuvo que sujetarla por la cintura. —Pero hemos reparado la lesión en el saco pericárdico y está estable dentro de la

gravedad.

—¿Se pondrá bien? —preguntó

Carter muerto de miedo.

Troy forzó una sonrisa. —Ahora va camino de la UCI. Las próximas veinticuatro horas son cruciales. Si no ocurre nada, podré decir que ha pasado lo peor.

Carter entendió perfectamente que no había salido del peligro, pero sus suegros sonrieron como si fuera un alivio.

—¿Podemos verla? —preguntó

Bianca sin dejar de llorar.

—En cuanto sea posible vendré a buscaros. Por cierto, soy Troy —dijo extendiendo la mano.

—Es mi mejor amigo.

—Gracias —dijo Bianca dándole la mano—. Gracias.

—No hay de qué. En cuanto pueda vuelvo. —Miró a Carter a los ojos y se alejó con él hacia la puerta por donde iba a entrar de nuevo. —Amigo...

—Está muy mal, ¿verdad?

—Sí.

—Joder —susurró reprimiendo las lágrimas.

—No me voy a separar de ella en la UCI, pero tienes que estar preparado para lo peor, Carter.

Le miró a los ojos. —¿Cómo me voy a preparar para perder el amor de mi vida? La necesito. Hemos pasado muy pocas horas juntos en comparación con otras parejas, pero nunca he estado

tan seguro de algo.

Troy asintió. —Siento que pases por esto y no dudes que haré todo lo que pueda. ¿Quieres ver a la niña? —Asintió sin poder evitar que las lágrimas se desbordaran y pasó una mano por sus ojos intentando contenerse. —Le diré a una enfermera que os lleve.

Su amigo desapareció a través de la puerta abatible y él tomó aire varias veces antes de volverse. Sus ojos coincidieron con los de su suegro que parecía leer perfectamente lo que estaba

pasando, pero al mirar a su mujer sonrió como si todo fuera bien. Se acercó a ellos. —Nos van a llevar a ver a la niña mientras tanto.

Bianca sonrió limpiándose las lágrimas. —¿Cómo será? Estoy deseando verla. — Miró a Carter. — ¿Cómo te gustaría que fuera?

—Espero que sea una pelirroja descarada con ojos ambarinos.

Una presión en la mano la hizo

abrir los ojos y parpadeó varias veces para centrar la vista. —¿Ya estás entre nosotros? —preguntó Troy divertido de pie al lado de su cama sujetándole la mano.

—Hola —susurró con la voz rasposa cerrando los ojos de nuevo.

—De eso nada. Abre los ojos, Meredith. Hay alguien que está deseando conocerte.

Abrió los ojos, aunque lo único que quería era dormir y vio a una

enfermera con una mascarilla puesta que se acercaba con algo en los brazos. — Ella es Catherine Stevenson Cromwell.

Una carita preciosa se le puso ante la cara. Tenía un ricitito pelirrojo sobre la frente sonrosada mientras fruncía sus preciosos labios como si estuviera molesta por algo. Los ojos de Meredith se llenaron de lágrimas. —Ey, ey...nada de llorar porque sino Carter me echará la bronca. —Miró a la enfermera. —Llévela de nuevo a la incubadora.

—Sí, doctor.



—¿Carter? —preguntó con esfuerzo.

—Está deseando verte, pero te he despertado para comprobar cómo vas antes de que entre.

No entendía muy bien lo que le decía. —Quiero verle. ¿Está bien?

Troy sonrió. —Está muy bien ahora que sabe que te repondrás. Nos has dado un buen susto. Llevo tres días sin dormir.

—Lo siento. —Sus ojos se le

cerraron sin querer. —Estoy cansada.

—Lo sé. Pero espera un minuto y podrás dormir otro rato más. —Soltó su mano para salir, pero ella no se dio cuenta. Cuando abrió los ojos de nuevo sonrió a Carter que estaba ante ella

—Hola, nena.

—Hola.

—¿Cómo estás? —Le cogió la mano y se la besó ansioso.

—Bien, ¿y tú estás bien? ¿Te hizo daño?

—Estoy muy bien. Y la niña es preciosa. Tu madre está como loca con ella.

Sonrió y sus ojos se le cerraron de nuevo. —Carter, está agotada. Necesita descansar —dijo Troy—. Su cuerpo está exhausto.

—Nena, estoy aquí. Y cuando te despiertes estaré aquí con la niña. Te quiero.

Ella sonrió apretando su mano antes de que el sueño la envolviera de

nuevo.

¡Por Dios que la sacaran de allí de una vez! Pensó exasperada sentada en su cama mirando a sus padres que estaban haciéndole carantoñas a la niña mientras que Carter no la dejaba en paz.

—Cariño, ¿no tienes que trabajar? —preguntó con ironía.

Carter sentado a su lado en la cama la miró divertido. —Estoy de

vacaciones. Ahora soy socio y me las tomó cuando me da la gana.

—Mierda —susurró volviendo a mirar a su padre que guiñaba los ojos a la niña—. Papá, ¿no hay ninguna crisis internacional que debas atender con urgencia?

—¿Qué?

Carter se echó a reír. —Nena, ¿te molestamos?

—No, qué va. —Cogió el libro de derecho que tenía sobre la mesilla de

noche y lo abrió ante su cara mirando a su prometido. —Dile a Troy que me dé el alta —susurró haciéndole reír.

—¿Qué te parece si apuntamos a la niña a clases de equitación? —preguntó su madre emocionada—. Estaría monísima montada a caballo.

Meredith abrió los ojos como platos mirando a Carter, que divertido se levantó de la cama. —¿No es un poco joven para eso, Bianca?

—Tienes razón. Esperaremos tres

años o así.

Gimió dejando caer la cabeza hacia atrás poniéndose el libro encima para no verles.

—¡Meredith Anne Cromwell! — dijo su madre indignada—. ¡Catherine tendrá la educación que tú rechazaste!

Exasperada quitó el libro de su cara y fulminó a su madre con la mirada. — ¡Catherine elegirá lo que quiere hacer ella misma! ¡Y si quiere hacer paracaidismo, hará paracaidismo, pero

lo decidirá ella!

Carter carraspeó y miró a sus suegros. —Prefiero la equitación.

—¡Carter!

—Sí, nena. Pero es menos arriesgado.

—¡Era un decir!

—Pues podías haber dicho otra cosa.

Gruñó moviendo las páginas del libro hasta la página marcada. —Sólo me faltaba que te unieras a ellos.



Su madre jadeó ofendida. —  
¡Menudo carácter tienes! Si nos hubieras  
hecho caso, ahora no estarías estudiando  
ese libro.

—¡Si no hubiera estudiado artes  
escénicas, Catherine no estaría aquí  
porque nunca hubiera conocido a Carter!

Todos se miraron sabiendo que  
tenía razón y sonrió satisfecha porque  
les había cerrado la boca.

—Todo ocurre por una razón —  
dijo su padre encantado mirando a su

nieta.

En ese momento llamaron a la puerta y gimió al ver el repartidor de flores otra vez allí. —Oh por Dios, como sean tuyas te mato —dijo mirando a su prometido que sonreía encantado.

—¡Meredith! —Bianca no salía de su asombro. — ¡Si es un detalle precioso!

—¡Me envía dos al día! —gritó indignada—. Es un derroche y después de cuarto ya no hace ilusión.

Carter entrecerró los ojos como si tomara nota. —Ni se te ocurra enviarme otra cosa.

—Nena...—Cogió el ramo de manos del repartidor que la miraba como si estuviera chiflada. —Es para demostrarte lo mucho que me importas.

—Oh, qué bonito —dijo Bianca emocionada.

—Dios, el tiro debe haberme quitado todo el romanticismo —dijo tumbándose en la cama y dándoles la

espalda.

—Vamos a tomar un café, Bianca.

Necesitan intimidad.

Escuchó cómo se cerraba la puerta y Carter suspiró acercándose a ella para colocar el ramo de rosas rojas sobre la mesilla de noche.

—Nena...

Se sintió fatal por su preocupación y le cogió la mano para que se sentara a su lado. —No necesito flores a todas horas para que sepa que me quieres.

Él se acercó para besarla en los labios suavemente. —No tienes que preocuparte, en unos días volverá todo a la normalidad y volverás a decirme que soy un novio horrible.

Meredith sonrió. —No eres tan horrible. A mí me gustabas así.

—¿Te gusto? —Levantó una ceja divertido.

—Te quiero.

—Eso está mucho mejor.

—Pero como sigas en este plan,

no me caso.

Carter se echó a reír besándola de nuevo y ella le abrazó por el cuello para que no se alejara. —Preciosa —susurró contra sus labios—, no puedo creer que tengas energías para esto.

—¡Si estoy bien! —protestó—. Dile a Troy que como no me dé el alta, me escapo del hospital.

—Es muy pronto. Hace poco más de una semana estabas en la UCI.

—Y dentro de una semana tengo

exámenes. Por cierto, necesitamos una niñera.

—Tu madre ya se ha encargado de eso. Como de todo lo demás.

—¿Todo lo demás? ¿Qué es todo lo demás?

Carter hizo una mueca. —De la mudanza, del cuarto de la niña, de la niñera y de instruir a Asunción sobre todo lo que ella considera que es una dieta sana.

—¿Por qué?

—No sé. Debe ser porque tú estabas en una cama recuperándote de un disparo y ella se aburría.

—Muy gracioso.

Acarició su frente apartando sus rizos. —Cariño, necesitabas ayuda y yo también. Me alegro mucho de que tu madre haya hecho todo eso por nosotros.

—Seguro que la ha pintado de rosa —dijo mirando sus ojos azules.

Carter sonrió. —¿La tuya era rosa?



—Rosa chillón con un cubrecama con encaje blanco.

—Pues la de Catherine es ....

—¿Qué? —preguntó impaciente.

Hizo una mueca. —No es rosa.

—Vamos, suéltalo ya.

Carter se echó a reír. —Ya la verás.

Suspiró y acarició su cuello. —  
Estoy deseando que estemos solos.

—Y yo, preciosa. Pero para eso tienes que ponerte bien del todo.

Llamaron a la puerta y ella le cogió por la camisa. —Como sea otro ramo de flores...

Troy asomó la cabeza —¿Se puede, parejita?

—¡A ti te quería ver! —dijo ella sentándose en la cama—. Quiero el alta.

—Ya, y yo quiero que me toque la lotería, pero eso no va a pasar. Sobre todo, porque no he comprado. —Divertido cogió su historial. —Esto parece un invernadero.

—Habla con tu amigo, ¿quieres?

Va a arruinarse antes de la boda y luego tendré que volver a hacer fiestas de cumpleaños para sacarle de las deudas.

Troy se echó a reír. —Me encantaría verte de actriz.

Carter miró a su amigo frunciendo el ceño mientras Meredith seguía diciendo — Me ponían de los nervios. Pero pagaban bien...—Sonrió a Carter. —Por cierto, me debes pasta. Nunca hablamos de esto.

—¿Ves el pedrusco que llevas en el dedo? No es de pega, nena.

—Ahora se pone roñoso.

Troy se echó a reír acercándose.

—Vamos a ver esa herida.

—Por cierto. Menudo costurón que me habéis hecho. ¡En dos sitios!

—Perdona, pero sólo pensábamos en salvaros la vida.

—Sí, ya. Ahora excúsate. — Carter miraba con desconfianza a su amigo. — Cariño, ¿me ayudas?

—Sí, claro. —Le desató la bata en el cuello y después el lacito de la espalda. Troy le ayudó a bajarse la bata para ver la cicatriz vertical que tenía en el centro de sus pechos. —¿Cómo está?

—Muy bien —dijo Troy colocando una mano bajo su pecho izquierdo—. Va muy bien.

—¿Te importaría dejar de tocarle el pecho a mi mujer?

Meredith miró a Carter asombrada. —¡Cariño!

—Es que tanta risita y tanto tocamiento, me pone de los nervios.

Troy reprimió una sonrisa. — Intento ser profesional. ¿Ahora no quieres que la toque?

—¿No hay otro médico que pueda hacer eso?

—¡Carter!

Sin mostrarse avergonzado fulminó a su amigo con la mirada.

—Túmbate del todo, Meredith. Quiero ver la cicatriz de la cesárea. —

Ella lo hizo y él bajó la bata hasta el límite de su cicatriz, pero Carter se la subió ligeramente. —Amigo, ¿recuerdas que ya lo he visto todo?

—Intento olvidarlo, te lo aseguro.

—Troy ya no lo soportó más y se echó a reír. —No tiene gracia.

Troy miró Meredith a los ojos. —

Menudo ataque de cuernos.

—¿A que está muy mono cuando se pone celoso?

—Nena, ¿qué tal si te cubrimos un

poco? —Le subió la bata hasta el cuello y Troy no podía dejar de reír. —No vayas a coger frío y alarguemos tu estancia aquí más de lo necesario.

—De acuerdo —dijo Troy levantando las manos en son de paz—. Te prometo que los próximos reconocimientos los hará uno de mis residentes.

—¿Y dejarla en manos de uno que no sabe lo que hace?

Meredith puso los ojos en blanco.



—¿Y mi alta?

—Quizás en seis días.

—¿Seis días? ¡Tengo exámenes!

—Vaya dos. —Fue hasta la cuna y sonrió a la niña. —No sabes dónde te has mentido.

—¡Largo de aquí! —dijo Carter señalando la puerta—. ¡Por cierto, vete preparando el smoking! Que siempre lo dejas todo para el último momento.

—¿Smoking? —preguntó Meredith atónita.

—Para la boda.

—¿Qué boda?

Esas palabras le dejaron de piedra. —Nuestra boda.

—Ay, madre. ¡No me digas que también la está organizando mamá!

—Uff, el trabajo que tengo —dijo Troy saliendo de la habitación a toda prisa.

—Cielo, tú no puedes encargarte y tu madre ...

—Como me digas que ha sido tan

amable de ayudarme, te mato.

—¿Sabes que dices que me matarás muy a menudo?

—¡Debe ser porque tengo ganas!

Al ver que se alteraba se sentó a su lado. —La habitación de la niña es de color amarillo pálido.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿De verdad?

—Con todos los muebles en blanco y una cuna preciosa que te va a encantar.

—¿No la ha pintado de rosa?

—Tu madre te conoce muy bien, cariño. Y todo lo que organiza lo hace pensando en ti.

—Soy una desagradecida, ¿verdad? —Una lágrima cayó por su sien y Carter suspiró. —Me quejo de todo cuando lo hacéis todo por mí.

—No. Lo que pasa es que eres muy independiente y te gusta hacerlo todo a tu manera. —Meredith sorbió por la nariz. —Pero ahora somos tres y estás

recuperándote de una operación muy seria. De dos operaciones. Si no puedes hacer los exámenes, ya los harás. Seguro que tus profesores serán comprensivos en ese aspecto. Deja de ponerte nerviosa por todo y relájate para disfrutar de la niña.

—Vale. ¿Sabes? Vas a ser un marido estupendo.

Carter sonrió. —Espero ser mejor marido que novio.

—Lo serás.



# Capítulo 10

Agotada abrió la puerta de su casa quedándose con la boca abierta al ver un violinista en medio del salón ante una mesa primorosamente decorada. ¡Incluso tenía candelabros! El violinista empezó a tocar y Carter salió de la cocina con dos copas de champán en la mano. —  
Hola, cielo.

Madre mía, esto no está pasando.  
¡Otra vez! Cerró la puerta lentamente y forzó una sonrisa empleándose a fondo con sus técnicas de interpretación, que últimamente utilizaba a menudo. — ¡Cariño, qué sorpresa!

Carter se acercó y la besó en los labios. —Hoy hace dos meses que nos casamos.

—¿De veras? Los siete mensajes al móvil me habían dado una pista. — No pudo disimular la ironía.



Carter le entregó la copa de champán y cogió su mochila. —La niña está dormidita y nosotros vamos a disfrutar de una noche romántica.

—¿De otra? —Sonriendo fue hasta la mesa. —¿No es la segunda esta semana? Cariño el lunes tuvimos pétalos en el jacuzzi. —Bebió de su copa de champán mirando la cena. Aquello no lo había hecho Asunción. Tenía pinta de ser de un restaurante carísimo. Tanto romanticismo iba a provocarle una úlcera. Sin embargo, sonrió radiante

volviéndose a su marido. —Cariño, ¿te has enterado de que Amber se ha escapado del psiquiátrico?

Carter perdió la sonrisa de golpe. —¿Qué has dicho?

—Tranquilo, la pillaron deambulando por el campus. —Se bebió su copa hasta el fondo. —¡Vamos a celebrarlo! —Se acercó a la botella de champán de la cubitera y se sirvió de nuevo.

—Nena, ¿la han detenido?

—Oh, sí. ¡Después de que se le tiraran encima tres tipos del servicio secreto que mi padre había puesto vigilándome!

El violinista se alejó discretamente y Carter se acercó a su esposa. —Lo ha decidido el presidente por el acoso mediático. Era algo temporal para evitar problemas.

—Pues los han evitado. ¿Cenamos? —Se dejó caer en la silla bebiendo después su copa de champán.

—Me parece que tú no quieres celebrar nada. —Le hizo un gesto al violinista que dejó de tocar para ir hacia la puerta de entrada y salir a toda prisa.

—¡Oh sí! Vamos a celebrar que hace dos meses nos casamos rodeados de quinientas personas de las que no conocía ni al dos por ciento. Y que mis amigos no asistieron a la boda porque fue una celebración sorpresa tres días después de salir del hospital y evidentemente no pude avisarles. Vamos a celebrar que no tuve luna de miel

porque no estaba todavía bien del todo y mi médico ordenó que me quedara sin ella.

Carter apretó los labios. —Al parecer estás disgustada.

—¿Lo celebramos? —Se sirvió más champán.

—No sabía que estabas tan molesta por lo de la boda. Como no dijiste nada.

Le miró enfadada. —¿Para qué? ¿Para parecer una borde desagradecida?

Con esa mirada que me estás echando ya tengo bastante.

—Nena, ¿qué pasa? —Se sentó a su lado y al ver que iba a coger de nuevo la botella se la quitó de las manos. —Antes de emborracharte me gustaría enterarme de lo que te cabrea tanto.

Se miraron a los ojos. —Te quiero. —Carter sonrió. —Pero no te soporto.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Se levantó histérica. —¡Este Carter no me gusta!

—¿Y qué tengo de malo si puede saberse?

—Está claro que a mí me gustan los hombres canallas. No puedo evitarlo. Tanto romanticismo es empalagoso en exceso. Necesito gritar, cabrearme contigo y tener un sexo salvaje de reconciliación. —Carter la miraba asombrado. —¡Eso de que me esperes con cenas románticas está bien de vez en cuando, pero dos o tres días a

la semana es demasiado! ¡Por Dios, si ayer me enviaste una caja de bombones al despacho! Y antes de ayer me esperaste a la salida como si fuera nuestra primera cita. Mis compañeras están asombradas.

—¡Sólo quiero demostrarte que te quiero! —dijo quitándose la chaqueta del smoking—. ¡Está claro que prefieres que te deje plantada y todas esas cosas que siempre me echabas en cara!

Ella sonrió radiante y se acercó a toda prisa. —Cariño, ¿puedes volver a



hacerlo? ¿No has sufrido una mutación o algo así? ¿Puedes volver a ser el de antes?

—¡Esto es increíble! ¡Decías que era un novio horrible!

—¡Pues ahora pareces un chiflado!

—Chiflada eres tú, que siempre te estás quejando. ¡Cuando no es por una cosa, es por la otra! ¡No hay quien te entienda!

—¡Será porque hace meses que no

hecho un polvo porque mi marido tiene miedo de tocarme!

Carter abrió los ojos como platos. —¡Perdona por ser sensible con mi mujer que ha estado a las puertas de la muerte! ¿Crees que yo no necesito sexo? — le gritó a la cara.

Se miraron a los ojos y ella dio un paso hacia él separando sus labios. Carter no perdió detalle y gimiendo la cogió por la cintura pegándola a él antes de besarla como si quisiera disfrutar de ella para siempre. Meredith gimió

rodeando su cuello con los brazos.

Carter acarició su pecho sobre la camisa de seda que llevaba, antes de bajar su otra mano hasta su falda de tubo y tirar de ella con fuerza hacia arriba. Sin aliento Meredith apartó su boca cuando acarició sus glúteos por encima de sus braguitas.

—Cariño, me vuelves loco — susurró antes de abrir su camisa de golpe y acariciar sus pechos por encima de su sujetador sin dejar de besar su cuello. Sorprendiéndola la cogió en

brazos y la llevó hasta el sofá sentándola sobre el brazo. Sin dejar de besarla, le quitó las bragas y se apartó cogiéndola por el interior de sus piernas levantándoselas hasta colocar los talones en sus hombros. Ella cayó de espaldas sobre el asiento del sofá y se mordió el labio inferior cuando Carter sin dejar de mirarla se desabrochó los pantalones. Cuando su miembro acarició su sexo, ella gritó arqueando la espalda. —¿Esto es lo que quieres? —Su marido entró en ella lentamente, pero se detuvo

nada más empezar. — ¡Dime lo que quieres!

Le miró a los ojos muerta de deseo y con la respiración agitada susurró —Te quiero a ti. —Entró en ella con fuerza haciéndola gritar de placer y con un ritmo duro entró en su interior una y otra vez volviéndola loca. Sintió que todo su cuerpo se tensaba con fuerza y que su vientre pedía más, así que Carter embistió de nuevo con más firmeza provocando su liberación.

En sus brazos llegó hasta la cama

y sonrió al sentir cómo la desvestía. Abrazó su cuello cuando se tumbó sobre ella y le abrazó con cariño acariciando su pelo negro. —Ese Carter me ha encantado.

Él sonrió— Ya me he dado cuenta. —Movié su cadera entre sus piernas. —Preciosa, ¿crees que lo voy a hacer yo todo?

—Te quiero. —A Carter se le cortó el aliento. —No porque me regales flores o porque hagas cenas románticas, te quiero porque me

enamoré de ti cuando apenas te conocía y cuando llegaste a mi ruinoso apartamento siguiéndome después de nuestra discusión en los grandes almacenes. Te quiero porque me asusté cuando te caíste por ese agujero y me dolió que sustituyeras por Amber, aunque no quise reconocerlo. Me asusté de no poder estar contigo de nuevo y odiaba sentirme así, por eso no te llamé, ni contesté a tus llamadas.

Carter besó su labio inferior. —Lo siento, nena.

—Lo siento yo. Porque estás tan inseguro respecto a mí, que haces todas esas cosas para demostrarme una y otra vez que me quieres, cuando con pequeños detalles lo sé muy bien. Quiero que seas feliz.

—Soy feliz contigo, pero creo que con el violín me he pasado.

Se echaron a reír y la besó suavemente en los labios. —Cuando pensé que te perdía para siempre, sentí un miedo que no quiero experimentar de nuevo, Meredith. No me dejes nunca. Te



quiero tanto a ti y a la niña, que siento pánico cada vez que no estás conmigo.

Los ojos de Meredith se llenaron de lágrimas. —No se puede vivir con miedo, mi amor. Estoy aquí.

Él sonrió. —Puede que dentro de un año o dos haya vuelto a la normalidad y volveré a ser un marido horrible.

—Siempre que no te pases.



# Epílogo

Meredith entrecerró los ojos tocándose su enorme vientre mientras miraba la sala llena de gente y furiosa se quitó la borla del birrete que le molestaba en la mejilla. Su madre sonrió desde la primera fila levantando los pulgares con la niña sobre sus rodillas.

—Le voy a matar —susurró haciendo que su compañera la mirara

mientras el decano soltaba su discurso sobre la vida después de la Universidad.

Troy sentado con su novia miraba hacia atrás buscando a su marido y ella se revolvió incómoda en la silla. Se escuchó un portazo al fondo y cuando vio a su marido correr por el pasillo le fulminó con la mirada. Se sonrió sentándose al lado de su madre, que le reprochó no haber estado allí a tiempo.

—¡Y la estudiante más brillante de esta promoción es sin lugar a dudas Meredith Stevenson!

Se levantó lentamente y tocándose el vientre sobre la toga mientras la sala aplaudía y se acercó al atril dándole la mano al decano antes de acercarse al micro. — Había preparado un discurso extensísimo sobre cómo será nuestra vida después de estos años, pero el decano me lo ha pisado totalmente— dijo haciendo reír a la sala—. Aunque podría repetirlo porque mi marido se lo ha perdido entero, pero no quiero torturarles más. —Carter le guiñó un ojo haciéndola sonreír. Estaba segura que lo

había hecho a propósito. Odiaba aquellas cosas. —Cuando empecé esta carrera estaba embarazada y casualidades de la vida termino igual y si el decano se llega a extender un poco más, doy a luz en directo. —Carter palideció levantándose en el acto al igual que Troy. —Así que entenderán que tenga que irme. ¿Me dan mi diploma, por favor? —Las carcajadas del decano le dijeron que no se lo tomaba en serio, así que ella insistió. — Oiga, que no es broma.

Entonces el decano se puso nervioso y empezó a tocar los tubitos de papel haciéndolos caer sobre el suelo. Ella suspiró mientras veía a los catedráticos arrodillarse para buscar el suyo y dijo —Al menos que alguien me saque una foto.

Todas las cámaras se levantaron casi dejándola ciega con sus flashes. — Gracias.

Carter la cogió del brazo y ella sonrió al público. —Mi marido.

—Vamos, nena. Ya te subirás al escenario en otro momento.

Ella suspiró. —¿Sabes? Lo echo de menos. Tener al público pendiente de mí y esas cosas. —Tiró de su brazo hasta el micro. —¡Gracias!

El público aplaudía, así como sus compañeros y cuando consiguió bajar, Troy se acercó. —¿Cada cuánto?

—Va, tengo tiempo de sobra. —  
Ambos suspiraron aliviados. —Siete minutos.



—Aquí tiene, señora Stevenson —  
dijo el decano desde arriba sonriendo  
de oreja a oreja.

—¡Ay, qué emoción! ¡Gracias! —  
Se volvió y cogió su birrete tirándolo al  
aire mientras todos aplaudían.

—Como le gusta montar el  
espectáculo —dijo Troy divertido.

—Tenías que haberla visto en la  
fiesta de Navidad. La sala del juzgado  
va a ser de lo más entretenida.

—Muy agradecidos. Cariño...

—Sí, lo sé. Tengo un punto negativo.

—Otro más —dijo saliendo mientras sonreía de oreja a oreja, pero cuando llegaron fuera le señaló con el dedo muy seria—. Casi te lo pierdes.

—He visto lo más interesante. —  
La besó en los labios. —Cariño, vamos al hospital antes de que des a luz en el campus.

—Arrr, eres exasperante.

—Y eso te encanta.

Sonrió sin poder evitarlo y le abrazó por la cintura apoyando la mejilla sobre su pecho. —Sí, me encanta. —Levantó la vista para mirarle a los ojos. —Pero como te ganes un punto negativo más, la cuarentena será de ochenta días.

—Nena, confía en mí. Puedo mejorar mi puntuación.

Ella le dio un beso en los labios.  
—No lo dudo, mi amor.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “El amor no se compra” o “Huir del amor”. Próximamente publicará “No más secretos” y “Un lugar al que escapar”

Si quieres conocer todas sus obras en formato Kindle sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes ochenta para elegir. Si también quieres seguir sus novedades puedes hacerlo a través de Facebook.